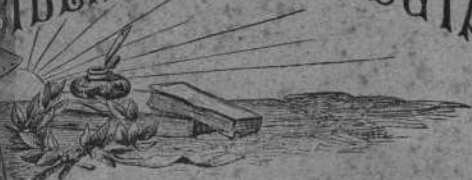








# BIBLIOTECA SELECTA



DE JUAN GUILLEM Y SOTILLO

## NARRACIONES VULGARES

CON UN PRÓLOGO

DE

SALVADOR RUEDA



VALENCIA

Alfonso Aguilera, Editor  
1, Caballeros, 1

Se vende en toda España

## BIBLIOTECA SELECTA

## OBRAS PUBLICADAS

- |  |   |   |
|--|---|---|
| 1 -Viaje al rededor de mi cuarto y Excursión nocturna al rededor de mi cuarto, por J. Maistre (3. <sup>a</sup> edición). | 1 | » |
| 2 -Werther, por Goethe (4. <sup>a</sup> edición).  | 1 | » |
| 3 -Aventuras maravillosas, por Edgard Poe (3. <sup>a</sup> edición).   | 1 | » |
| 4 -Avatar, por Teófilo Gautier (4. <sup>a</sup> edición).  | 1 | » |
| 5 -Leyendas de Oro, por D. T. Llorente (3. <sup>a</sup> edición).  | 1 | » |
| 6 -El Endemoniado, por C. Dickens (4. <sup>a</sup> edición).   | 1 | » |
| 7 -Hugo-el-Lobo, por Ereckman Chatrian (2. <sup>a</sup> edición).  | 1 | » |
| 8 -Amorosas, por D. Teodoro Llorente (3. <sup>a</sup> edición).  | 1 | » |
| 9 -Baladas, por Walter Scott (2. <sup>a</sup> edición).  | 1 | » |
| 10 -Cántico de Nochebuena, por C. Dickens (2. <sup>a</sup> ed.)  | 1 | » |
| 11 -Cuentos de los Vosgos, por E. Chatrian (2. <sup>a</sup> ed.)   | 1 | » |
| 12 -Novelas Alemanas y Escandinavas (2. <sup>a</sup> edición).   | 1 | » |
| 13 -¡Vencido! por Mme. Emilio de Girardin (2. <sup>a</sup> edic.)  | 1 | » |
| 14 -La Reina de Saba, por T. Bayley Aldrich (2. <sup>a</sup> ed.)  | 1 | » |
| 15 -Doloras, por D. R. de Campoamor (1. <sup>a</sup> serie).   | 1 | » |
| 16 17 -El mundo tal y como será en el año tres mil, por Emilio Souvestre (2. <sup>a</sup> edición).                      | 2 | » |
| 18 -El Progreso, por Emilio Souvestre (2. <sup>a</sup> edición).   | 1 | » |
| 19 -Cuentos flamencos, por E. Conscience (2. <sup>a</sup> edic.)   | 1 | » |
| 20 -Dos episodios, por E. Viehert.   | 1 | » |
| 21 -El Título de propiedad, por E. Eggleston.  | 1 | » |
| 22 -Federico el guardabosque, por E. Chatrian (2. <sup>a</sup> edición).   | 1 | » |
| 23 -Cuentos suecos.  | 1 | » |
| 24 -Aventuras de un niño calavera, por Tomás Bayley Aldrich.   | 1 | » |
| 25 -Espirita, por Teófilo Gautier (2. <sup>a</sup> edición).   | 1 | » |
| 26 -Croquis americanos, por Bret Harte.  | 1 | » |
| 27 - Los pequeños poemas (1. <sup>a</sup> serie), por D. R. de Campoamor.  | 1 | » |
| 28 -Doble amor. — Margot, por Alfredo de Musset.   | 1 | » |
| 29 -Relatos breves, por D. Felipe Mathé.   | 1 | » |
| 30 -Fantasías, por Carlos Dickens.   | 1 | » |
| 31 -Historia de una momia, por Teófilo Gautier.  | 1 | » |

225 -  
A mi abuela Mercedes  
y a tía Lola, recuerdo del  
4 de Mayo de 1895, día  
en que salió el primer li-  
bro de su nieto y sobrino  
Manito

BIBLIOTECA SELECTA

LXXIII





JUAN GUILLÉN Y SOTELO

---

# NARRACIONES VULGARES

CON UN PRÓLOGO

DE

SALVADOR RUEDA

La trilla.—Los aviones.—Poner un gallo.—La candelada.—Una noche-buena del carabinero.—Una carta perdida.—Un año.—La leyenda de la trocha.—Dios en el campo.—El Niño de Orizaba.—Historia de un marrón glacé.—De la corte al cortijo.

R. 13. 299



VALENCIA

PASCUAL AGUILAR, EDITOR

Caballeros, 1

---

Imprenta de Juan Guix, Miñana, 7 y 9.



# PRÓLOGO

---

Sr. D. Juan Guillén y Sotelo.

Mi querido amigo y paisano: Sólo á la bondad de tu corazón y al cariño que nos une desde la niñez se debe el que me hayas mandado las primeras concepciones literarias de tu imaginación para que yo las presente al público.

Tú sabes que se me acusa por quien tiene autoridad para ser Pontífice en nuestras letras—por mi ilustre amigo y para mi benévolo *Clarín*—de tener demasiada blandura cuando hablo de escritores que principian su carrera, y por eso debias haber buscado para la presenta-

ción de tu libro pluma más severa que la mía, persona menos dada al entusiasmo.

Sin poder remediarlo, estoy siempre dispuesto á admirar, á aplaudir toda obra agena, con tal de que esa obra reúna más bellezas que defectos; lo feo, lo repugnante en un escritor, son cosas que en mí no causan mella alguna y me dejan menos impresión de la que deja un hormiguero en una superficie de mármol. Lo antipático, lo bajo en literatura no me interesa, no me atrae; voy derechamente á lo bello, á lo bañado de luz, á los puntos de la obra en que el escritor ó el poeta dejaron más vivos rastros de claridad.

Muy parecido tu espíritu al mío en lo de pasar como sobre áscuas por lo vil y degradado, y asimismo en lo de ir sin vacilar á lo hermoso, me he detenido alguna vez á pensar si te hace ser como eres el impulso de tu propia naturaleza, ó si el medio en que te has formado puso tan excelsas cualidades en tu alma. Yo creo que el plano en que se vive es el que determina el carácter: lo mismo se pensaba en remotos tiempos, antes de que esa teoría hubiese sido tratada, como

flamante, por plumas de escritores contemporáneos.

Tu alma, tal como se muestra en tu obra, ha pasado directamente de los campos al libro: del mismo modo que los enjambres hacen su recolecta errando por los bosques y encierran lo recogido en la colmena, tu imaginación, vagando por la naturaleza y observando las costumbres, ha encerrado la miel de la poesía en tu obra.

Ella me trae la visión de tu sér moral y levanta delante de mi fantasía el país que te hizo artista luminoso. En el libro te veo á ti y veo á Andalucía.

¿Quién no la ve en el sentido cuento *Los aviones*, si durante tantas tardes de nuestra juventud les hemos acechado al pié de la iglesia parroquial, entre las manos la larguísima caña cortada del río, los ojos errantes por los arrebolados espacios, la alegría contenida en el pecho, y así que hemos echado uno á tierra, hemos gozado como locos, viendo en nuestras manos aquello que volaba tan alto? Por asociación de ideas—porque las ideas están todas encadenadas y no hay una suelta en la vida intelectual—acuden á la imaginación, leyendo tu artícu-

lo, muchos recuerdos de las tardes andaluzas, y hacen que desde lejos suspiremos por volverlas á ver.

*Poner un gallo* me llena la memoria de una risueña época de mi vida, la época en que corporalmente yo hice, durante muchos años, las tareas campestres que luego han servido de tema á mis libros. Sólo se rompien esas tareas para celebrar las fiestas de la Virgen. No saben los vagos de oficio, los perdidos que tienen por un horrible tormento el trabajo, lo que es, para quien está ocupado en él todo el año, soltar la honda de espantar los gorriones de los trigos, echar á un lado la azada con la que se cambió tantas veces de postura la tierra; decir adiós á los camellones del huerto, á los ganados que se quedan sólo al cuidado del pastor, á las obligaciones—que nos han hecho buenos desde la niñez—y con el alma libre del menor cuidado, ver amanecer el día de la Virgen. Todo un programa ante la fantasía; procesión, música oída sólo una vez al año entre fragosidades de montaña, fiesta en la plaza pública, rosario por la noche, deslumbradores fuegos artificiales, sermón y misa á la mañana siguiente, y á eso de las tres *matar*

*los gallos.* En aquel día y á tal hora, ya el ánimo con decisión bastante para sostener la escopeta, uno va á tirar el primer tiro en su vida—ni se come ni se bebe sólo de pensarlo;—ya llega el momento; los muchachos nos miran con risa de burla, las mozas con curiosidad, los hombres prestándonos alientos. Ya está la escopeta en nuestras manos, el gatillo está en alto, el gallo enfrente; nuestros nervios trepidando de emoción. ¡A la una! Las mozuelas se tapan los oídos, los rapaces miran al blanco. ¡A las dos! Nuestra madre viene á arrancarnos la escopeta, ella que no la tocaría por nada en otro caso. ¡A las tres!... Nuestro hombre recibe un culatazo, nuestra mejilla un golpe, nuestro corazón un horrendo susto. Humo en los aires, un coro de risas, y la bala... *silbando por los cerros de Ubeda.*

Si esos cuadros de poesía, que hoy dierra la mitad del alma por que volviesen, me traen á la imaginación cuento tan bien trazado, otra narración del libro, mejor dicho, pintura á la pluma, me hace sentir emociones igualmente hermosas. Esa pintura es *La trilla*. Cuando uno empieza á *arrastrar el ala* y á no tomar por

halda de paja á las mozas, se procura aprender á manejar el trillo en las eras. La razón no es difícil de comprender; cuando en los días de fuego andaluces, días de Julio atronados por cigarras y cantos de labriegos, la tarde *va de vencida*, las mozas del pueblo van, con sartas de *dompedros* y *biznagas* en el peinado, á que las pasee el trillador sobre los haces. El *carruaje* es el *trillo*; el que lo conduce va de pié sobre él, guiando las bestias; las mozas toman vez para montar y rodear con un brazo la cintura del mozo, y ¿quién qué ya tenga bozo sobre el labio no gusta de ir atado á semejante cadena?

Es de advertir, que aunque no se necesita más para anhelarlo, vienen á avivar el deseo el olor á trigo saludable y hermoso; lo mullido del suelo por los haces de espigas, que á veces suelen convertirse en lechos de los cuerpos que van á dar en tierra; la calurosa excitación de las cigarras en las higueras; la ligera ráfaga de brisa de mar que besa en la frente y huye, y el olor de cuerpo femenino en la florescencia de la vida que penetra como una fuerza atrayente por los sentidos. Hay que recordar, al ver el



cuadro amoroso y bucólico, á Teócrito, á Mosco, á Anacreonte, y traer á la inflamada memoria á Rhut entre el soleado idilio de la siega de que habla el hermoso libro bíblico.

Después hay locos retozos por la era; los *tridentes* levantan á los aires las polvaredas de oro que el viento se lleva; las mozuelas suben una, dos, cien veces en el trillo y gritan con la faz encendida por la carrera y la respiración fatigosa que levanta y deprime su seno. Luego, sentados hombres y mujeres á la luz de la luna, sobre las espigas, ven el pálido astro salir del fondo del mar y echar un reguero de chispas de luz sobre las olas. Una voz canta, dando principio á la fiesta:

Bendito Dios de los cielos  
que quiso crear la tierra  
y echó encima de la noche  
una corona de estrellas.

Pues si tales sentimientos y tales ideas, mi querido Juan, despiertan tus **NARRACIONES VULGARES**, es que andan bien lejos de lo vulgar y que en ellas has puesto tu alma de artista, identificada con la naturaleza.

Ella es la fuente, el arsenal inmenso de toda hermosura. Tú sabes tocarla y ver-

la, sentirla y auscultarla. Cuando todas las ideas madres están discutidas durante el siglo, y cuando la falta de fe por los ideales es casi absoluta, escribir un libro que refresque el espíritu y eleve el sentimiento á las regiones del entusiasmo, es, además de haber hecho una obra de arte, haber hecho una obra de caridad.

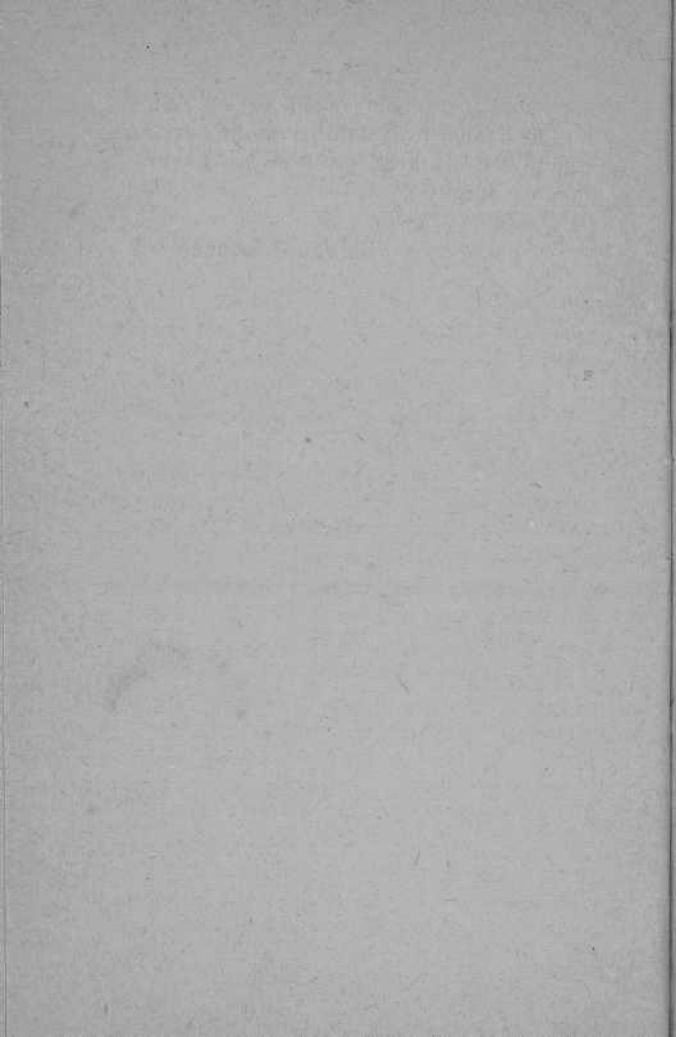
Los escritores de nuestros días, salvo algunas excepciones, no sienten nunca el estremecimiento de la ascensión; su obra es la de descender, habiendo tantos cielos sobre nuestras cabezas. Prefieren la pata de gallina á la estrella, al amor el odio, al himno de gloria el apóstrofe canallesco y vil. Pero en el público, el fondo del alma es siempre sano; sépanse tocar sus fibras y resonará; se elevará al par del escritor. Los que no tienen altos sentimientos que mostrarle, jamás lograrán hacerse amados. No seamos como las cloacas, si como las espirales de incienso; y si alguno osa salpicarnos de lodo con su *palustre*, no le devolvamos miseria por miseria, sino arrojémosle á los ojos un puñado de luz.

Tu libro viene al mundo escrito al reflejo de un alma pura; que siempre te alumbra, para escribir, con la misma

lámpara; un escritor no ha de ser sólo un ensartador de palabras; ha de ser lo que eres tú; un artista, y á la vez un hombre honrado.

**Salvador Rueda.**

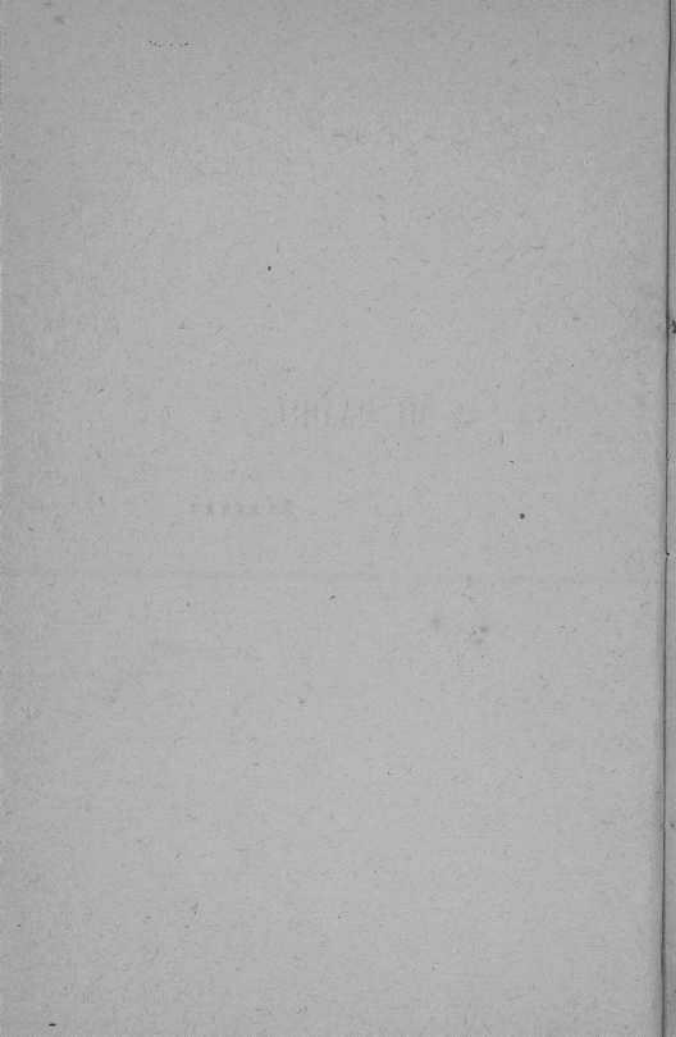
---



A MI PADRE

SU HIJO

**Juan**



# LA TRILLA

NARRACIONES--2







## La trilla

---

A D. EMILIO ARRIETA (1)

Allí está la era; por medio de la viña verde y mullida se llega á ella por angosta vereda, en cuyos bordes los cardos de penetrantes pinchos crecen lozanos; abierta al Occidente y cerrado el Oriente por la línea de colinas que terminan un poco más allá, dejando ver el mar, en cuya azul y plana superficie vese, como pañuelo que se agitara saludando á la tierra, la vela triangular de algún falucho costeño. Por detrás y allá á lo lejos aparece la masa informe del trasatlántico que se marcha dejando una espesa espi-

---

(1) Este cuento fué dedicado al gran artista meses antes de morir; la benevolencia con que lo acogió y la amistad sincera que dispensó á su autor, le hacen colocarle aquí como prueba postrera de admiración y de cariño.

ral de humo gris, y por aquel puertecillo es por donde penetra el viento que ha de hacer levantarse la paja de los viergos al tiempo que el grano cae limpio y brillante formando geométrica pila. La tarde descende, el sol se va hundiendo poco á poco tras los llanos, y ya los mozos encargados de *echar la parva* comienzan á moverse y á quitar los *atados* para dejar que la gavilla se desparrame sobre las piedras pizarrosas de la era; por el camino que de la finca viene se ve á Antonio Chaves con la escopeta al hombro, pausado y pensativo, y ya en los cortijos próximos las mozas se visten las almidonadas enaguas, preparándose para ir en el trillo sujetas á la cintura de algún Hércules de los campos, de algún trillador esperto.

Antonio Chaves *el Cortijerito* llega á la era; saluda á los demás con un ronquido profundo, y tirando la escopeta sobre las gavillas se sienta en el *balate* cercano, saca una petaca de cuero color de grosella y empieza á liar en el indispensable papel de Layana el cigarrillo de contrabando. Los trabajadores siguen echando gavilla sobre gavilla, desparraman las espigas con los pies y caen algunos granos, que al meterse por el entretejido de las mieses inferiores semejaban querer perderse bajo su sombra bienhechora; ya las piedras no se ven y la era semeja gigantesca hogaza con las doradas espigas distribuidas descuidada y artísticamente por su plana superficie. Entonces uno

de los mozos quita las trabas á los mulos que pacen en el rastrojo próximo y los lleva á la era tirando de los ramales con displicencia, mientras canturrea las melancólicas notas de las murcianas; al llegar allá los acaricia rascándoles la frente, á lo que contestan el *Gallardo* y el *Trillo* con dos relinchos cortos, como si dijéramos, con dos saludos de confianza; ata al bocado de uno una corta cadena que sujeta al del otro, y uniendo los largos cordeles á las anillas del trillo espera órdenes volviéndose á su amo.

El Cortijerito, como le llaman en el partido por su juvenil edad, anda pensativo; no separa la vista de la hacienda, que, rodeada de altas chumberas y artísticos rosales, se divisa á lo largo por cima de las colinas, y parece que sobre el seto vivo que la cerca cree divisar algo conocido, algún recuerdo dulce que le hace temblar de ansia por volverlo á ver y que lo trae inquieto, moviendo y removiendo los pies de gato de la escopeta y echando cigarro tras cigarro, unos cigarrros gruesos que se quemaban desigualmente, dejando un residuo de papel amarillento que hacia oscilar la brisa leve de la tarde. Contestó al mozo diciéndole que esperara y le tiró la petaca para que entretuviese el tiempo; lió el otro y púsose á charlar con su amo. Este se levantó de pronto al ver venir lo que esperaba; unos vestidos claros que descendían el carril y se acercaban á la era llevando sus dueñas los abanicos á la altura de la

frente para resguardar los rostros del sol, que quemaba de veras.

—Allí vienen las señoritas de *Madrid*— dijo el mozo mirando de reojo á Antonio Chaves.

—Bueno, ¿y qué?

—*Pos ná*—remató el otro en tono filosófico.

Las señoritas de Madrid se acercaban; habían venido allí con un hermano *ético*, como decía la gente del campo, tuberculoso como dijeron los médicos, que se moría lentamente sin que de nada le sirvieran el clima adorable y los aires purísimos de aquellos sitios; las chicas se aburrían en aquel lugar y el hermano las incitaba á que se distrajesen, y no perdían faena campestre por nimia que fuera ni fiesta de pueblo por lugareña que resultara; luego contaban al enfermo lo visto, adornándolo con detalles y observaciones, y era la distracción favorita del pobre condenado á muerte, á la muerte lenta y terrible de la tisis.

Al llegar á la era ya estaba de pié el Cortijerito; adelantóse bruscamente y alzándose el ancho sombrero preguntó por el señorito Pepe, por su padre y la familia; luego dijo á los mozos que se iba á trillar; suavizó el suelo restregando el pié sobre los terrones; echó encima la chaqueta é hizo que se sentaran las señoritas. Carmela, más impresionable que la otra, miraba con admiración las faenas de aquel hombre rudo, y en su corazón se despertaba la sospecha de que quizá

aquellas atenciones fuesen para ella, porque sorprendió al Cortijerito en diversas ocasiones fijos los ojos en su semblante y con una nube de melancolía suprema en la bronceada y franca fisonomía. La otra, María, que no podía olvidar los salones de la corte, veía tan sólo en Antonio Chaves un criado distinguido, hombre que atendía en el campo, si bien con cierta superioridad, pero que olvidaría al día siguiente de llegar á Madrid, y que no se cuidaría de saludar si lo distinguiera desde los almohadones de su coche mirando atortolado, como buen paleta, el bullicio vertiginoso de las calles de la corte.

—A ver, Tobalo, dá dos vueltas á la parva *pá* ponerla lisa—mandó con breve voz el Cortijerito.

Pisó el mozo la tabla curvada, apoyó los pies sobre las suelas que hay pegadas á la madera, restralló el látigo y empezaron los mulos á correr, describiendo círculos sobre las gavillas y hundiendo los cascós entre las espigas. Tobalo, echado atrás, chasqueaba la tralla por cima de la cabeza, y á la segunda vuelta entonó con la melodía singular, melancólica y prolongada de los cantos de la trilla, la copla siguiente:

La mujer del alcalde  
de Alhaurínejo  
pesa cincuenta arrobas  
sin el pellejo.

—*Cudaito* con las coplas—objetó Antonio Chaves;—á ver si *vos* se escapa alguna *barbaría*.

Callóse el mozo y siguió dando vueltas; las madrileñas veían aquello con curiosidad mezclada de algo de admiración; Carmela lo sentía, María lo observaba.

Por fin dijo Chaves que estaba bien; detúvose el otro y pisó el trillo el Cortijerito; irguió el busto, restralló con estrépito el látigo y un *arria, Torillo, ré, Gallardo*, puso los mulos en marcha; el talle del mancebo se cimbreaba con los saltos del trillo, el sombrero cayendo hacia atrás hizo ver su pelo enmarañado, y un rayo de sol, al chocar en su frente, hizo aparecer como brillantes las gotas de sudor que por ella caían.

Llegaron las mozas campesinas y saludaron á las madrileñas con cierto respeto envidioso; colocáronse al lado de aquéllas los mozos sus amigos, y Chaves paró en seco y detúvose ante Carmela y María.

—¿Quién *quíé* trillar conmigo?—preguntó sin alzar los ojos del suelo.

Ruborizóse levemente Carmela y vaciló; su hermana dió un salto y púsose al lado del Cortijerito, éste le indicó que se agarrase bien, y una vez que la tuvo ceñida soltó dos latigazos á los mulos y comenzó la carrera.

El sol caía ya; la parva se hacia más dorada; los aviones cruzaban chillando por el cielo, y allá de lo inmenso del mar llegaban los silbidos potentes de un vapor que se acercaba. Carmela pensaba que iba á tocarle su vez y se estremecía al considerar que tenía que ceñir con su brazo la cintura del campesino, que quizá

ansiaba el momento; quisiera ella estar muy lejos, pero cuando acordó el trillo estaba parado delante y oyó la voz del Cortijerito que la invitaba entre el escándalo y los celos de las mozas del campo. Levantóse y se acercó pálida.

—No hay que tener *mico*, señorita Carmela—dijo Antonio Chaves con su voz brusca;—agárrese *usté* bien á mi cintura y vamos allá; esto no es lo *mesmo* que andar en coche, pero *tó* es acostumbrarse.

Puso Carmela los pies sobre el trillo; agarróse á la cintura con timidez.

—Apriete *usté* más—dijo el Cortijerito, —se *vasté* á caer sinó.

Rodeó ya el brazo Carmela á la cintura del campesino, y cuando partió la tabla sintió como un mareo que de su sér se apoderaba; al verse girar en aquella superficie fugaz que volaba sobre las gavillas, al verse abrazada al robusto cuerpo del trillador, un rasgo de pudor asaltó su imaginación y hubiera querido desligarse y volver á su sitio; pero no pudo: la tabla volaba, por cima de su cabeza crujía el látigo, y sintió ensancharse el pecho que ceñía con su brazo y oyó la voz del Cortijerito que cantaba:

Yo tenía un corazón  
y se lo di á una mujer,  
que lo tiene hecho jirones  
de jugar tanto con él.

Entonces Carmela sintió una especie de desvanecimiento: el polvillo de la paja la embriagaba; las vueltas vertiginosas del trillo hicieronle perder la cabeza;

quiso hablar y no pudo, y aturdida cayó hacia atrás, arrastrando á Antonio Chaves; al comprender que la señorita se caía, dió media vuelta y la detuvo en el aire; pero perdió el equilibrio y ambos cayeron abrazados sobre la parva, hundiéndose entre las espigas medio trituradas, color de oro.

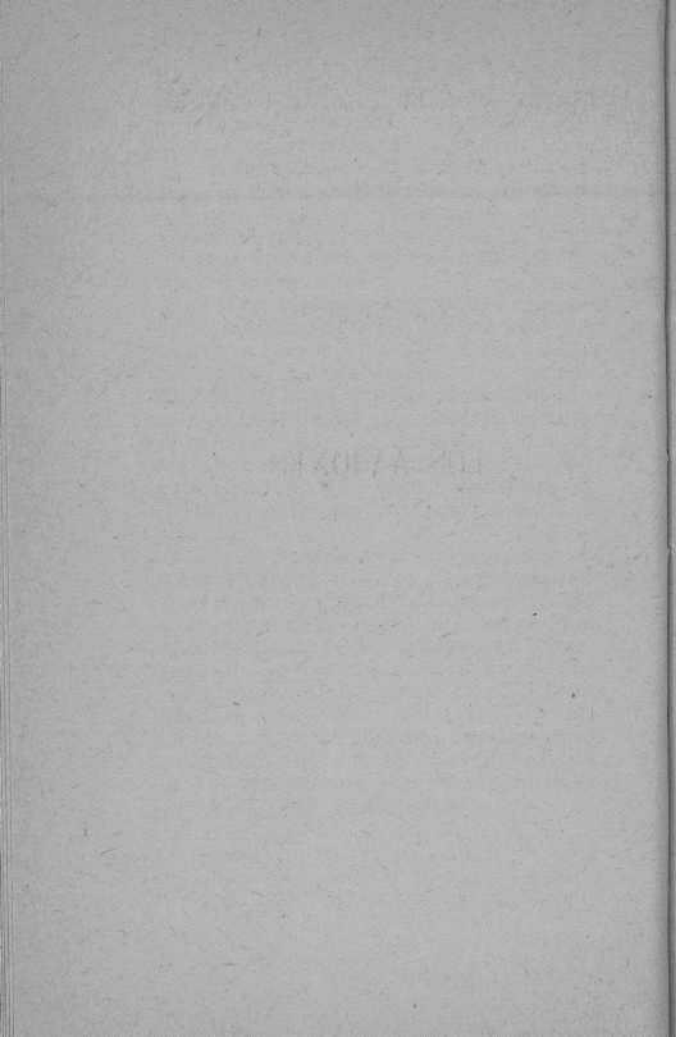
Ella levantóse pálida; él, por el contrario, rojo; siguió la trilla; las señoritas de Madrid se fueron porque se hacía tarde, y el Cortijerito las acompañó á su hacienda, dejando á sus amigos el cuidado de atender á las demás. Durante el camino no habló palabra, ni Carmela tampoco; María los miraba sonriendo y habló por los tres; al fin y al cabo la una era el sentimiento, la otra la observación.

· · · · ·  
Y ahora, muchos años después, cuando Antonio Chaves, viejo ya y con canas, ve cómo trillan sus hijos y sus mozos en las tardes doradas de Junio, mientras oye el potente silbar de los vapores allá en el mar azul, piensa en las señoritas de Madrid que no volvió á ver ni de ellas supo jamás desde la muerte del tísico, y recuerda, estremeciéndose nerviosamente, aquella tarde y aquel abrazo digno de ser cantado por Virgilio, verdadero abrazo de sílfide y de sátiro.

---



LOS AVIONES





## Los aviones

---

En una de las provincias más hermosas de Andalucía, y en la falda de una colina que oye los susurros del Guadalquivir, se alza blanco cual los ampos de la nieve, rodeado de huertas pintorescas, un modesto pueblo de cuatrocientos vecinos. Dominando sus calles estrechas, tortuosas y limpias, destácase hacia el cielo, pretendiendo herirlo con la aguzada punta de su veleta, una esbelta torre de campanario, más blanca y más risueña si cabe que el pueblo entero. Por bajo del campanario vése una terraza ó azotea de unos cuatro metros en cuadro que forma parte de la techumbre en que termina una casa modesta, colindante con la iglesia, y en cuyos balcones y ventanas lucen su gallardía tiestos repletos de claveles y nardos, de dalias y de magnolias. Aquella casa respira paz y simpatía

por cada uno de sus huecos, y al pasar ante ella los habitantes del pueblo parecía que la saludaban con ese cariño mezclado de respeto que inspira una cosa sacrosanta y conocida, con esa alegría sencilla que produce á todo corazón noble la presencia de algo honrado, sano y leal.

Pero cuando la simpatía subía de punto, trocándose poco menos que en admiración, era cuando el habitante salía de la morada: érase el habitante un hombre fornido, de fisonomía bonachona, que contrastaba algo con la mirada dura y penetrante de sus grandes ojos garzos; el rostro, curtido por el sol, y las manos asperotas y cubiertas de sedoso vello, indicaban bien á las claras que su vida no fué extendiéndose en muchos salones, y sus modales bruscos, aunque afectuosos, venían á corroborar el aserto que por el físico se había formulado. Su ropa era siempre la misma; un gran sombrero de canal, sotana no muy flamante, y gruesos zapatos con ancha y bruñida hebilla de acero.

Tal era D. Salvador, el cura del pueblo.

En lo moral tenía una inteligencia despejada, un golpe de vista admirable para conocer al que tenía delante, y un corazón noble y generoso, siempre pronto á socorrer con gusto toda desgracia, á evitar á toda costa disgustos del porvenir á sus feligreses. Su ilustración se reducía á la obra inmortal que basta

para ilustrar á un hombre, al *Quijote*. Cuando D. Salvador encendia su quinqué en las noches de invierno, y saboreando aún la sucia y pegajosa colilla del pitillo de sobremesa, agarraba el resobado ejemplar de la edición de Paris, anotada por Ochoa, no se cambiara por el propio emperador de la China; seguía ávidamente los colosales pasajes del gran libro, tantas veces recorridos, y siempre encontraba algún donaire nuevo ó algún pensamiento hermoso, escondido para darle más realce bajo la florida al par que sobria forma del manco de Lepanto, del rey indiscutible de la literatura española.

Aquel corazón se identificaba con las aventuras sublimes en parte, ridículas en conjunto, que acometía el hidalgo manchego, y sintiendo allá en sus adentros toda la nobleza del carácter de D. Quijote, dolíase profundamente de ver lo olvidadas que quedaban sus altas prendas ante los furros extravagantes de su locura, y era porque el buen cura andaluz ignoraba que en el mundo que él creía ver retratado en sí propio, copiado en la cámara oscura de su pensamiento y de su conciencia limpia como la plata recién acuñada, que en el mundo real y efectivo los actos sublimes suelen caer en el ridículo á que los impulsan los que, no teniendo corazón ni facultades para ejercitarlos, se complacen en señalar el flaco que todo acto humano tiene, á la manera que el

rústico patán mira riendo con idiotéz las gafas que lleva quien pasó su vida gastándose la vista en aras de la ciencia y de la ilustración.

Pero el caso era que él así lo creía y que su desinterés, su nobleza y la sencillez nativa de su corazón le daban no pocos puntos de contacto con aquél, cuyas desdichadas aventuras le hacían reír frecuentemente y emocionarse á ratos, que no era el cura hombre para quien el arte sublime del sentimiento pasase inadvertido sin levantar en él la emoción suprema que hace erizarse el vello y retemblar el alma, y que experimentan cuantos tienen corazones de artista al hallarse frente á frente del arte verdadero.

En ocasión que leía, por milésima vez quizá, el pasaje aquel en que Ginesillo de Parapilla y los forzados apedrean á don Quijote, después de haberles dado éste la libertad, y cuando comparaba allá en sus adentros la nobleza del hidalgo, mal pagada con la ingratitud del forzado, oyó chisporroteo extraño en la calle, voces descompuestas, carreras y golpes. Entre las voces descolló una, potente y sonora: *¡al fuego!, ¡al fuego!* D. Salvador se levantó volcando atrás la silla y salió á la calle; vió cómo de una de las casas se alzaban grandes columnas de humo, entre las que aparecía de vez en cuando la lengüeta azul de una llamada, y sintió en el silencio de la noche el crujir estridente y el rumor sordo con

que se abrían los tabiques y se desmoronaban los techos. El alcalde, el alguacil y los guardias civiles custodiaban el edificio, cuya escalera amenazaba desprenderse de un momento á otro; afuera se oían alaridos de horror, porque en la casa quedaba un pobre viejo impedido á quien, en la precipitación y el egoismo del que huye, olvidaron de sacar. Su hijo, zapatero librepensador, que había leído el *Zadig* de Voltaire y las biografías de los grandes maestros de la masonería española, contemplaba el cuadro con ademán desconsolado; al ver á don Salvador le gritó:

—A ver cómo lo salva su Dios de V. D. Salvador saltó hacia adelante y abanzóse á la casa, exclamando:

—Así.

Un guardia civil quiso detenerlo, pero el cura pasó como un rayo, pisó con planta segura los escalones próximos á hundirse, buscó, entre las llamas y en lugares que desconocía, al viejo, y lo encontró por fin, medio muerto de miedo, pero ileso. Verlo, echarle mano, cargárselo al hombro y bajar con él, fué todo uno. Hundióse la escalera arrastrando tras ella al héroe y al viejo; pero al poco apareció en la puerta de la casa el sacerdote, con la sotana chamuscada y humeante por varios puntos, la expresiva fisonomía llena de sangre que brotaba de una herida en la cabeza y el viejo desmayado sobre el hombro, sosteniéndolo con robusta mano. El pueblo cayó de rodillas, los ci-

viles se apartaron y un grito entusiasta y espontáneo partió de todas las bocas; el cura, apoyado en el cabo de la benemérita, entró en su casa en medio de las bendiciones de un pueblo agradecido.

Al día siguiente presentóse el zapatero, conmovido de verdad, á dar las gracias al hombre que salvó á su padre de una muerte cierta; pero llevado de sus ideas, basadas en la nada, añadió en voz campanuda:

—D. Salvador, yo doy las gracias al hombre, no al sacerdote.

El cura sonrió y explicóle, lo más claro que pudo, que él había hecho aquello llevado de su amor al prógimo, amor que estaba inculcado en la doctrina que profesaba, y por lo tanto era debido á ella; lo dejó hablar el zapatero con igual dignidad con que Napoleón escuchase hablar de táctica á un corneta, y al salir murmuró entre dientes, con la sonrisa del desdén en los labios:

—Al fin fanático.

Rasgos como el anterior acreditaron á D. Salvador ante sus feligreses y motivaron aquel cariño, mezclado con respeto, que se le profesaba.

## II

Cosa rara en los pueblos, D. Salvador no se metió nunca en política y no asistió jamás al casino. Sus distracciones eran, en el invierno la caza de la perdiz y el *Quijote*, y en el verano el libro con-



sabido y el tiro á los aviones, que por aquel pueblo pasan en verdaderos enjambres.

Su amigo y compañero inseparable en esta última distracción era un capitán retirado por obra de los moros, que en la guerra de Africa le rompieron la pierna derecha de un balazo al tomar un pueblo incendiado en la batalla de Wad-Rass, después de haber llegado á mandar como capitán la compañía del regimiento de Albuera, en que empezó la guerra como sargento. El capitán, que en la campaña fué una fiera, al volver al pueblo con su pata de palo se hizo manso como un cordero y vivía de lo que le daban su paga y sus cruces, con su mujer y sus hijos, contando como buen militar de cuando en cuando los hechos de sus campañas y teniendo como amigo inseparable al cura, á quien sentía no poder acompañar á matar perdices por la imposibilidad física en que se encontraba. Pero llegaba el verano, se doraban las mieses, se sentía ya lo tibio de la atmósfera, crecían las amapolas bajo los trigos y se iba endureciendo la tierra por falta de agua, y el capitán se animaba, sacaba de la alacena un larguísimo retaco de un cañón con abrazaderas de plata, lo limpiaba con cariño, con mimo, y me atrevería á decir que hasta con emoción, y cuando por las tardes subía á la azotea del cura con éste á tomar el fresco después de comer, deciale, frotándose las manos regocijado:

—Ya vendrán cerca, D. Salvador; veremos quién mata y quién no; á ver si llegamos este año á los doscientos.

En una de estas tardes hablaba el capitán, retrepado en su sillón, de la epopeya de Africa, como él decia, y de las grandes figuras de D. Leopoldo y de don Juan; de D. Juan sobre todo: no dominaba el capitán retirado la historia antigua y no podía por tanto hacer comparaciones, pero de lo que conocia oyósele afirmar siempre, mirando al auditorio en són de reto, que Napoleón y Espartero fueron unos capitanes de cazadores comparados con el héroe de los Castillejos.

Aquella tarde sostenia como siempre sus convicciones, escuchado por D. Salvador atentamente, cuando se inmutó de pronto, levantóse aprisa, con gravísimo riesgo de perder el equilibrio, se abalanzó á la barandilla de hierro y quedó fijo, inmóvil, anhelante. El cura lo miraba extrañado hasta que, siguiendo la mirada del veterano, distinguió en el azul del cielo un punto negro que avanzaba con rapidez prodigiosa.

—¿Será?—preguntó entrecortado el héroe de Wad-Rass.

—Alguna golondrina—apuntó burlescamente D. Salvador.

—No, no me engañé, por vida de los moros... es el primero... es el guía... ya está ahí... ya vienen los aviones.

El punto negro tomó forma y apareció un soberbio avión, que pasó raspando con la azotea, dejando oír el sonido vi-

brante y casi metálico de sus alas y su chillido estridente, fresco y agradable.

Y al ver colmadas sus infantiles ilusiones con la promesa de un verano de largo tiroteo, encandiláronseles los ojos á ambos amigotes, que no rompieron á bailar sin música porque el cura no había bailado en su vida y el capitán ya no podía físicamente efectuarlo.

\* \* \*

Comenzaron á tirar en tardes subsiguientes ambos contrincantes con varia fortuna; el cura haciendo prodigios de vista y de puntería, y el veterano procurando enmendar con la agilidad del tronco la de la pierna que le faltaba: por fin, y para no cansar, en una tarde, pasado ya Santiago, el cura llegó á los cien aviones muertos; el capitán, desgraciadísimo aquel año, sólo llevaba setenta y siete. Aplazóse el tiro hasta el día siguiente por la causa poderosísima de ser de noche y volvióse el vencedor de los marroquíes á su casa con la idea firme y segura de no errar ni un avión en la tarde próxima.

A las seis de ella presentóse en busca del cura, apoyándose en su bastón con aire triunfal; entró en el comedor á tomar café con el párroco y dejó sobre la mesa dos repletas bolsas de municiones. Cuando empezó el sol á inclinarse demasiado hacia Occidente, hizo el dueño de la casa que subiesen á la azotea la buta-

ca de rejilla desde la que solía tirar el veterano, y mientras D. Salvador cargaba lentamente, como quien tiene tiempo de sobra, su retaco de dos tiros, echóse aquél hacia afuera y poniéndose la mano sobre los ojos miró fijamente el horizonte, esperando columbrar el primer avión de la tarde.

Ésta era serena, tibia, tranquila; brillaba el sol con fuerza deslumbradora sobre las huertas y las colinas; agitaba las hojas brillantes de los limoneros y de los olivos un airecillo tenue, casi imperceptible, que traía amalgamada la frescura de las ondas del Guadalquivir con la fragancia bravía de las adelfas y tarajes de sus orillas; el cielo, sin una nube, tenía un brillo fosforescente; los tejados de las casas despedían chorros de luz al dar los rayos del sol en lo pulimentado de las tejas, y los cuerpos echaban chiribitas porque el calor era de los buenos.

El cura arrojó la chaqueta sobre una silla, cargó su retaco lentamente, colocó los pistones flamantes en las chimeneas, bajó los piés de gato para aplastarlos, los subió luego al seguro, sonaron dos chasquidos secos, y dejando el arma en un rincón, presentó la petaca á su compañero. No acabó éste de liar el cigarro porque pasaron como rayos dos ó tres aviones, haciéndole dar un salto y montar inútilmente el arma; los pájaros se alejaron rapidísimamente, oyéndose cada vez más lejos sus chillidos estridentes. Ya dejó el capitán la petaca y esperó á

los que vendrían detrás; apareció uno solo, lo encañonó, y en el momento en que frontero á la cabeza pasaba sonó un tiro y se alzó en el aire una blanquísima espiral de humo. El avión cayó rápida y verticalmente dentro de la azotea, es decir, lo que llaman los cazadores hecho un taco.

El capitán, satisfecho, cargó su retaco; el cura se puso en guardia, cuando llegaron dos pajarracos de aquellos á la carrera, se oyeron dos detonaciones simultáneas y ambas victimas cayeron en la calle, con gran algazara de algunos muchachos, que no estaban allí sino para atrapar lo que caía, llevárselo, freirlo y comérselo, así como suena.

Altísimo vino otro avión; el capitán le apuntó, pero desistió del tiro, y apenas había bajado la escopeta cuando sonó un estampido y vió al ave que, girando rápidamente sobre su cuerpo, caía dentro de la azotea. Volvióse admirado y vió al cura que cargaba el arma sonriente.

—Buen tiro, D. Salvador—dijo el veterano.

Siguió la tarde así, tiro tras tiro; tuvo suerte el capitán y consiguió alcanzar hasta noventa y nueve aviones, contando desde el principio del verano; el cura andaba desacertado aquella tarde y aunque hacía tiros buenos, la mayoría de las veces el avión, al sentir silbar cerca de él el plomo sin acertarle, daba una rápida vuelta sobre sí propio, y se alejaba chillando en señal de alarma ó quién sabe

si vituperando la puntería poco certera del tirador.

Declinaba ya el día y el sol, ocultándose tras las lomas de Occidente, hacia aparecer como ardiendo los olivos que los poblaban, cuando se presentó en la azotea el monago de la iglesia, que era un chiquillo negro como un zapato, bizco y listo como una ardilla.

—*On Sarvaó*—dijo parándose en el último peldaño, —¿cuándo toco á la oración?

El cura, después de consultar su reloj de plata, contestó que aún era temprano; el chico, atraído por unos cuantos aviones muertos esparcidos por el suelo, no se iba.

—¡Animalitos!—dijo de pronto el chiquillo con entonación compasiva;—van á llevarle *comia* á sus hijos y no *puén llegá*;—y, abriendo la boca de uno de ellos, sacó de la bolsa que forma la sotabarba un puñado de moscas y de insectillos muertos.

D. Salvador miró al monago fijamente.

—El otro día en el campanario habia dos *nidos d' ellos*, y una de las madres la *ebieron* de matar *polque* no vino á la oración como yo la *via toas* las tardes y los gurrripatillos se pasaron la tarde sacando los *picos ajuera* del alero y piando, *pio, pio*, pero la madre no vino y al día siguiente *tós* estaban muertos; se moririan de *jambre*.

—¿Y el otro nido?—preguntó vivamente D. Salvador.

—*Jeria d' un plomo* vino la madre y

los hijos, que ya son grandes, con el piquillo *l' alisaban* las plumas y piaban *asina* como con rabia.

El cura, pensativo, dejó el retaco en un rincón y lió un cigarro meditabundo.

Entonces apareció en el azul del cielo uno de los aviones rezagados; dirigióse hacia el campanario con vuelo rápido; apuntó el capitán y disparó, al propio tiempo que le gritaba el cura:

—No le tire V., que es la madre de los otros.

El pájaro se balanceó, hizo un esfuerzo gigantesco por llegar á su destino, pero cayó en un tejado lindero dando voletadas sobre las tejas.

—¡Ciento!—bramó, más que dijo, el veterano.

El cura, entretanto, se quitaba aprisa los zapatos.

—¿Qué va V. á hacer?—preguntáronle los otros.

—Nosotros—dijo D. Salvador con su voz serena, grave y tranquila—estamos por mero entretenimiento privando de la vida á aves que no hacen el daño más remoto, antes al contrario, limpian los campos de insectos dañinos. Y no es ese solo el daño que estamos realizando sin provecho alguno, sino que privamos del calor maternal y de la vida á centenares de pajarillos que empiezan á vivir. Colás lo ha dicho; llamaban á la madre y la madre no vino; ¡qué habia de venir!; traspasada por los plomos de V. ó por los míos, ¡con cuánta angustia caería la po-

bre avecilla que llevaba en su boca el pan de sus hijos! Esa que revolotea sobre las tejas no está herida de muerte, porque el tiro fué muy largo; voy por ella y veré si la curo; Colás me buscará moscas para alimentarla; nada, capitán, que me declaro protector de los animales; yo ya no tiro más aviones.

El acólito y el veterano quisieron evitar que saltase el cura al tejado; pero cuando acordaron ya estaba fuera, agarrándose bien al empinado declive y acercándose al bicho, que se revolcaba sobre las tejas sin poder alzar su vuelo gallardo.

— ¡Cudiao! — gritaba Colás, — ¡yo iré!... ¡vengasté, pae cura!

Llegó D. Salvador tras breve rato de gimnasia al avión, lo recogió, lo guardó en el seno, y volviendo atrás, hizo otra vez el camino y llegó cerca de la azotea; allí se limpió el sudor de un manotazo y al brusco movimiento venciósele el cuerpo, cayó sobre la superficie resbaladiza é inclinada, dió dos vueltas en la pendiente, llegó al alero, quiso agarrarse, no pudo y cayó á la calle con los brazos en cruz, á plano, retumbando el golpe como un trueno distante.

Dió un rugido el capitán, quedó Colás con los ojos fuera de las órbitas y las manos en la cabeza; lanzaron un inmenso alarido los chiquillos que jugaban en la calle y momentos después estaba allí el pueblo entero, convulso, conmovido, anonadado.



Entre tres vecinos intentaron levantar al caído, que indicó que no lo hicieran; aparecieron el capitán y el monago en la puerta de la casa; D. Salvador quiso hablar, no pudo; los llamó con la vista, y al apretar la mano del retirado, un tinte livido se esparció por su rostro, asomaron unas gotas de sangre á sus labios y un segundo después el cura del pueblo ya no existía.

Entonces estalló un sollozo inmenso y espantoso: el capitán, blanco como la nieve, temblaba como un azogado; Colás, tumbado boca abajo, lloraba á moco y baba, y las mujeres ponían el grito en el cielo; en aquel cielo, desde donde quizá ya los bendecía el alma brava y generosa que dió animación á la masa inerte que ante sus espantados ojos se encontraba.

La única persona que aquella noche no lloró en el pueblo fué el zapatero librepensador, que con voz sonora y ademán enérgico dijo en el casino:

—Lo siento por el hombre, pero al fin... un cuervo menos.

\* \* \*

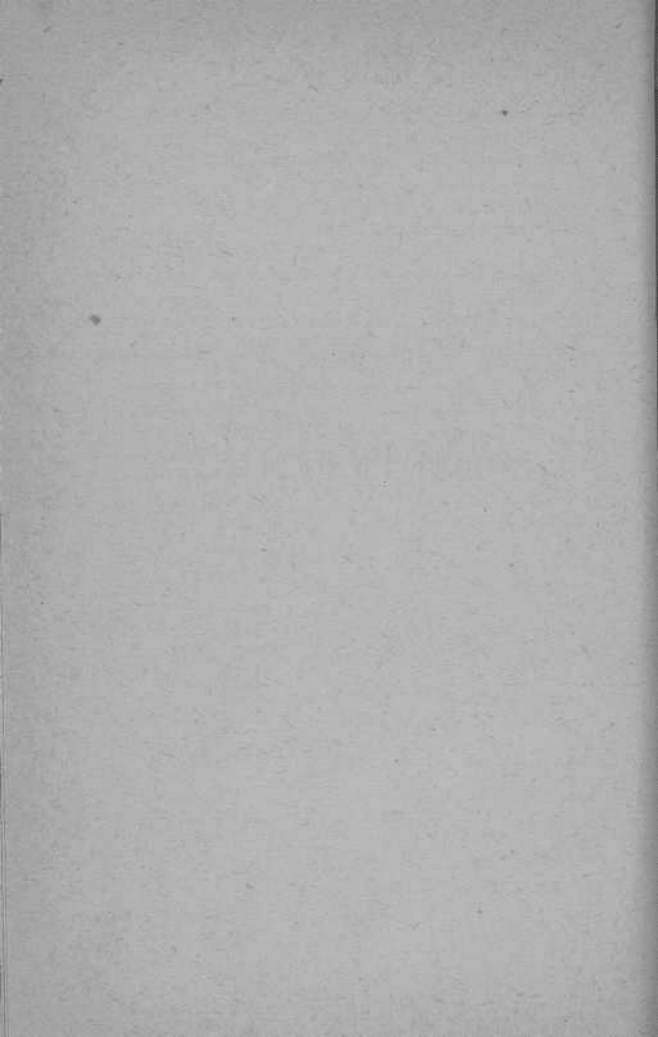
Ha llovido mucho desde que el buen cura andaluz reposa en el sueño eterno; su amigo el capitán, que no volvió á tirar un tiro, reposa también; el zapatero volteriano, convertido en socialista furibundo, como antes fué federal determinado, es hoy el amo del pueblo y ocupa en él el lugar que tuvo el cura D. Salvador, y es

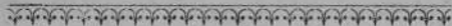
que en este mundo el alma generosa que sucumbe pronto es olvidada, quizá porque no deja detrás lágrimas de sangre que lo recuerden con ira, porque la naturaleza humana siempre recuerda lo malo, pero en muchas ocasiones suele olvidar lo bueno.

Los aviones vuelven todos los veranos, y es fama que al pasar por encima de una modesta tumba del cementerio chillan de una manera extraña, con más fuerza, con más coraje, quizá con pena, como si temieran ver salir de entre los pensamientos que la bordan el certero retaco del cura de aldea, ó quién sabe si llorando á quien perdió la vida por darles madre á unos gurripatos que no había visto jamás.

---

PONER UN GALLO





## Poner un gallo

---

Desde antes de comer comenzó el trajin para la árdua tarea de la tarde; visitó Frasquito el gallinero, escogió tres gallos casi pollos, rojizos de cuerpo y escuetos de carne, los colocó en la loma que detrás de la casa se levanta, volvió á ésta, cogió una escopeta, apuntó varias veces en distintos lugares y, satisfecho de su obra, volvió los animalejos al gallinero, trepó la loma arriba, y, como el día, aunque caluroso, era *blando*, es decir, seminublado, se sentó en una piedra en la cima, sacó la petaca y lió un cigarro.

No era el estanquero hombre á propósito para poesías, pero como de poeta y músico hay gérmenes en toda alma meridional, aquel día Frasquito, que vivía en el paraíso sin conocerlo, dió con la

poesia por vez primera, y quedó atónito contemplando la naturaleza.

Vió como á sus piés se extendía en rápido declive la colina, salpicada aquí y allá de escasos y mal cuidados olivos; contempló su casa blanca como azucena y más allá su vista escudriñó la carretera, faja polvorienta, accidentada y con recodos, flanqueada de eucaliptus, que poco más abajo de la casa se hundía formando una cuesta de gran pendiente, coronada en el lado más distante del estanco por pequeñas rocas arenizas en cuya cima las pencas ostentaban su pintoresco conjunto. Como el estanquero estaba bastante elevado, su mirada pasó por cima de las chumberas y se difundió por la vega cubierta de anchas, enanas y verdes cepas con tal cual tono amarillo, indicio prematuro del licor que de los aún verdes racimos había de salir en tiempo de sazón no muy lejano. Después de la vega y ya bastante lejos, distinguíase otra carretera, y á cortísima distancia de ella cubría el mar el resto de la perspectiva con un azul intenso, transparente y tranquilo, que se confundía en el fondo con el azul claro del firmamento: como gaviotas gigantes veíanse dominando sobre el mar las velas blanquísimas y triangulares de algunos faluchos.

Todo esto lo miraba Frasquito con los ojos entornados, echado hacia atrás sobre el suelo, el cigarrillo humeando en la boca y la mirada, vaga y sin expresión, dando tumbos por las grandezas del

firmamento. Su imaginación, que no carecía de ella, le llevaba á contemplar las bellezas del paisaje, pero sus facultades intelectuales andaban lejos de allí dando vueltas y cavilando los tiradores que vendrían por la tarde, los tiros gastados inútilmente y el puñado de metal que de ganancia le quedaría. Pero como la hora de comer llegaba, el estanquero se levantó pausadamente, sacudió un manotazo á su pantalón, para quitar algunas particulas de tabaco, y echó á andar loma abajo con las manos en los bolsillos, cabizbajo y canturreando.

Existe en Andalucía la costumbre de tirar al blanco en ciertos días gordos del año, como era aquel de Santiago, el de San Juan, el primero de Pascua, el sábado de Gloria y algunos otros. Esta costumbre, desde tiempos remotos, consiste en colocar un gallo amarrado á una vara que se hunde en tierra, procurando que el animal no quede distintamente visible, y tirarle con bala desde crecida distancia, cuidando de hacer buena puntería; una gota de sangre arrancada al pobre animal por el balazo, es suficiente para que el gallo quede por trofeo del tirador. El método de pagar comunmente usado consiste en echar, á cada tiro, una *perra gorda* en un pañuelo, por lo común de hierbas, que hay delante del lugar en que se coloca el tirador. Cuando éstos son pocos, se tira generalmente en turno riguroso uno ó dos tiros, y si los opositores son muchos, en ese caso cada uno

dispara cierto número de tiros, que no suele pasar de cinco, ó sea de dos reales de valor. Con frecuencia sucede que antes del tiro certero se desperdician bastantes, con cuyo producto el gallo, por lo general pequeño y flacucho, queda bien pagado. El matar un gallo de esta manera es de las cosas que más acreditan á un hombre en los campos y en las sierras de Andalucía; se llega hasta el caso de ser influente en un partido rural sólo por haber asesinado unos cuantos volátiles en poco espacio de tiempo.

La cosa es pintoresca y *sui generis* de veras; en aquella hermosa tierra, más que en ninguna parte, se concede gran importancia al valor personal y á la buena puntería, y los tiros de gallo son, como si dijéramos, concursos en que se prueban los aspirantes á pasar como buenos tiradores en la comarca.

Momentos después de comer el estanquero y cuando con la silla echada contra la pared, la colilla sucia en los labios y los ojos un si es no es dormilones, se disponía á echar un sueñecete, ladró el perro, oyéronse pasos y apareció en la puerta un sugeto de menos que mediana catadura, corto de alzada, de ojillos relumbrantes y con un no sé qué de repulsivo en la persona. Frasquito entreabrió un ojo, luego el otro, y sin levantarse de la silla la echó adelante y quedóse mirando al desconocido con expresión entre escudriñadora y enojada, como de quien es sorprendido desagradablemente



en momentos de paz perfecta, cuando descansa el cuerpo y sólo revolotea en el alma una conciencia serena, sin nada de extraordinario que reprocharse ni grandes problemas que solucionar.

El intruso dejó caer al suelo la culata de su escopeta, nueva y de buena vista; pidió tabaco, lo pagó, cogió una silla y se sentó á la puerta como quien guarda idea de permanecer en un sitio largo rato, acomodándose guapamente con sublime *sans façon*.

El estanquero lo miraba de reojo, extrañado, y al fin comenzó á hablar:

—¿Y *aónde* bueno va el amigo?

—¡Phsé!—contestó el otro alargándole la petaca,—á dar un paseo.

—Se me antoja *qu'osté* no es de por estos terrenos.

—Yo soy de un poco más *allaila*. (Conviene advertir que en Andalucía *un poco más allaila* suele equivaler á algunas leguas.)

Reinó unos minutos el silencio, oyóse á lo lejos el potente silbido de la locomotora y el estanquero levantóse y agarró la escopeta del otro.

—Buena escopeta trae el amigo—dijo piñoneando las llaves.

—No es maleja; *cudiao* porque esta cargá.

Aprovechó el aviso Frasquito, tirando de la palanca sacó los dos cartuchos, quedóse como sorprendido un segundo, pero en seguida los dejó sobre el mostrador forrado de zinc, mientras exami-



naba con atención de perito los cañones.

Los dos cartuchos eran de bala.

Esto en Andalucía es más de extrañar cuanto que aún llevando armas para su defensa, van cargadas con plomos, y se explica: en aquel país las agresiones se comprenden, siempre frente á frente y muy de cerca, y es sabido que á corta distancia hace un estrago infinitamente mayor una perdigonada que un balazo.

Por esto, mientras examinaba Frasquito la magnífica arma que tenía en la mano, todo era dar vueltas á su caletre preguntándose qué casta de pajarraco era el cristiano que iba por camino real con tan hermosa escopeta, en el fondo de cuyos cañones iban preparadas, masas inertes de plomo esperando la explosión de la pólvora, aquellas dos balas.

Entretanto el otro chupaba tranquilamente su cigarro, la silla retrepada contra la pared, los ojos entornados y tarareando casi mentalmente unas malagueñas. De pronto su mirada quedó fija, adquirió marcada expresión de odio, y los músculos de su rostro se movieron con violencia; siguió el estanquero la línea que marcaban los centelleantes ojos del desconocido y no vió nada anormal en el paisaje; la naturaleza parecía dormir, no se movía un átomo de ella, y allá en el cielo grandes nubes blancas avanzaban despacio, formando algo así como un tisú de plata con el azul brillante del firmamento. En una de las veredas que á la vista estaban vió dos bultos negros

terminados en blanco, que subían alejándose gradualmente, y notó que á aquellos bultos iba dirigida la tenaz y rencorosa mirada de su parroquiano.

—Allá van los civiles—dijo contemplando al otro con atención.

En aquel momento entraron en el estanco algunos campesinos, muy blancos de camisa, en traje de fiesta, con sus escopetas y dispuestó cada cual de por sí á llevarse el gallo. Frasquito los recibió con muestras de alegría, habló de *poner un gallo*, y como los otros era á lo que venían, admitieron en seguida; partió el estanquero como un rayo al gallinero, y de los tres que tenía apartados cogió el más flaco, lo situó amarrado á una vara de acebuche en la pendiente de la colina y se volvió, impetrando por lo bajo el auxilio de la divina Providencia para que las balas se apartasen del volátil, haciendo que fuese mayor el número de *perras* que recogiera.

Sacó un pañuelo grande y lo extendió en el suelo; en seguida cayó en él una moneda rozando una oreja del estanquero, volvió éste la cabeza y vió al parroquiano desconocido que dirigía hacia el volátil los empavonados cañones de su escopeta. Partió el tiro, retumbó un segundo, levantóse una nubecilla de polvo tres pasos por bajo del bicho y ocupó el puesto para tirar un guarda de un cortijo cercano, bajito, delgado y de socarrona fisonomía. Echó con calma hacia el gallo el único cañón de su viejo retaco

con chapas de metal, dorado por el tiempo, y previos algunos instantes de solemne silencio, sonó un cañonazo; detonación mayor no se había oído en el contorno; el gallo se movió asustado; corrieron allá algunos y volvieron diciendo que estaba ileso; la bala había salido por lo alto de la loma.

En esto entraron promoviendo buena algazara unos cuantos señoritos de la ciudad cercana que pasaban su temporada de campo en las haciendas próximas; venían con algunos guardas y fueron recibidos con gran agasajo por parte del estanquero y con cierta fría reserva por los demás, porque en ninguna parte como en Andalucía se separan las clases. Pero todos los que llegaban eran gente campechana, vivían constantemente en el campo algunos de ellos y uno tenía en su abono la circunstancia de que en el tiro del gallo del día de San Juan (último habido en el estanco) los tres animalillos que se pusieron cayeron heridos por sus balas.

Continuó la diversión y tiró uno de los señoritos sin resultado, tiró después un guarda y por último le tocó el turno á aquel otro señorito que en el día de San Juan se llevó los tres gallos.

Ocupó el puesto con calma, montó un cañón y luego varió de parecer desmontándolo y amartillando el otro; se echó la escopeta á la cara, apuntó detenidamente, fué doblando poco á poco el dedo y partió la bala. No se vió dónde había

dado; salió Frasquito á verlo, y al volver con el gallo muerto, su cara compungida causaba risa.

El triunfador recibia los plácemes que el concurso le prodigaba, plácemes mitad entusiastas y mitad envidiosos, y convidó á una *ronda* de aguardiente á los presentes, galantería que suelen usar los vencedores en los tiros de gallo.

Frasquito se consoló algo con aquello; mientras destapaba el vidriado *pirulo* que guardaba el néctar, se le acercó el desconocido de más *allailla*, y con voz casi imperceptible y ademán indiferente le preguntó quién era el tirador afortunado.

— ¡Oh! — dijo el estanquero, — ese es Antonio Marqués, uno de los *labraores* más ricos del *partío*; vive casi siempre en su lagar y es hombre *mú apañaio*.

— Tira bien — dijo por todo comentario el forastero.

Sirvióse la *ronda* en copas de cristal verdoso, pesadas de materia y estrechas de cabida; las apuraron los presentes, no sin asomarles lágrimas á los ojos, porque si aquello no era alcohol puro le faltaba bien poco; púsose el segundo gallo, y ya se le habian tirado algunos tiros, cuando entraron en el ventorro dos nuevos personajes, á cuya vista el concurso quedó entre amable y sobrecogido. El traje de los recién llegados destacaba sobre los demás; las levitas negras, los botones plateados, las correas amarillas y las blancas fundas de

los tricornios daban á los civiles grandes ventajas sobre los paisanos.

Algunos que no tenian licencia se escurrieron boniticamente; el desconocido se quedó livido y miró en derredor como quien busca salida, pero en el rincón en donde estaba no la tenia, y encogiéndose de hombros se puso á fumar.

La pareja saludó á Antonio Marqués con consideración y afecto, estrechó luego las manos de algunos y cumplió con los demás con un seco, pero cortés

—Buenas tardes, señores.

Dejóse quieto el gallo, pero los guardias, con esa amabilidad ingénita del cuerpo, indicaron á Antonio Marqués que podía seguir la fiesta, á cuya insinuación correspondió el labrador invitando al cabo á tirar el primero.

Hizose de rogar, pero al fin se levantó, echó atrás la pesada cartera de cuero negro, y desechando con amabilidad las escopetas que le proponian, metió en su fusil un cartucho de los suyos, larguísimo, de dorada funda de metal y cónica bala revestida de cera, y amartilló.

Todos los presentes se acercaron á verlo tirar; el viajero miró á la puerta con expresión de gozo, que se trocó pronto en ira; el otro guardia, sentado tranquilamente con la carabina al lado, barria el paso. Sonó un tiro, y á poco entró Frasquito con el gallo muerto, atravesado por el balazo; el cabo tiró el cartucho vacío sonriendo ligeramente; miraron los demás tiradores la herida,

miraron después los expresivos ojos, grueso bigote castaño y marcial apóstura del jefe de la pareja, y no habló nadie; un mismo pensamiento había atravesado todos los cerebros.

Antonio Marqués pagó otra *ronda* en honor del cabo, que después de un rato pareció fijarse por vez primera en el personaje que procuraba ocultarse en la penumbra, y dejando la carabina en un rincón, se acercó á él, preguntándole entre afable y severo si tenía documentos del arma que llevaba. El otro gruñó, sacó una cartera viejisima y de ella un papel pringoso y roto por los dobleces, que examinó el cabo con atención, devolviéndolo después á su dueño.

Ya era tarde; la pareja se despidió dando las gracias á Antonio Marqués y llevándose el gallo muerto tras repetidas instancias, y las levitas negras, plateados botones, correas amarillas y blancos tricornos tomaron la cuesta abajo con los fusiles al hombro, siempre pausados, siempre dignos y siempre con la aureola de fuerza y de derecho que por do quier que van los envuelve.

Los señoritos se fueron también llevándose el otro gallo; el viajero desconocido se marchó sin despedirse y los campesinos quedaron jugando al dominó ó á los mugrientos naipes.



Cerró la noche y sólo se oían á lo lar-

go los mugidos del mar y más cerca el misterioso cuanto inesplicable ruido de los montes en las tinieblas, cuando entró otra pareja de la Guardia civil en el estanco, pero aquella no iba sola, llevaba un preso. Atónito quedó Frasquito al reconocer en él el desconocido de más *allailla* que había tomado parte en el tiro al gallo.

Los guardias pidieron agua, que bebió el preso ávidamente; con las manos sujetas por las esposas de hierro, la mirada airada y reconcentrada, la ropa destrozada y llena de polvo, como indicio de pasada lucha, el hombre aquel, imágen de la ira impotente, tenía algo de Satán arrojado del Paraíso.

Aquel hombre era Juan Palomo.

Con sentimientos bajos y rastros Juan Palomo vivía tranquilo, cuando hizo la casualidad que cayese en sus manos uno de esos novelones en que se nos pinta punto menos que para ser canonizados á los ladrones célebres de la antigüedad. Aquello se avenía con su modo de ser; él se vió ya robando á los ricos, y teniendo á los pobres bajo su dominio, merced en parte al terror y en parte á las dádivas suculentas que, en onzas de oro por supuesto, proyectaba prodigarles; buscó otras novelas de aquel jaez, y como por desgracia es género que abunda, las encontró y deleitóse en su lectura. Su imaginación meridional le hizo forjarse unas ilusiones para él regias, sueños de oro mezclado con san-



gre, y alentado por aquellos libros, imbuido por su mal instinto y ayudado por la imaginación exaltada del Mediodía, vendió sus miseros aperos, se compró una soberbia escopeta y, nuevo D. Quijote, *se echó al camino*, decidido á ser el rey de la campiña. Cometi6 la primer fechoria, pero así como el hidalgo manchego no contó con las ideas de su época, así el campesino andaluz no contó con esa institución de las mejores, sino la mejor de España, con ese cuerpo marcial y aguerrido, que vive en guerra continua y que llena sus deberes con abnegación y con heroísmo que premia un escaso sueldo.

Juan Palomo no contó con la Guardia civil, pero la Guardia civil contó con él, y al día siguiente de su primera hazaña dispuso dos parejas para echarle mano; una la que lo prendió media legua más arriba del estanco y que era la misma que él vió pasar cuando sentado con Frasquito miraba el paisaje, y otra la que, mandada por el cabo, fué á cerciorarse de si era él quien tiraba al gallo y que debía cortarle la retirada en caso necesario.

\* \* \*

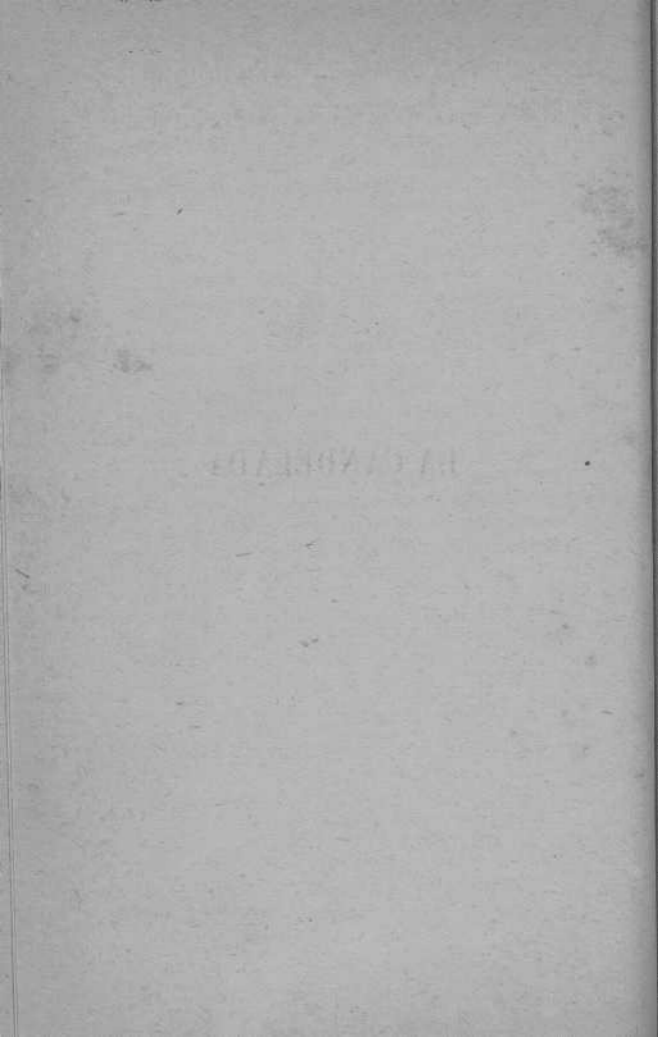
Pasaron ya bastantes años desde aquel día de Santiago; Juan Palomo murió asesinado á los pocos días de entrar en el presidio de Ceuta; el cabo de civiles es hoy teniente del benemérito instituto en

la isla de Cuba; las viñas se perdieron; aquellas provincias andaluzas que fueron inmensamente ricas, hoy son casi miserables; algunos labradores como Antonio Marqués siguen defendiéndose tenazmente contra la terrible invasión filoxérica, pero es inútil; el mal no está en la planta, está en la tierra.

Algunas veces Antonio Marqués, siempre alegre aunque arruinado, se lleva los gallos que pone el estanquero, á despecho del partido, que reconoce en él el primer tirador de los contornos, y sólo queda hermoso, grande, indestructible el cielo esplendoroso de Andalucía, los montes llenos de sus misteriosos é inexplicables murmullos y el mar con aquel azul intenso, transparente y tranquilo, sobre el que se alzan, á fuer de gigantes, las velas blanquísimas y triangulares de los faluchos.

---

LA CANDELADA





## La candelada

---

En la vispera de San Juan relucen fantásticamente en multitud de puntos de la serranía; salpicadas aquí y allá al acaso, véñse sus fulgores rojizos elevarse hacia el cielo haciendo destacar la negrura de los peñascos, entre cuyas grietas crecen bravíos los algarrobos y las encinas, derramando por entre las piedras lo correoso de sus raíces; proyéctanse las llamas sobre las casas de blanquísimas paredes y van á perderse sus más elevados lengüeretazos, que corona un humo gris, en un cielo azul turquí sin mancha, en el que brillan las estrellas como ojos avizores que vigilaran la tierra; la negrura de la noche hace más fantástico el espectáculo, y al elevarse las lenguas azuladas de las llamas en el espacio, creen las viejas de la jurisdicción que culebrean danzando entre ellas gnomos, duendes y al-

mas en pena. Al redor de las candela-  
das estalla la alegría; circulan los bollos  
correosos y los mantecados de piedra, sal-  
ta de acá para allá el pirulo verdoso que  
contiene el aguardiente tremendo de los  
serranos, y en algunos puntos gimen las  
guitarras y atruenan los platillos entre  
las breñas, y se alzan las voces de los  
cantadores con la expresión de suprema  
melancolia de los cantos andaluces; todo  
esto dominando sobre la noche oscura,  
sobre las siluetas bravias de las monta-  
ñas y sobre los mugidos del mar que sue-  
na distante, dejando oír su voz en són de  
saludo ó como en señal en fuerza.

En redor de la hoguera mayor que está  
en el Pico de los Grajos se halla sentado  
lo selecto de la serranía; labradores ri-  
cos, forasteros, el teniente de la Guardia  
civil que vigila al par que se distrae, el  
cura del pueblo próximo y media docena  
de guardas jurados que avivan la hogue-  
ra á culatazos, echando matas secas de  
espinos y rotos tallos de alcornoques y al-  
garrobos. Con la animación que allí hay  
contrasta grandemente la actitud de uno  
de los guardas, que, sentado á horcadas  
en una peña, permanece pensativo, lia con  
calma sus cigarros y los fuma con delec-  
tación ó quizá sin apercibirse de ello, que  
el placer y la indiferencia suelen confun-  
dirse en ocasiones: sobre lo brillantado  
de los martillos de su retaco dan las lu-  
ces de las llamas, haciéndolo semejar de  
plata, y se refleja el resplandor de la ho-  
guera en la chapa de metal dorado que,

cruzándole de hombro á cintura, acredita su profesión. El semblante permanece oculto entre las sombras, porque nada hay más oscuro que las proximidades de lo más claro, y no puede afirmarse si duerme, reza ó sueña; tal es su mutismo.

No tardan los demás en apercibirse de su silencio y pronto empiezan á dirigirle pullas sobre su actitud; el guarda salta gallardamente de la peña y se aproxima al gozoso grupo.

—Careca, estás pensativo—dice con entonación cariñosa el teniente;—¿hay alguna denuncia que hacer?

—¡Denuncia!—contesta el guarda con reconcentrado acento—ninguna.

—¿Tienes remordimientos de conciencia?—pregunta el padre de almas en són de broma.

—¡Yo!—dice el guarda acercándose más al grupo y dejando ver su fisonomía noblota orlada de cabellos cenicientos.

—Señor José—dice otro guarda,—¿á qué vienen entonces esas tristezas? ¿O es que recordará alguna *jembra* de otros tiempos y algunas *candelás* de otros años?

—¡Mujeres! ¡prefiero un buitre!—gritó el guarda retrocediendo un paso.

—¿Tan mal las quieres?—preguntó un guarda joven y recién casado, sonriendo con deleite.

—Cuéntanos tu historia, Careca—le objetó su amo.

Guardó Careca silencio y volvió á la peña; lió un grueso cigarro, echó chispas

del eslabón, prendió la yesca de romerillo y encendió á lentas chupadas.

—Aguardiente es eso—dijo el cura.

—No es Llovera borracho—murmuró él teniente.

Uno de los guardas largó un brazado de leña verde á la hoguera, crujieron las ramas con sonoros estallidos, saltaron chispas sobre los concurrentes y se elevaron más las llamas; el anciano guarda José Llovera (Careca) bajó de la piedra y adelantó á la candelada, poniéndose tan cerca que parecía que iba á arder.

—Culebrón—dijo el cura acentuando este calificativo de la borrachera.

—No es eso—murmuró el teniente, pensativo.

José Llovera se quitó el sombrero, enjugóse el sudor; se retiró un paso.

—Mi teniente—dijo con voz ronca,—tengo que hacer una denuncia; señor cura, tengo que desahogar mi conciencia.

Quedaron sorprendidos los concurrentes y rióse el cura con malicia; una llamada levantó una barrera entre el guarda y sus oyentes; cuando bajó la llama, aquél estaba en el mismo sitio, cruzados los brazos á las espaldas.

—Habla—le dijo el oficial de la Guardia civil,—si no es reservado.

El guarda permaneció en silencio unos minutos, retrocedió unos pasos, se sentó y comenzó á expresarse con una voz sorda, trabajosa y detenida, que no conocía ninguno de los presentes y que parecía salir de debajo de tierra:



—Hace treinta años tenía yo veinte; guardaba por muerte de mi padre el lugar de los Pozuelos, y vivía cumpliendo con mi deber y persiguiendo las perdices en los pechos y las águilas en los picachos de la serranía. Yo era feliz, Dios lo sabe. Un día me llamó mi amo, D. Julio Paredes, que esté en gloria, y me dijo:— José, mañana vienen unos señoritos á pasar unos días en la sierra; hay que tratarlos como á mí.

Dije que sí y no pasó más.

Los señoritos vinieron al día siguiente.\*

Hubo un instante de silencio; el cura sonreía con malicia; el teniente miró al guarda con lástima, los otros se guiñaban mutuamente.

—Eran cuatro—prosiguió Careca, fijos los ojos en el fuego,—tres hombres y una mujer; un viejo, dos jóvenes y la señorita Aurora, que tendría veinte años. Me puse á sus órdenes, y en una noche de luna del mes de Mayo, cuando fui á cenar, me dijo la capataza que me llamaban y subí.

El comedor del cortijo—dijo el guarda señalando la casa que se veía al subir de punto las llamas—es grande y tiene el suelo de madera; por los dos balcones entraba la luz de la luna; junto á uno había una mujer con los ojos verdosos, el pelo rubio cayendo sobre la frente, bajita, delgada, vestida de blanco; yo me acordé de un angelito que hay pintado en la iglesia de Marbella. La señorita Aurora se volvió al oírme y me dijo:—José,

mañana necesito alguna cacería; si V. pudiera buenamente...

Tenia una voz, señor cura, que sonaba como música; me fui, cogí el retaco, sali al campo y no sé lo que me pasó; iba andando como borracho, llevaba en el alma una cosa muy grande que pesaba mucho y un nudo como de acero en la garganta. Nunca me pareció más hermosa la serranía, caballeros; fui á colocarme al rececho en el Salto del Contrabandista, y allí me estuve un rato solo con Dios, viendo el mar, la luna y los caseríos; los conejos bullian entre las retamas como la espuma; tiré seis tiros y maté seis; yo siempre he tirado regular.

Aquella noche no tenia yo ganas de dormir ni de comer; me entretuve limpiando el retaco, y por la mañana subí la cacería; la señorita Aurora me dijo que qué valían, dije que nada; que sí, que no, y no tomé un real; era un regalo.

Habia allí un señorito, el viejo, muy campechano; le dijo á su hija que me diera una copa y un puro; me dió la señorita un vino raro, pero bueno; al coger yo la copa le cogí la mano sin querer y medio se derramó el vino; ella se echó á reir y la volvió á llenar.

Yo no veía en todas partes más que á la señorita Aurora, en los montes, en los barrancos, en las retamas, en el cielo y en el mar, que hacia retemblar la luz de la luna; muchas noches, porque yo no dormía, me arrodillaba en el campo y le

pedia á Dios que me quitara aquel querer, pero Dios no quiso; yo quería mucho á doña Aurora, mucho, mucho; tanto, que ahora, treinta años después, ¡también la quiero!»

El cura, el teniente y los demás se interesaban en el relato.

—No me enteré bien de todo lo grande que era aquello hasta que supe que se iba á casar con uno de los señoritos; uno jóven, muy llano, muy corriente, que se llamaba D. Juan Robleda; entonces le *tomé interés* á aquel hombre y pensé matarlo. ¡Quería quitarme lo que á mí me hacía vivir! ¡Yo quería á doña Aurora como se quiere á María Santísima, de rodillas!»

El teniente se habia puesto al lado de Careca; el cura, serio ya, miraba de hito en hito, y los labradores oían al guarda con atención profunda.

—Yo era un hombre lego, sin dinero, sin estudios; él rico, guapo, muy *ens-truíto*; la elección no era dudosa; pero yo, el guarda serrano, yo, que era un animal, la quería más que él!»

José Llovera bajó la cabeza pensativo; de su pecho se escapaban ronquidos sordos, su voz iba siendo menos sonora y el sudor corría por su frente. Llegaron unos civiles á traer un parte; el teniente les indicó que no se fueran, y la pareja se sentó en la penumbra; los guardas avivaron el fuego con ramas verdes.

—Un día—dijo Careca cavernosamente,—un día, vispera de San Juan como

hoy, me llamó D. Juan Robleda y me dijo:—José, mañana es mi santo; quiero que esta noche haya fiesta y candelada, porque mañana me tomo los dichos.

Volví la espalda y me vine aquí al Pico de los Grajos, me revolqué desesperado como loco, quise despeñarme, pero tuve miedo; sufrí mucho: entonces el demonio, que no duerme, me mandó una idea; sí, fué el demonio, yo no quería; apilé leña ahí junto al barranco y me volví á la casa; ansiaba matar á aquel hombre, el momento había llegado. Vino la noche, como ésta, oscura; vinimos aquí y se encendió la candelada; vino gente y D. Juan nos obsequió; me hizo beber mucho ¡pobre D. Juan! quizá fué eso lo que lo mató.

La candelada era terrible, más grande que ésta; podía saltarse por dos lados, por otro se despeñaba uno. D. Juan Robleda me llamó aparte y me dijo que él quería saltar el primero, y que le dijera por dónde era más fácil; vi mis deseos cumplidos; Dios y su madre divina me abandonaron á mi infamia, y llevando á D. Juan frente al precipicio, que por la luz no veía, le dije:

—Por aquí.

—No lo digas á nadie, quiero lucirme —me contestó riendo.

Al poco rato le vi ir hacia el sitio; sonaban las guitarras, cantaba uno y no lo vió nadie; le vi acercarse y sentí frío. D. Juan Robleda saltó y se oyó un golpe espantoso; calló la música; la señorita

Aurora se levantó blanca como la azucena; me adelanté, haciéndome de nuevas, hacia el tajo.—José, ¿qué es eso?—preguntó doña Aurora, y cayendo en la cuenta en seguida, gritó:—¡Juan, Juan de mi alma!

Al verlo todo perdido, porque ningún crimen aprovecha, quise matarme, y diciendo que iba á salvar á D. Juan, me tiré al barranco; sentí un golpe en la cabeza y se acabó todo.»

El teniente se levantó; los guardias se acercaron.

—Muchos dias después volvi á mi sentido; habia estado muy malo: D. Juan Robleda murió despeñado, doña Aurora y su familia se fueron para no volver, y á mi me elogiaban todos diciendo que era un valiente.

¡A mí, al asesino! El mundo está mal arreglado, señor cura.

Después he rezado mucho—dijo el guarda trabajosamente;—he pedido perdón en este sitio á D. Juan Robleda y á Dios;—*tos* ustedes me quieren porque fui luego un hombre cabal... pero llevo en el corazón un hierro que me lo atraviesa... y me mata.»

Y como si en realidad fuera así, el guarda cayó de espaldas pesadamente; de su pecho se escapaba un estertor profundo, blancos espumarajos salían de sus labios y una convulsión lenta que iba aumentando invadía sus miembros. El teniente y el cura se acercaron; el primero mandó á los guardias que vigila

ran al caído, y el cura se quitó el sombrero y se arrodilló con emoción junto á José Llovera, que moría congestionado.

En tanto la hoguera se iba apagando; en toda la sierra continuaban los cantos y las candeladas seguían brillando, y el teniente en el cortijo de los Pozuelos extendía el atestado.

Careca se incorporó con esfuerzo supremo, oyóse un hervor en su pecho, cayó de nuevo, y al espirar se oyó su voz ronca y ahogada que murmuraba:

—Yo la quería como se quiere á Dios, señor cura.

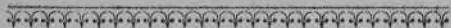
La justicia divina se había cumplido.

---

LA NOCHE-BUENA DEL CARABINERO

LA MUSEO DE LA HISTORIA DEL CARABINEROS





## La noche-buena del carabinero

---

Al salir de la torre se embozó en el capote; hacía frío; un viento helado, triston y quejumbroso recorría la playa, dejando oír su medroso silbido y produciendo al chocar en la cara del veterano el efecto de millares de alfileres que en su bronceado cutis, cana perilla y ojos sarracenos se clavasen; la luna aparecía allá á lo largo entre nubarrones mitad negros y mitad plateados, iluminando fantásticamente la playa, y al fin de la escarpada vereda, separado de ella por corta llanura arenosa, veíase el mar negruzco, espumoso, lleno de misterio, derrumbándose en la playa que acariciaba con ruido ronco y continuado, repetido por los ecos de la sierra; los árboles semejaban vagos fantasmas, las sombras de los peñascos abismos ignorados, y allá

en los aires sentia el viejo carabinero algo de antiguo conocido, vago recuerdo de los tiempos pasados que le hacia pensar.

Y con el remington debajo del brazo, el gorro redondo bien encasquetado y el cigarrillo en la boca, que apenas sobresalía de los pliegues del capote, llegó á la playa pausada, lentamente; la inspeccionó de una ojeada y tumbóse al abrigo de unas rocas, de cara al mar, sin poder ver la tierra, de la que lo separaban los gruesos peñascos en que culebreaba la luz de la luna, fingiendo tan pronto ramilletes de alfileres como fuegos artificiales de un sistema ignorado, blancos como la plata, que se atropellasen y confundieran por la ruda inexperiencia de un pirotécnico jóven. En aquel mar, en el que rielaba la luna transformándolo en inmensa superficie de tisú, no se veía bulto alguno; sólo quedaba la plana extensión que confinaba allá en el fondo con unas nubes negras que corrian, corrian hacia Poniente, dirigiéndose á un punto ignorado; no obstante y por precaución, el carabinero introdujo un cartucho en la cámara del remington, que tendió amorosamente á su lado, mientras la cartuchera abierta la atraía á su cintura; se relió bien en el capote, acurrucóse en el hueco de las peñas y, mirando al cielo, dió las últimas chupadas al cigarrillo, que brillaba como diminuto faro protector sobre la superficie de la tierra, que seguía silenciosa, y la del mar, que rugía

lentamente, desdoblándose en la playa y arrastrando sus espumas con pereza, con algo de león juguetón bajo el cual se adivinaba la fiera indómita.

En esto del profundo del mar salió una voz serena, bien timbrada, que cantó con varonil entonación esta tristísima endecha:

La noche buena se viene,  
la noche buena se va,  
y nosotros nos iremos  
y no volveremos más.

Alzóse el carabinero dentro de su escondite; por la parte de Levante avanzaba un falucho, que, con su larga y triangular vela latina dada al viento, se deslizaba rápidamente sobre las aguas; de su seno se alcanzaban los sones de una guitarra y allá iban los tripulantes empujados por la brisa y entre cantares y rasgueos á reunirse á sus hogares; la cabeza del vigilante debió ser vista, porque al pasar la embarcación frente á las piedras, la misma voz de antes entonó otra canción:

Duérmete, carabinero,  
y queda tranquilo, adiós,  
que esta noche no hay cuidado,  
que nace el hijo de Dios (1).

y los últimos sones de la guitarra se perdieron en el espacio, mientras que la vela latina amenguaba y amenguaba en el pla-

---

(1) Histórico. Es costumbre entre los contrabandistas andaluces no realizar alijos en las noches de San Juan y del nacimiento de Jesucristo.

no combinado del firmamento y del mar.

Entonces el carabinero festejó á su manera el nacimiento de Dios: sacó una cantimplora y la aplicó á sus labios largo rato; sacó un cigarro habano, regalo del teniente, y despegando la sucia colilla de la boca, dió fuego al puro y, contemplando las espirales de humo mientras seguía en su guardia, empezó á tararear la canción aquella de *la noche buena se viene*, y por convergencia de ideas empezó á ver su pasado.

Y vió allá sobre el mar, muy lejos, quizá en las playas marroques, de las que lo separaban cinco leguas, sus primeras *noches buenas* cuando revoloteaba entre el horno cargado de mantecados y la mesa repleta de borrachuelos, procurando piratear lo más posible, y vió sus padres jóvenes y robustos sonriéndole con amor inmenso, mientras chisporroteaba el hogar y la masa se freía adquiriendo tonos dorados, y á este recuerdo comenzó á temblar la cana perilla del veterano, y bajo su uniforme severo se descubrió el saquito á cuadros y las medias hechas por su madre, y allá, entre dos nubes que se apartaban, percibió (¡oh poder de la imaginación!) dos rostros que lo miraban con infinita benevolencia, al par que embellecidos por la distancia y los recuerdos imborrables del pasado, aquellos ojos le pedían estrecha cuenta de su situación actual.

—¡Ay!—rugió entonces, más que dijo, el vigilante del mar,—yo era aquel que

sin llegar apenas á las mesas culebreaba entre ellas, y aqui pellizcaba esto, y más allá lo otro, y satisfecho me quedaba dormido sobre vuestro regazo, mientras que en la calle rugian las zambombas y cascabeleaban las panderetas y dejaban oír sus sonos bélicos y roncós los tambores; ¡no me reconocéis! ¡teneis razón! pero yo me reconozco; yo soy aquel que hizo una plana con ramos y una B torcida al final, que al verla mi abuelo dijo que sería ministro, porque patrimonio de éstos era el hacerlas mal; ¡muchas noches han transcurrido y yo aún veo aquellas! ¡en este día se renuevan los recuerdos y se vuelve á vivir, y allá en la inmensidad de lo pasado se evocan fantasmas, que lo son porque no se volverán á ver!

Y para ahogar un nudo que se le formaba en la garganta, metió mano á la cantimplora y se echó al colete otro trago más persistente que el anterior; ibase á limpiar con el revés de la mano, pero varió de opinión y sacó un sucio pañuelo de yerbas.

—Mi madre me hubiese llamado puerco: respetemos su memoria en esta noche. ¡Quién hubiera pensado al verme á los quince años rodeado de venturas, rico é instruido, que sólo iba á ser carabiniero con veintidós años de servicios y diez reales mensuales vitalicios, única cosa que he sacado con treinta años de llevar la bayoneta, y así me veo por mi gusto y por las mujeres... ¡malditas

sean!... ¡no, mi madre lo fué!... ¡Dios las bendiga con su mano omnipotente!

Y llevóse rápidamente de un ojo á otro el pañuelo de yerbas, cuyos cuadros lavaron por vez primera en mucho tiempo algunas gotas acuosas.

—Un amor prematuro me desesperó, pobre de mí; mi cabeza no andaba segura; ¡si las cosas volvieran á pasar!...

Y echando á volar sus recuerdos, la vió otra vez; allá sobre el mar se destacaba su gentil figura, y la bruma de la noche, que empezaba á bajar, cubría su cuerpo como velo de ténue gasa.

—Desesperado por tu negativa—dijo el soldado dirigiéndose á la ilusión—senté plaza para hacerme digno de ser querido, y marché, marché dejando mi casa, mis padres, mis amigos...

Estalló la de Africa y allí estuve.

En los Castillejos se puso Prim, el gran Prim, al frente de nuestro batallón, dimos aquella carga célebre en la historia, y cuando D. Juan cogió nuestra bandera, yo empuñé bien mi navaja, y apartando á testarazos las espingardas, la hundía una vez y otra, repitiendo:

—¡Perros! ¡perros! á Prim y al 1.º de Córdoba se les hace camino.

Cuando me retiraban acribillado al hospital de sangre, D. Juan se detuvo ante mí, y tendiéndome la misma mano que estrechó nuestra bandera, me hizo el saludo militar y me dijo:

—Eres un valiente.

Aquellas palabras quizá fueran el bál-

samo que salvó al herido en el sombrío y húmedo hospital de Ceuta; ¡qué meses pasé allí!... Cuando estuve bueno se había terminado la guerra y volví con mi cruz de primera clase, esta misma; ¡qué alegría cuando la recibí! ¡qué tristeza ahora cuando la toco! ¡ah! si se supiera lo que nos han de hacer sufrir algunos galardones, no se tomarían; si se pudiera prever el porvenir, no se gozaria de muchas cosas por no recordarlas luego.

Al volver la vi; ¡qué hermosa estaba! sola en el átrio de nuestra iglesia, frente á mi casa desolada; allí no vivía nadie ya; todo, todo había sucumbido; me miró y me volvió la espalda.

—El mal hijo—exclamó—no podría ser buen padre.

¡A mi decirme eso, á mi que me fui por ella, á mi que venía á traerle mi cruz de plata con los castillos y los leones en medio, á mi que contaba con su cariño cuando supe que el cólera barrió mi casa, matando hasta á mi pobre León, el fiel compañero de mi niñez, mi primer, mi más leal amigo!

Salté como loco del pueblo y estuve enfermo mucho tiempo; pedí el pase á este cuerpo, y ¿qué recuerdos de mi niñez son estos? ¿qué mesa, qué hogar? ¡hola, madre! ¿qué, estáis aquí todos? ¡ah, mi buen perro, mi León querido; Dios mío, gracias, vuelvo á ver mis *noches-buenas*!

Y el carabinero roncaba, roncaba, y allá en los cielos las nubes continuaban su carrera, y el tiempo, que no vuelve,

seguía su trámite ajeno á las desdichas de la vida.

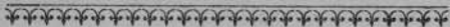
Las brisas de la mañana levantaron la bruma y quedó un mar azul ondulado y sereno, bañado por un sol opulento; el carabinero subía la cuesta que á la torre se encamina, y en su actitud pesada y meditabunda veíase claro, como la luz naciente, que acababa de pasar una mala noche, soñando con las *noches buenas* pasadas, que, como dijo el de la copla, se fueron para no volver.

---



UNA CARTA PERDIDA





## Una carta perdida

---

Aquel señor grueso, bajito, de lentes de oro y estrafalario traje perdía el tren, era positivo; el correo se había puesto en marcha cuando él entró en el andén como una tromba, mirando á un lado y otro con ademanes descompuestos; mucha gente se retiraba después de haber despedido á los amigos que se iban; otros seguían saludando á gritos y con pañuelos al pasar los wagones, cuyas ventanillas iban ocupadas por los viajeros, que se calaban las gorras de viaje. La locomotora patinaba ya sobre el primer disco cuando el viajero grueso saltó al estribo del tren entre los gritos de los empleados y el asombro de la gente, que lo miró un momento con curiosidad y, cosa rara, nadie se fijó en su porte excéntrico, lo cual suele suceder en los actos de bravura, en que se sienten subyugados los que

los presencian por el arranque varonil de quien los ejecuta, sin fijarse, pudiéramos decir, sin ver sus señas personales. Y eso pasó en aquella ocasión; en otra cualquiera, aquel chaquet á cuadros descomunales, aquellos pantalones que apenas llegaban al tobillo y los juanetudos zapatones hubiesen provocado la hilaridad; aquella vez sólo produjeron la admiración interna que se siente cuando vemos hacer á alguien algo que nos consideramos incapaces de realizar.

El viajero se corrió por los estribos entre las amonestaciones de la pareja de escolta, y al fin, no encontrando el wagón que buscaba, abrió la portezuela de la ambulancia de Correos, que fué el que tuvo más á mano, y se metió adentro.

El empleado que iba repartiendo las cartas en las taquillas, hombre de buena presencia y simpática fisonomía, acogió cariñosamente al viajero rezagado, hizo que se sentase, para lo cual separó las sacas, y siguió su tarea, pidiendo mil perdones por no interrumpir su trabajo en gracia á la urgencia del servicio. El otro miró curiosamente el coche correo, y una vez terminada su inspección cruzó beatíficamente las manos sobre el vientre y reclinó la cabeza contra el tabique.

El empleado seguía repartiendo cartas febrilmente; cada vez que cogía uno de aquellos paquetes diminutos, variadísimos de tamaños y colores, lo recorría ligeramente con la vista y ¡zas! á la casilla correspondiente; así pasaban por sus

manos mensajes de negocios, de amor, de familia, de dinero, cartas sinceras, nobilísimas y elevadas; páginas llenas de falsedades, hipocresías y adulaciones, y todas tenían su casilla correspondiente; y allá iba mezclado lo noble con lo innoble, lo verdadero con lo falso, la lealtad con la traición. Un cosmólogo quizá hubiese dicho que aquello era algo como una abreviatura del globo terráqueo.

En tanto el tren corría por una llanura inmensa, rojiza por las últimas reverberaciones del sol de la tarde, con arbustos escasos y separados; á lo lejos se vislumbraban los campanarios de las aldeas y en torno al tren los campesinos rezagados detenían su marcha al paso del titán, contemplando entre curiosos y asombrados aquella sierpe negra que se deslizaba rápidamente ante su vista, dejando atrás el penacho de humo de la locomotora y las chispas encendidas que del hogar de la máquina caían sobre los terraplenes, tostados ya por el paso de los trenes anteriores. La tarde caía, las sombras iban extendiéndose, y en el interior de los wagones las mortecinas luces de aceite adquirían predominio sobre los tintes brillantes del rey del día, que se ocultaba allá muy lejos tras los picachos de la sierra, que iluminados vivamente traían á la imaginación mucho de fantástico, que contemplaba con mirada de artista el viajero grotesco rezagado y del que prescindía el empleado de correos, que seguía su tarea impasible colocando

cartas de todos tamaños y colores en las casillas destinadas al objeto.

Así pasó buen rato; el sol desapareció tras las crestas de la serranía, que recobraron su aspecto gris habitual, á la manera que pasada una emoción suprema que trastornó nuestro sér, volvemos á seguir la vida normal; la noche cerró por completo, el tren volaba con ruidos de ciclope sobre los rails interminables de la llanura, y de vez en cuando interrumpía el silencio de aquellos campos escuetos el silbar gigante de la locomotora, que atronaba el espacio evitando peligros y apartando las gentes rezagadas. La marcha fué disminuyendo paulatinamente, vióse una luz roja á un lado, unos faroles moribundos y grasientos á otro, sonaron estridentes los discos al ser oprimidos por el peso enorme de la masa y se detuvo la sierpe gigantesca. Una voz enronquecida gritó por dos veces algo que debia ser interesante, pero que tuvo el detalle de no entenderse en absoluto; oyóse abrir y cerrar de portezuelas, una porción de campanas y pitos, dos silbidos cortos de la locomotora y se puso el tren en marcha.

El empleado de correos había terminado sus tareas y se fijó en el compañero de viaje que la casualidad le había prodigado. Extrañóse de que no hubiera cambiado de wagón en la estación pasada, pero encogiéndose de hombros ligeramente comenzó á charlar con él acerca del término del viaje, del tiempo y de lo

mal que andaban los ferrocarriles, conversación obligada de todo viajero, mayormente si son españoles. Cuando más animado era el diálogo, fijóse el viajero en un papelito que asomaba bajo una de las banquetas; inclinóse, lo cogió; era una carta con sobre blanco hueso, cuadrada, de papel recio y elegante, que despedía un vago perfume.

—Una carta que se hubiera perdido— dijo sonriente el ambulante de correos mirándola por el reverso sin fijarse la parte del sobre, en donde con letra clara, estendida y de perfil recto, estaba escrita la dirección;—veo que ha sido una ventaja para el servicio que venga V. aquí.

Siguieron la charla interrumpida, hablando cada vez con mayor franqueza y admirando el uno la diferencia notable entre el exterior grotesco y la conversación amena y chispeante del viajero y el otro las maneras elegantes y la distinción marcada del empleado de correos.

En uno de los movimientos con que el ambulante ilustraba su conversación, la carta cayó al suelo, quedando como si dijéramos boca arriba; inclinóse el empleado á recogerla y pudo observar el otro un movimiento de sorpresa, en seguida una alteración convulsa de las líneas del semblante, y vió después con asombro supino que rasgaba el sobre y leía con avidez el escrito, mientras las manos temblorosas hacían bailar el papel timbrado de la misiva; al terminarla alegráronse los ojos que la habían reco-

rrido, empañados por algo húmedo que del interior aflúa, deteniéndose en los párpados.

—¿Qué dirá V.?—dijo el ambulante después de unos minutos de silencio;—¿qué concepto formará V. de mí?—añadió hundiendo la cara entre las manos.

El viajero grotesco se levantó y apoyó las suyas sobre los hombros de su interlocutor.

—Ha cometido V. un delito penado por la ley; yo podría dar parte; no lo doy; sólo, tan sólo exijo que me cuente usted esa historia, porque historia hay sin duda alguna; condición *sine qua non*; hable V. con franqueza; no sé el nombre de V., ni lo necesito; no sé el nombre de ella; quiero saber el milagro, me importan poco los santos ó los diablos que lo hicieron.

—Mucho me pide V.—dijo el ambulante pasándose la mano por la frente sudorosa y echando atrás la gorra galoneada, —mucho me pide V.; pero yo le debo una explicación y voy á dársela cumplida; el abuso ha sido grande, lo reconozco; usted lo ha visto porque Dios así lo permitió, que si no... *una carta perdida*... se pierden tantas...

Yo no soy lo que parezco; V. al verme creería quizá que yo era uno de esos hombres estudiosos que consiguen á fuerza de trabajos y desvelos una posición modesta, pero noble; V. creyó que yo era uno de tantos empleados de correos que luchan lo infinito para ganar



unas oposiciones que premia un sueldo mezquino y cuyo trabajo pasa ignorado, casi despreciado para la generalidad de las gentes; llega una carta, *debía de llegar*, esa es la obligación de *los del ramo*; que no llega, *esos empleados que para nada sirven, esos vagos de correos*; caballero, nosotros nos parecemos á los médicos en mucho: sana un enfermo, *la magnanimidad de Dios que se demuestra*; se muere, *ese galeno maldito que lo remató de un volapié como á tantos otros*.

Al fin y al cabo, gajes del oficio.

No, señor, no hay tal; yo no soy de esos; yo soy hijo de un hombre de alta posición; mi casa de Madrid se veía concurrida por lo más sobresaliente de aquella época; mi padre, para sostener su brillo, gastaba cuanto ganaba, y yo me crié entre lujo y entre oro, entre placeres y entre fausto.

Siendo ya hombre, mi padre me llamó un día á su despacho y me expuso el estado nada linsonjero de nuestra fortuna.

—Hijo—me dijo,—no todo lo que reluce es el metal preciado que revuelve el mundo; la situación de la casa es mala, sigue una carrera con brio y con fé; si guela bien, porque en el tiempo en que vivimos, los hombres son hijos de sus obras, como yo lo soy de las mias; no te alucines con la consideración que hoy mereces; cuando te falte dinero no merecerás ninguna.

Lo oí riendo y creyendo á pies juntillas que aquello eran palabras vanas; no

creí que pudieran derrumbarse tan fácilmente mis ilusiones doradas juveniles: el resultado fué bien terrible; los consejos de los padres nunca debieran desoirse. Pero vino el desengaño, caballero, y aseguro á V. que sobrepujó á cuanto hubiera podido figurarme; la sociedad moderna vive de apariencias. Al morir mi padre me encontré solo; me abandonaron hasta mis leales, los íntimos compañeros de mis diversiones, y la mujer en quien había cifrado mis ilusiones y que compendiaba la suma total de mis esperanzas.

Ya no era rico; entonces se vió que había sido un disipador, entonces se me echó en cara que había descuidado lastimosamente mi carrera y que había derrochado un puñado de miles de duros en esos placeres simpáticos y atractivos que rodean á los muchachos de buena posición. Antes, si me gastaba en un capricho un dineral, decia la gente que eran *cosas* mías, y los que luego censuraron más acremente mis prodigalidades fueron precisamente los que más me habian incitado á ellas. Solo en el mundo, sin oficio ni beneficio y con mi fama de hombre vicioso, fama que sólo sonó desde que fui pobre, porque antes, mis vicios eran *cosas de la edad, expansiones juveniles*; ¿quién era el padre que me entregaba una hija suya? ¿dónde había una mujer de corazón que quisiera al hombre arruinado con la misma fe que quiso al hombre rico?

Y eso pasó, y ella también me volvió la espalda: pasaron años que contribuyeron á aumentar mis decepciones, y en este cuerpo, tan noble como poco reconocido su mérito innegable, vine á sepultar los desengaños que me dió la vida antes aún de conocerla en regla.

No quiere V. saber mi nombre, yo se lo agradezco; la carta es de ella ¿sabe V.? de la mujer que me adoró cuando fui rico... veinte años hace que no veía su letra... calcule V. ahora, caballero, si con esos recuerdos yo hubiera podido igualar esa carta con las otras.

El viajero grotesco había oído la historia en silencio, arqueadas las cejas y fija la mirada en el rostro del ambulante. Cuando éste terminó, levantóse el otro y, como antes, puso sus manos sobre los hombros del desdichado, que estrujaba nerviosamente la carta aquella, que por un cúmulo de coincidencias vino á recordarle lo amargo de su historia.

—Calcule V. si comprenderé el abuso de confianza—le dijo, é inclinándose le murmuró un nombre al oído.

—¡Usted es el gran autor!—gritó el ambulante levantándose súbitamente:—me alegro; V. tiene talento y corazón para juzgarme.

Los dos hombres se abrazaron con fuerza.



Meses después se estrenaba en el teatro

Español una comedia de un genio universalmente así reconocido; fué (como dicen en el *argot* de bastidores) un *exi-tazo*; la síntesis de la obra lo merecía; aplaudieron las masas con frenesí, salió el autor á escena entre *bravos* estentóreos y la obra duró mucho en los carteles.

¡Quién hubiera podido decir al ambulante de Correos, que en aquellos momentos iba repartiendo cartas al compás sonoro de la marcha del titán de hierro, quién le hubiera podido decir que su historia fingida en escena conmovía á un público, ¡al mismo público á quien no supo enternecer la verdadera!

---

UN ALIJO





## Un alijo

---

La noche estaba hermosa; por las calles del pueblo no discurría un alma; sólo se oían las ranas de un estanque cercano que amenizaban la soledad con su pausado y crujidor canto, los ásperos chillidos de alguna *corneta* en los algarrobos del monte próximo y á lo lejos, velados por la distancia, los mujidos sonoros del mar al estrellarse en la playa. La luna surgía de entre las nubes para meterse en otras, plateándolas, y titilaban en el turquí del cielo las estrellas, entre las que serpenteaba con su misteriosa bruma *el caminito de Santiago*.

Yo esperaba sentado en el escalón del portal al tío Quico el contrabandista, que me había prometido llevarme á ver un alijo; cigarro tras cigarro se pasaba el tiempo, y nada, el tío Quico no venía;

el reloj de mi cuarto dió las once, la media, las doce; no se oía un paso en las angostas calles, que iluminaba á intervalos la luz de la luna, dándoles no sé qué aspecto de población moruna; el acompasado y continuo *tic-tac* de mi reloj de bolsillo me anunciaba también que el tiempo se iba, y ya desesperaba de ver á mi viejo amigo, cuando dobló un bulto la esquina y se dirigió hacia mí pausadamente con el retaco al hombro y la lumbre del cigarrillo viva como una llama, merced á una chupada vigorosa.

El tío Quico me saludó gravemente como él lo acostumbra, apoyó los cañones del retaco contra la pared, y con gran asombro mío se sentó á mi lado, como si sólo tuviera idea de charlar un rato y no tuviéramos que andar un cuarto de legua para llegar á la playa.

—Tío Quico—le interpele—¿no nos vamos?

—Tiempo hay—contestó cachazudamente dando paso á una fuerte bocanada;—no hay que correr porque los muchachos no se han *preparao entavía*... Ya estos tiempos no son aquellos—prosiguió lentamente;—*osté* no sabe lo que era aquella vida; se metía *sea* y tabaco y *toa* clase é *chirimbolos*; hoy hay mucha *vegilansia* y sólo *quea* el tabaco... Una madrugada, entre Fuengirola y Marbella...

—Tío Quico—le interrumpí para no oír una vez más su episodio favorito,



que me sé de memoria,—vámonos despacio á la playa dando un paseo.

—Como *osté* quiera.

Y cogió su retaco bajo el brazo y salimos juntos del pueblo; yo preocupado por lo que iba á ver, y él, que arriesgaba parte jugosa de su fortuna y quizá su libertad, tranquilo, reposado, con la calma envidiable que, herencia de los mores, usa el campesino andaluz en todos los actos de su vida. Las piedras pizarrosas de la vereda cedían resquebrajándose bajo nuestros pies; la flora silvestre esparcía sus perfumes, que llenaban el ambiente de un olor fuerte y sanote; algún ladrido de perro vigilante dominaba el silencio y ya se percibían los olores salinos del mar cercano.

Al llegar á la playa se destacó un bulto de detrás de unos bardos de pencas.

—¿Hay *noveá*, Bastián?—preguntó el tío Quico sin mirar siquiera quién se acercaba.

—*Denguna*—contestó el otro gravemente volviendo á su centinela.

A la espalda de una colinilla nos echamos sobre la arena, y allí, quieras ó no quieras, me espetó el tío Quico por trigésimaquinta vez un encuentro con los carabineros cerca de Benamargosa, mientras que la luna seguía su carrera y las olas continuaban doblando sobre la playa, y yo, impaciente y nervioso, aguardaba con ansia la llegada de los contrabandistas.

Al fin del relato el tío Quico dijo, des-

pués de unos segundos de atención, que ya estaban allí los otros; no vi ni oí nada, pero al cabo de unos instantes apareció, dando vuelta á la colina, un pelotón informe de hombres, chiquillos y caballerías, que era lo que se esperaba.

Y no se crea aquí que los contrabandistas eran ningunos héroes de novela patibularia, con pequeño calañés, grandes patillas y descomunal trabuco: nada de eso; eran todos mozos del pueblo con sus sombreros anchos, sus fajas medio desliadas y tal cual escopeta, no muchas, pero buenas, de las de *misto*.

Entonces el tío Quico hizo que me fijase en un puntito negro que allá sobre la plana superficie de la mar se divisaba. Uno se fué al rebalaje de las olas y puesto en cuclillas, tapándole una chaqueta por la parte de tierra, encendió un fósforo que tuvo en la mano hasta que se achicharró un dedo, hecho lo cual vino donde los demás; el punto negro avanzó prodigiosamente, llegó á corta distancia, y entonces vi que era un falucho costeño con su vela triangular plegada, que venía á remo, según denotaba el metódico *clac, clac* del agua levantada; paróse á pocos metros de la playa y luego avanzó de nuevo hasta encallar en la arena.

—Buenas noches, caballeros — saltó una voz robusta, oculta la persona por la sombra de la vela.

—¡Hola!—gruñó el tío Quico prolongadamente por toda contestación, y en se-

guida, con la gravedad del *muezzin* llamando á la oración, añadió:

—¡Jesús y María Santísima, y á ello!

Saltaron los tripulantes al agua y atracaron más en firme; remangáronse y descalzáronse los de tierra, entrando en el liquido elemento hasta media pierna; subieron todos al falucho, y unos minutos después caía sobre la arena un fardo, al que siguió otro, y otro, y otro; unos fardos grandes, envueltos en tela embreada, con precintos y un singular olor fuerte y penetrante.

—Allá va eso—dijo el patrón de pronto, arrojando á la playa un bulto pequeño.

—¡Ah! las regalías—añadió sonriendo el tío Quico;—á ver, *Refaé*, los fardos del Aguila á la *erecha*, los de la Flor de Mayo á la *disquierda*; no armaros líos.

—No hay *cudiao*—respondían los trabajadores obedeciendo ciegamente.

Yo miraba asombrado á aquellos hombres; nunca habia visto trabajar de un modo tan activo, tan enérgico, tan silencioso; los fardos eran arrojados sobre la arena por una cadena de hombres que no chistaban; sólo al recibir el peso de unas cuantas arrobas se oía algo así como un rugido; los marineros en tanto y paulatinamente iban desencallando el falucho, hasta el punto de que cuando el último fardo cayó en tierra, ya la débil navecilla mecíase gentil y gallarda sobre las ondas tranquilas del Mediterráneo.

Cuando cayó el último bulto, la expre-



siva y noblota fisonomía del tío Quico, del veterano del contrabando, irradió la alegría, quitóse el sombrero, quizá casualmente, y alzando al cielo sus grandes ojos garzos, le oí murmurar:

—¡Gracias á Dios!

El falucho despidióse con un *hasta mañana* y se deslizó costeando hacia Poniente; los fardos fueron colocados en los mulos, cuyos cascotes estaban envueltos en paja, y en menos que se cuenta arrancó la caravana loma arriba: dos se quedaron borrando con las manos las huellas que dejó el alijo sobre la arena; á medida que avanzábamos se nos agregaban hombres armados, y sólo entonces comprendí que el tío Quico era un táctico de primera fuerza; había guarnecido sus flancos; una sorpresa sin lucha era difícil, y aquellos hombres avezados á ella desde niños no la temían; pueblos serrano-costeños, sin más riqueza que la caza, la pesca y el contrabando, vienen desde hace muchos años arriesgando la existencia para realizar el librecambio bajo su forma más ruda y más bravia.

En lo alto de la loma el tío Quico se detuvo un momento á dar fuego, y al oír mis entusiastas comentarios, me dijo con su voz pausada y solemne:

—Señorito, esto no es *ná*; lo que había que ver era cuando la revolución hace veinte años; en las Chapas de Marbella una noche de luna del mes de Santiago

Contándome un episodio llegamos al

pueblo, los mulos no se sintieron sobre las piedras y desaparecieron como por escotillón; el tío Quico me despidió en la puerta de mi casa.

Como la noche estaba hermosa, me asomé á la ventana; la luna se había puesto, las ranas callaban y el silencio era imponente; percibi un rum-rum extraño en las casas de enfrente; me pareció ver luz por las rendijas de sus ventanas y aspiré el olor penetrante de aquellos fardos. Era que se estaban desfundando los cuarterones y repartiéndolos.

Meditando sobre aquella vida azarosa y arriesgada estuve largo rato; la comparé con la nuestra de las capitales, comparé los riesgos y las ganancias, y, Dios me perdone, aparte del delito, mis simpatías estaban del lado de los contrabandistas. En estas reflexiones me entretenía sin pensar en dormir, seducido por el extraño espectáculo de que había sido testigo, cuando se abrió en silencio una puerta enfrente, salieron los mochileros con su carga á la espalda y desaparecieron en la penumbra; aquellos hombres que se iban cargados, quizá á gran distancia, arriesgaban parte de su misera fortuna, quien sabe si el pellejo, por ganarse unos miserables duros; tenían que caminar ocultos, entre asperezas, con peligros, y sin embargo iban contentos al conseguir un deseo innato en los españoles, defraudar al fisco. En materia de delitos, los hay que están prohibidos

porque son malos, y otros que son malos porque están prohibidos. El contrabando pertenece á estos últimos.

En el horizonte apareció una raya blanca, siguióla otra, formaron ambas algo rosado que se fué extendiendo; palidcieron las estrellas, comenzó á descender la diminuta lluvia del rocío haciendo humedecerse los pétalos de las plantas, y el amanecer entró franco, hermoso, rodeado de sus medias tintas rojas y grises y de la majestad misteriosa de los crepúsculos. Cerré la ventana y me eché á dormir.

Al despertarme había sobre la mesa dos docenas de magnificas brevas de la Vuelta de Abajo; el tío Quico, después de haberme proporcionado un placer de artista, me proporcionaba otro, materialista, de fumador, porque en mi vida he vuelto á encontrar en los estancos brevas como aquellas, procedentes de un alijo.

---

LA LEYENDA DE LA TROCHA





---

## La leyenda de la trocha

---

Al salir del lagar el rentero indicó que echásemos por la trocha para ir al pueblo; accedimos y remontamos el arroyo; el sol caía de plano en aquella hondonada haciendo aparecer como flanqueadas de oro las matas de adelfas con sus flores rosadas, los tarajes verde-botella, entre los que zumbaban los tábarros, y los altos cañaverales cuyas hojas en forma de lanza se mecían entrechocándose al soplo del Levante; las altas sierras entre las que se empotra el arroyo (y valga el vocablo en gracia á su propiedad) ostentábanse también doradas por el sol, y entre las encinas y los olivos revoloteaban las cogujadas de parda pluma amenizando el silencio de los campos con su canto fresco y estridente; los cascos de las yeguas, al hundirse entre la arena húmeda, producían un acompasado chapalateo, y

allá íbamos hácia el pueblo con los pañuelos por bajo de los sombreros anchos, removiéndose á merced de un ligero viento y proporcionándonos un frescor que como dón de Dios se recibía.

El arroyo era interminable; serpenteaba entre las cañadas y los chaparrales y su agua intermitente, porque á veces era imperceptible; aparecía y desaparecía á la vuelta de un taraje, trás una roca plana y pizarrosa, detrás de las cañas esbeltas y cimbradoras; á lo mejor las zarzas se enredaban en nuestras ropas, sacándolas hilachos, y otras veces las yeguas se espantaban al ver tendido sobre la arena el tronco secular de alguna encina que abatieron los vientos, quizá después de siglos de lucha, porque todo en el mundo cae, hasta las encinas seculares de las serranias. Entonces había que afirmarse en los estribos, tirón de brida y caricia de espuela, vencer el cuerpo adelante y salvar el obstáculo que quedaba atrás inanimado; ¡pobre tronco! á tu alrededor quizá reposaron las águilas allá en las cumbres; hoy entre el fango del arroyo te descortezan los cascos de las caballerías.

Dejamos el arroyo, y por una empinadísima vereda comenzamos á internarnos en fila india en la serranía; subimos colgados casi del arzón delantero; á nuestra izquierda chirreaban los pajariños entre los matorrales vírgenes de un hondo precipicio; á la diestra se elevaba

cortada casi á pico la masa misteriosa de las montañas; se hablaba poco é íbamos serios todos; ¡qué extraño efecto! el llano alegre, la sierra impone. Las casas terrizas de los serranos aparecían de vez en cuando, y á lo lejos, por cima casi de nuestras cabezas, percibiáse la vereda siempre culebreando entre árboles y entre las piedras, siempre empinada y solitaria; recordábase á Gustavo Aimard, á Fenimore Cooper y los relatos de ladrones y de contrabandistas.

Al llegar á una plazoleta en cuadro, verdadero prodigio de la naturaleza, Alonso el rentero echó pié á tierra y volvióse á nosotros.

—Liaremos un cigarro, caballeros.

Desmontamos y sentámonos á la sombra de una encina; de pronto Alonso dijo meditabundo:

—Aquí mataron hace veinte años á Currito Flores.

—¿Y quién era ese?—preguntó uno.

—Cuéntanos la historia—añadió otro.

Chupó el rentero el cigarro, largó un chorro de humo terroso por las narices y empezó:

—Currito Flores era un *labrador* rico del pueblo, joven, generoso, muy simpático, pero un poco *charabasca*, vamos, caballeros, que tenía la cabeza ligera; se casó y se sentó algo; pero se le murió la mujer y se le incendió el cortijo y quedó el hombre solo con una niña como un cielo, á la que adoraba con frenesí; se vió pobre, no era hombre *pa* trabajar; temió

la miseria para su hija, se cegó y se tiró al camino, es un decir, se hizo secuestrador; los hombres tienen sus extravíos. No podían cogerlo; su guarida era la sierra, sus espías muchos y decían—añadió Alonso en tono misterioso—que estaba *protegido*.

Ahí en aquella casa—prosiguió señalando una que se veía en la hondonada, cerrada; muda y severa con sus persianas verdes y su portón rojo como mudo y severo estaba el tronco derribado en el arroyo,—ahí, en aquella casa vivía una familia de la ciudad que pasaba muchos meses en la sierra para reponer la salud de uno, y cierto día, sin saberse cómo ni cuándo, Currito Flores les secuestró una niña y escribió pidiendo unos miles de duros por el rescate.

Llevó la niña con la suya; las chiquillas de igual edad intiman pronto y á los pocos días la secuestrada y la hija del bandolero eran buenísimas amigas, compartían su comida y sus juegos, y preguntaban á Currito Flores con insistencia, la una que quién era aquella niña tan bonita, porque la robada era de perlas; y la otra que si cuando fuesen á ver á su mamá iría Rita con ella.

Pasaban días y la respuesta ansiada no llegaba; cayeron en manos de la Guardia civil algunos de los complicados, á quienes hicieron declarar el paradero de la secuestrada. Pudo escapar Currito Flores de la emboscada que le urdieron, y llevando á cuestas ambos ángeles ocultóse

en una covacha en lo intrincado de la serranía; se le reunió uno de sus compañeros y era cosa de ver cómo los dos hombres, colocados por su voluntad fuera de la ley, procuraban el bienestar de las dos criaturas que intimaban, intimaban con esa amistad profunda y pura de la infancia, amistad desprovista de celos, rozamientos y frialdades. Currito Flores, al verlas tan unidas, solía decir:

—Si no viene el dinero, en vez de una hija tendré dos.

Otras veces se le oía murmurar:

—¿Qué será de Rita cuando Soledad se vaya?

Una noche soñó que le robaban su hija y despertó sudoroso en su miserable lecho de hojas secas; miró... y nada; en el fondo de la gruta oíase el acompasado respirar de ambas criaturas; fuera, atravesado ante la entrada, escopeta al lado, roncaba bestialmente su compañero; en los barrancos de la sierra cantaban las aves nocturnas y los grillos, y la luna atravesaba negros nubarrones que corrían hacia el Norte, impelidos por viento poderoso. En aquel instante comenzó a remover el cerebro del secuestrador una idea en él inusitada; pensó que al igual suyo sufrirían los demás, y la conciencia le dijo algo que le dolió con el frío con que duele una puñalada. Quedó largo rato pensativo y parecióle oír que se quejaba alguien en el fondo; prestó oído y, con efecto, su hija suspiraba débilmente; saltó Currito Flores del lecho y llegóse á ella.

—Papá, tengo frío, mucho frío—decía Rita entrecortada.

Tentó el padre á ver si se cayó la tapa; todo estaba en su sitio; tocóle la frente y ardía, la mano estaba helada. Currito Flores despertó de un puntapié á su compañero, encendieron luz con precauciones y vieron las dos; Rita, encendida, con los ojos fuera de las órbitas, suspiraba débilmente; Soledaita dormía tranquila y serena con la sonrisa del ángel en los labios.

El bandido quedó anonadado y rompió á llorar; á los sollozos se despertó la otra niña, que se asustó.

—No llores, ángel—le dijo convulsamente Currito Flores, y añadió con impetu, como si temiera arrepentirse,—por mi hija te juro que vas á ver en seguida á tu mamá.

Abrazóse gozosa la criatura al bronceado cuello del bandolero y limpió con su manecita blanca y rosada las lágrimas gruesas como garbanzos que corrían por el rostro del hombre en raudal deshecho.

—¿Po qué lloras?—le preguntó con ese tono escrutador que sólo poseen los niños.

En esto Soledaita vió á su amiga y se acercó á ella.

—¿Qué *tene*?—preguntó, y al besarla retiró la cara con rapidez y añadió muy seria—¡qué *calente*!

La pobre Rita no habia podido soportar la intemperie; la niña se moría y la

desesperación de su padre era inmensa al ver que no podía salvarla; si se quedaba allí, la pulmonía mataba á la criatura; si salía él, caería preso y no la vería más; así pasaron dos días. Rita empeoraba; ya no tenía conocimiento; deliraba, deliraba y llevábase la manecita á la frente como si quisiera aliviarse el fuego intenso que sentía en ella. Al fin una noche Currito Flores habló á su compañero y lo mandó al pueblo por el médico, costase lo que costase; el otro se fué, cayó en poder de la Guardia civil y no volvió más.

Horrible fué aquella noche pasada por el secuestrador en la covacha; su hija se moría lentamente, exhalando ronquidos que le atravesaban á él el alma como aceros que ardiesen: Soledaita velaba asustada, mirando á la moribunda con el respetuoso cariño mezclado con la curiosidad con que miran los niños á los enfermos.

Currito Flores se asomaba á la entrada, mesábase el cabello, cruzaba los brazos sobre el pecho con ira, lloraba, rezaba, blasfemaba y se le oía:

—¡Mi hija! ¡Dios del cielo! ¡mi hija!

Una vez tropezó con su chaleco, que estaba en el suelo; sonó algo, lo vió, era oro y lo tiró con desprecio por la pendiente.

—¿De qué te quiero si no me sirves?

Soledaita se habia arrimado al lecho de hierba en donde yacia su compañera.

—¿Qué quiere?—dijo cogiéndole una

mano—no te apures tú; te pones *mena* y te *menes* conmigo y con mi mamá, ¡qué es más guapa! y me *quere* mucho, y á tí te querrá *tamen* y nos iremos de este monte feo, y *mendá* tu papá *tamén*; tú verás, *ita*, te *pondás mena*.

Currito Flores se volvió en aquel instante, vió á la amarillenta y tenebrosa luz del candil el cuadro, estraviáronse sus ojos y gritó:

—¡Madre mia, mi hija se muere! Soledaita es el ángel de la guarda que se la lleva.

Y como en aquel momento la niña incorporase la cabecita de la enferma, extendió el bandido los brazos hacia ellas; quiso andar, bramó roncamente y cayó de bruces sin conocimiento.

En tanto Soledad seguía hablando á su compañera. Quien las hubiese visto sobre el lecho solitario de la cueva oscura, quizá creyera que era un ángel que se quedaba, que despedía gozoso á otro que se iba al cielo.

\* \* \*

Rita murió. A la tarde siguiente Currito Flores, livido, aunque sereno en apariencia, conducía á Soledaita de la mano hasta ponerla en esta esplanada, sitio designado por los secuestradores para el dinero; al llegar aquí la puso en la vereda, se separó y le dijo:

—Mira, tu amiguita se fué... tú también te vas con tu mamá, y le dices que



me perdone porque yo me iré muy pronto.

Mientras hablaba salieron de detrás de una encina, á sus espaldas, dos bultos que dirigieron hacia él unas cosas largas que relucian en la penumbra.

—¿Y *aónde* te vas?—preguntó Soledaíta curiosamente.

—Con Rita, con mi...

En aquel instante de las cosas largas y brillantes salió una luz vivísima, luego humo, y dos detonaciones repercutieron rebotando en los barrancos de la sierra. Currito Flores abrió los brazos y cayó de espaldas. La niña se echó á llorar; salieron más bultos y la cogieron; éstos llevaban sombreros charolados de una forma que Soledaíta nunca había visto, negra la ropa y unas correas amarillas que los cruzaban; todos, menos uno, tenían en la mano aquellas cosas largas que relucian.

Currito Flores incorporóse en la agonia y gritó:

—Lo ves, ya me fui con Rita.

Suspendió la niña el llanto y dijo con convicción:

—¡Qué *mena* era!

El bandolero echó atrás el cuerpo, miró á Soledaíta con expresión sublime y murió; en sus labios quedó dibujada la sonrisa de profundo agradecimiento que no pudo expresar.

Al verlo muerto, decia la gente:

—¡Qué cinico, cuando lo fusilaron se reía!

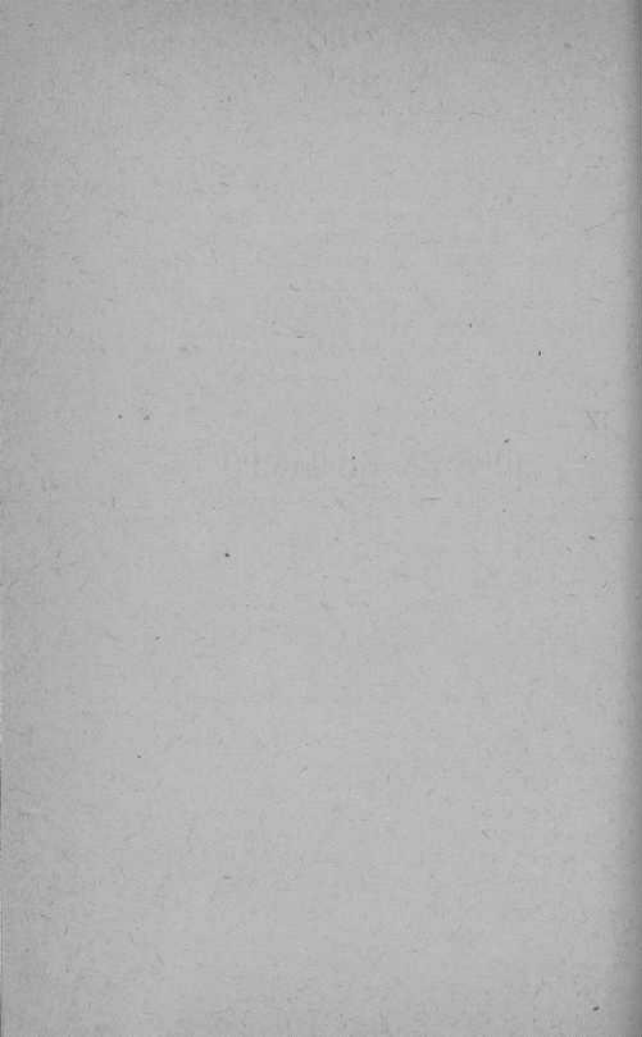
\* \*

Acabó Alonso la tremenda historia y montamos de nuevo; en aquel instante el viento hizo gemir las hojas de los algarrobos próximos y palidieron algunos.

¿Creerian quizá que eran reminiscencias dejadas en la tierra por el corazón destrozado de Currito Flores?

---

DIOS EN EL CAMPO





## Dios en el campo

---

(COSTUMBRE ANDALUZA)

A FRAY JOSÉ DE LERCHUNDI

Menudo salto pegó Bartolo Olmedo al sentir el toque; tiró la capacha de la vendimia, salió corriendo y entró en la casa, en la que su padre se hallaba colocando los racimos secos y olorosos en los formales.

—Padre—gruñó con su voz ronca,—*ámonos*, que ya han *tocao*.

Levantóse el tío Roque dejando la obra sin concluir, y mientras el hijo se peinaba las greñas con los dedos, fué á la cuadra y sacó los dos mulos preparados de antemano, con el aparejo redondo empenachado de día de fiesta, cayendo los fle-

cos de color de grosella sobre la alazana y redonda culata; arreglóles allí en el llano las cinchas, apretó hebillas y apaisó á mano los aparejos; luego entró en la casa y sacó dos retacos que colgó del albardón trasero de cada bestia; saltó Bartolo sobre una, el tío Roque sobre otra y allá salieron echando venablos por el carril abajo, arrancando chispas de los pedernales con que está apisonado, y haciendo callar las chicharras que, enardecidas por el calor del día, cantaban á voz en grito.

Mientras trotaban por la carretera flanqueada de compactas chumberas y esbeltos eucaliptus, el padre enteró al hijo de la enfermedad que padecía la *señá* Anica, y que obligaba á darle á Dios (y al nombrarlo el tío Roque se quitó el sombrero respetuosamente); la impresión de ver á su hijo bueno y salvo después de cuatro años de campaña en Cuba había sido tan grande, que se había puesto mala, y mala y mala hasta que el señor Antonio Sencillo, el albéitar, á quien se llamó en el primer momento, había dicho que la cosa iba de verdad; se fué al pueblo por el médico y éste nombró unas cosas muy raras, pero el caso era que la pobre vieja se moría.

Ya su hijo había avisado á los vecinos que iba á venir el Señor, y en seguida se plancharon las camisas con las conchas de la playa (según es uso en las gentes de la costa), se revisaron los aparejos y se prepararon los retacos, y todo el par-

tido, entre triste y respetuoso, preparábase no sin emoción, esa emoción profunda y verdadera que nace del alma y hace erizarse el vello, á acompañar dando guardia de honor al Rey de los reyes.

A todo ésto, el tío Roque y Bartolo sudaban la gota gorda porque el sol de mediodía y de Julio caía de plano haciendo zumbar las moscardas en derredor de los mulos que, con frecuentes respingos de cabeza y súbitos golpes con la cola, procuraban ahuyentarlas.

Al revolver una ese que el camino forma, en sitio desde el que se ve la vega con sus colores verde y oro, la serranía azulada por la distancia, y allá, á la derecha, el mar, un mar azul que parece de terciopelo, vióse venir extraña cabalgata.

Sobre un mulo adornado con multitud de flecos y de caireles, con escarapelas rojas, verdes y azules en la cabezada y un aparejo redondo, encima del que podría sentarse el Preste Juan de las Indias, tal venía él de reluciente, muelle y adornado, destacábase sobre el pelo negro de la bestia y los colores chillones de sus adornos, la magestuosa al par que simpática figura de un anciano sacerdote. La cabalgadura venía sujeta de los ramales por dos robustos jayanes, retaco en mano; delante venía el sacristán con la campanilla, y detrás, bayoneta calada, arma al brazo y los tricornos colgados á la espalda por la charolada correilla, la pareja de la Guardia

civil, grave y solemne siempre, marcando el paso tras los bruñidos cascotes del mulo. Luego, venían multitud de hombres, unos montados, otros á pié, casi todos armados, todos flamantes de limpios y, por qué no decirlo, muchos con las lágrimas del entusiasmo, esas lágrimas, las más puras de todas, corriendo en canal angosto por el curtido y negruzco rostro, afeitado cuidadosamente. Al reflejar el sol en aquella extraña procesión, parecía rodearla con una aureola; al chocar en lo pulimentado de las armas despedía rayos, y al reflejar en los canos cabellos del sacerdote, creían muchos, y acaso creían bien, que los respetaba y volvían sobre sí los rayos formando una corona. Al verlos venir, Bartolo metió un taconazo, salió el mulo á la carrera, desenganchó el mozo el retaco, y al llegar cerca del grupo, soltó el ramal; sonaron dos chasquidos, y después, simultáneos, dos tiros; cayó el sombrero al suelo, derribado por su dueño, y se oyó gritar á éste, con voz potente y sonora:

—¡Viva Dios!

El humo de los disparos detúvose sobre la cabeza del sacerdote, y pareció el incienso que á la idea divina del Sér Supremo se tributaba. Todo está equilibrado en este mundo; aquel incienso lo tributaba gente ruda y olía á pólvora por tanto.

El viejo, más severo que el mozo por justa ley, bajóse de la montura, sombre-



ro en mano, acercóse á la en que cabalgaba el sacerdote, dobló la rodilla en la carretera y besó la sotana cerrando los ojos; luego montó de nuevo, unióse con los demás y una descarga cerrada, que llenó el olivar próximo de tacos de esparto inflamados, celebró la llegada del tío Roque Olmedo y de su hijo.

Cuando la comitiva sublime llegó á vista de la casa de la *señá* Anica, todos sintieron un estremecimiento; detrás de aquellas paredes, que por lo blancas dieran enojos á la espuma de las olas; detrás de aquellas ventanas en las que los tiestos de claveles ostentaban lozanos su gallardía, estaba el fin de una vida, el paso misterioso de un alma á lo ignoto de todos los tiempos.

En la puerta, cruzados los brazos sobre el pecho y la cabeza baja, lloraba silenciosamente el hijo de la moribunda, y á su vista los que llegaban refrenaron los caballos para espolearlos luego. El dolor tiene algo que asusta primero y que después atrae.

Bartolo Olmedo fué el primero que echó pié á tierra, fuese al otro, y olvidando rivalidades de antaño, le tendió la callosa mano.

—Sabes, Bastián, que lo siento como si *juera* mio.

—Lo sé, contestó el interpelado, sollozando convulsamente.

Apeóse el sacerdote, arrodilláronse todos y entró en la casa, á la puerta de la cual quedaron los civiles arma al brazo;

en tanto Bastián lloraba sin consuelo en los del tío Roque, y el perro, el fiel *Pulio*, lo miraba con los ojos tristes y el rabo quedado, como si el leal bicho tomase parte importantísima en la pesadumbre de su amo; los demás, cabizbajos y en actitud severa, no hablaron palabra; salió el sacerdote al cabo de un rato y abrazó al hijo, prodigándole frases de consuelo hermosas, pero ineficaces; subió ayudado por dos en su mulo y despidióse con toscas ceremonias la comitiva. Cuando llegaron al recodo, al no ver la casa, pareció como si un peso les quitaran de encima y empezaron los tiros á zumbiar en los aires y el humo azulado de la pólvora á envolver al sacerdote; unos cuantos entraron en una viña próxima y cortaron racimos de uvas, con los que formaron una guirnalda en redor del cura; otros desgajaron ramas de olivo que sirvieron de pálio rústico al ministro de Dios, y entre detonación y detonación oíanse las voces roncadas de los campesinos, que gritaban:

— ¡Viva su Divina Majestad!

Los grupos engrosaban, y los gritos y detonaciones eran más frecuentes; los trajinantes que encontraba la caravana prosternábanse ante ella y el sol quemaba y brillaba más que nunca en las verdes y plateadas hojas de los olivos que mecía el Levante con dulzura.

La comitiva entró en el pueblo; sucediéronse entonces con rapidez prodigiosa los disparos; llenaron las campanas

los aires con su solemne armonia; cayeron flores sobre el sacerdote, y éste entró en la iglesia rodeado del humo del incienso, pero el de la pólvora era más y olía mejor: lo uno era lo obligatorio, lo otro lo espontáneo.

En tanto la vieja se moria dulcemente abrazada al hijo de su alma, y allá en los campos el sol de fuego de Andalucía derramaba sus rayos espléndidamente como si Dios quisiera premiar á la tierra con beneficios los tributos rudos pero profundos que en ella se le habian rendido.

---



EL NIÑO DE ORIZABA





# El Niño de Orizaba

---

A JOSÉ JIMÉNEZ OLIVER

## I.

Suele ser muy raro que al presentarse en cualquier ciudad (y no vienen nombres al caso) un individuo jóven, bien portado, que derrocha el dinero y que no es ni jugador ni borracho ni sablista, se le desprecie y no se abran para él ó para su oro todas las puertas, tanto las encumbradas y blasonadas como las bajas y estrechas que por todo blasón ostentan tradicionales y polvorientas telarañas. Y aún en aquellas poblaciones pequeñas y de vida sedentaria, se indaga más qué clase de pez es el que arriba, pero en las que se renueva con frecuencia la gente, como sucede en los puntos

recomendados como tónicos por la ciencia (y en uno de estos ocurrió lo que relato), cada cual vá resuelto á divertirse, y se ocupa poco de quién codea en la mesa, en el salón y en la calle.

Esto propio pasaba con Manuel Quirós en X... hacía dos meses; desembarcó procedente de América, trajo como equipaje buen golpe de maletas inglesas de reluciente cuero; tomó la mejor habitación del primer piso del hotel más selecto; dió propinas por todo lo alto, compró caballos, lució su persona en coches irreprochables, hizo alarde de su dinero y de su gusto en ocasiones diversas, y con unos puñados de duros y unos cuantos dichos oportunos, pronunciados con especial acento americano, se conquistó las simpatías, y trás las simpatías la amistad de la sociedad indígena y de la exótica é inverniza de aquel hermoso puerto del Mediterráneo. Empezó á ser recibido y agasajado en todas partes; se trató con todo el mundo; dió en su cuarto del hotel un banquete espléndido á unos cuantos solteros de la capital, y con estas cosas, como las poblaciones meridionales suelen ser noveleras, el resultado fué que al cabo de dos meses no había muchacho más simpático, ni más guapo, ni más rico que el mejicano que en feliz hora llegó á aquella ciudad procedente de su país.

Respecto á antecedentes, no se sabían; el cónsul de Méjico le trataba con exquisita consideración; él, el interesado,



dijo que era de Orizaba, y habló de su posición y de su fortuna en términos que, aunque modestos y sencillos, revelaban que le quedaba aún mucho que gastar y que contaba con buenas reservas; preguntado el cónsul, contestó evasivamente, diciendo que Manuel Quirós quería guardar el incógnito; pero lo apremiaron personas curiosas en extremo, quizá con vias interesadas, y entonces se supo que el mejicano era de las personalidades más queridas de la actual situación política de la república; que venía recomendado de manera eficacísima por el presidente de ella, y que, finalmente, debía ser muy rico, puesto que tenía letra abierta con las casas más fuertes de Madrid, encargadas de proveerlo de dinero.

Y aquí acabaron las investigaciones y todo el mundo se dió por satisfecho, y las mamás pusieron cuanto estaba en su mano, y aún más, con el fin de atrapar al de Méjico para que hiciera la felicidad de sus hijas, y él no hacía mucho por ninguna, atendiendo á todas, y el oro corría por sus manos como un río, y los banquetes se sucedieron y echó raíces en la población.

En su cuarto de la fonda, que limpiaba y guardaba un criado que con él vino, se advertía extraña mezcolanza; en todas partes habia fotografías, armas, alhajas, sillas de montar, un Cristo de marfil, de trabajo valiosísimo, y un cuadro de asunto sumamente libre, colocados fren-

te á frente. En los cuatro testers lucían cuatro hermosísimas fototipias de Méjico, Orizaba, Córdoba y Yucatán; encima de la chimenea, y en sitio preferente, habia un retrato suyo con un extraño uniforme, colocado en artistico marco de terciopelo bronce y plata, y al lado, haciendo *pendant*, un gran retrato del presidente de la república mejicana, con la siguiente dedicatoria: «Al Niño de Orizaba, en muestra de profundo agradecimiento».

Preguntado Manuel Quirós por aquel mote y aquellas palabras, contestó riéndose, que el Presidente lo trataba desde niño y que él lo salvó un día de la muerte, en un accidente de caza. Cambió la conversación y siguió charlando con su pausado tono, que contrastaba grandemente con el brillo extraño de sus ojos, inquietos siempre y siempre escrutadores.

Su figura era buena; ni alto ni bajo, ni grueso ni delgado; muy moreno, quizá muy tostado por el sol; un bigotillo negro muy descuidado y un pié pequeño como el de una dama, calzado siempre primorosamente, empeño singular que poseía. Su carácter era muy alegre, muy decidor, pero algo frio; sin embargo, veces habia en que su tono era sano y despótico, y en aquellos instantes sus ojos centelleaban como dos carbunclos.

En su alcoba, en la que entraban sus amigos á despertarlo diariamente, se ob-

servaba la misma extraña amalgama del salón; encima de la cama una Purísima de talla, encima del escritorio cuatro retratos de un concurso de belleza recientemente celebrado, y en un bastonero unos cuantos de estos útiles, un larguísimo látigo mejicano y un magnífico Winchester de treinta y dos tiros, al que Manuel Quirós profesaba afecto entrañable.

También había dos retratos masculinos, con uniforme, firmados después de una dedicatoria pomposa y amabilísima; en estas dos fotografías de personajes importantes del gobierno mejicano, se seguía llamando al obsequiado *el Niño de Orizaba*.

Su criado dormía en un cuarto separado del otro por el salón, aunque era fama que cuando ambos se retiraban, aquél cerraba, atrancándolas en regla, todas las puertas, sacaba un colchón de su cama, lo atravesaba en la entrada de la alcoba de su amo, y allí quedaba á modo de perro fiel que vigila el descanso de su dueño. Todo lo expansivo que era éste, todo lo reconcentrado el criado; su aspecto militar y de pocos amigos, parco en todo y callado siempre.

Una noche volvió pensativo de un baile Manuel Quirós, encerróse en sus habitaciones, y viendo al criado cuadrado en la puerta de su alcoba, le gritó que podía irse á descansar. Obedeció el otro y desapareció; el amo se seguía paseando nerviosamente; por fin, sacó de su

cartera una carta y la leyó varias veces; luego tiró carta y cartera encima de un velador, derribando varias monerías de porcelana, y por fin se repantigó en la butaca y se puso á mirar al techo fijamente. Sus ojos adquirían un brillo extraordinario, y á veces, como sucede cuando se recuerda algo que horroriza ó que entusiasma, su vello se erizaba, y las manos, al crisparse, hundíanse en el terciopelo verde del sillón. Luego hundió la cabeza entre las manos, despeinóse con los dedos, volvió á alzarla y con el brillo de sus ojos, el pelo alborotado y la expresión sañuda y salvajemente alegre de su fisonomía, se operó un cambio en su persona. Diríase que se iba el *sportman* y que entraba el indio bravo.

Después de unos momentos, llamó:

— ¡Cuéllar!

Y allá de la alcoba salió una voz breve y enérgica.

— ¡Señor!

— ¿Qué dirías tú si yo me casara?

Oyóse una risa seca, y luego la voz repuso:

— Que no lo ereería, señor.

— ¿Y por qué?

— Como el amo quiera lo conseguirá, dijo la voz más gravemente; el Niño de Orizaba lo puede todo.

— Oye, á propósito; el Presidente me escribe, ¿no sabes qué?

— V. dirá, señor.

— Que la cosa se va poniendo fea y que me debo ir á meterlos en cintura.

—Vé como lo necesitan, señor—dijo la voz en tono de convicción profunda.

—Pero yo no me voy; ¿qué opinas?

—Mal, señor.

—¿Y por qué? habla claro; eres mi amigo y oigo tus consejos.

—El Niño de Orizaba podría llegar á ser el jefe—dijo la voz con solemnidad.

Dió un salto en el sillón Manuel Quirós y su mirada reveló la ambición y la alegría; con los ojos fijos en un punto miraba allá muy lejos, y su cara de indio rebosaba deseo de gloria, ambición de mando. Bruscamente cambió de expresión, tornóse melancólica, apesadumbra-da y se hundió en la butaca pensativo.

—Pues no me voy, Cuéllar.

—Como guste, señor.

Levantóse el amo y se fué á su cuarto; volvió á salir, recogió la carta y la cartera, y al entrar de nuevo en su alcoba, llamó:

—Cuéllar.

—Señor.

—Mañana que no entre nadie; no quiero ver bicho viviente.

—Descuide, señor; ¿manda algo más?

—Nada, adiós.

—Dios le guarde, señor.

Arrojó el Niño de Orizaba la carta y la magnífica cartera de cuero negro y oro contra el suelo; fijóse en el Winchester que estaba allí colgado, y respondiendo á un pensamiento interno, murmuró con expresión de profundo desdén:

—¡Valiente necio! ¡luchar conmigo!

## II

No fué propicio el sueño aquella noche al niño mimado de la buena sociedad de X...; revolvióse sin cesar en su lecho, tuvo escalofríos, se echó abrigo, tuvo después calor y lo tiró; encendió luz, volvió á apagarla; leyó y releyó la carta del Presidente, y por fin, hartó, cansado y molido, durmióse profundamente entrado el día. Pero el ruido de los coches y de los vendedores no lo dejaba reposar tranquilo y despertó sin lograr el descanso que había menester; se humedeció las sienes con agua fresca, amarróse un pañuelo de seda á la cabeza, y con mucho cansancio para levantarse se quedó en la cama, meditando y soñoliento.

Entonces, en aquel estado de abatimiento y de laxitud, recordó su historia, y cuando contempló su pasado, una sonrisa de orgullo satisfecho corrió alegre y consoladora por sus labios; paseó la mirada sobre el lujoso aposento y creció la sonrisa; mal se avenían aquellos lujos con la miseria en que se encontró siendo niño al verse abandonado en las calles de Orizaba; el cómo y el por qué, él no lo sabía ni lo supo nunca; vislumbraba vagamente recuerdos de una epidemia, de alguien indeterminado en su memoria que de pronto desapareció; de sus padres no tuvo noticia; supo que se llamaba Manuel Quirós porque luego se lo dijeron; de su origen no se cuidó nunca é

ignoró siempre si en los años de su niñez, que no recordaba, había crecido entre fausto ó entre pobreza. Vino el cataclismo y se encontró sólo, y entonces su vida de niño se deslizó entre paseos y pedreas, entre diversiones y escándalos, manteniéndose y vistiéndose con lo primero que hallaba, porque en Méjico las primeras necesidades se cubren fácilmente, y así llegó á hombre á los catorce años, porque en los países meridionales se vive muy pronto.

Estalló entonces una de las frecuentes guerras intestinas que ensangrientan los fértiles suelos americanos y sentó plaza en una guerrilla; tropas irregulares, de vida nómada, sin organización fija y prontas al bandidaje, los primeros puestos se obtienen siempre por la bravura ó por la audacia; él las poseía en alto grado, y héte aquí que á los dieciocho años se encontraba mandando un centenar de hombres, entre los que había de todas nacionalidades, de todas historias, de todas ideas y de todos instintos. Quiso imponerse y lo consiguió; su práctica en emboscadas, su audacia en encuentros desiguales y su bravura al luchar en campo abierto, hiciéronse célebres, y por su juvenil edad y su procedencia empezó á llamársele el *Niño de Orizaba*. Verdadero *condottiero*, peleó por el que le pagó mejor, y su conciencia fué ancha y le dejó libertad para pasarse de un bando al otro siempre que lo tuvo por conveniente; al fin, y mediante mucho dinero, ele-

vado ya á la categoria de guerrillero necesario, se afirmó en un partido al que contribuyó eficazmente á subir al poder. Asegurado en el mando el Presidente, ofrecióle el de tropas regulares, pero él lo rehusó; acostumbrado á su vida aventurera y peligrosa, á vagar errante por las verdes llanuras de su país al frente de los bravos de sus secuaces, á verse contemplado como un sér extraordinario, á aquellas horas de espera en emboscada en los desfiladeros agrestes, bravios y feraces de las montañas y á luchar constantemente, no podía avenirse á la vida sedentaria de las ciudades. Pero la guerra se terminó, ya aquella vida no podía seguirse, y como de guerrillero á salteador hay poca diferencia, Manuel Quirós, antes que abandonar el medio ambiente de que se habia rodeado, salvó la que habia, y fué terror de los contrarios á las ideas del gobierno, á los que puso á contribución por sí y ante sí y apoyándose tan sólo en el uso de la fuerza. El Presidente le amonestó primero, le envió tropas después para capturarlo, pero él despreció las amonestaciones y recibió á balazo limpio los soldados. Ya su renombre creció y creció, y como en los países de imaginación exaltada los bandidos se miran siempre, entre la gente vulgar, con algunas simpatias, porque se rinde al valor un tributo extremado, el Niño de Orizaba era punto menos que un Dios en aquellas provincias que frecuentaba y que le veian pasar altanero y



gallardo sobre su caballo tordo, seguido del conjunto abigarrado y extraño que formaban los hombres de la guerrilla. Los tribunales dictaron fallos contra él; pero una cosa es sentenciar en la audiencia y otra luchar en los campos, y Manuel Quirós, protegido por los comarcanos, al frente de hombres que se curtieron en cien encuentros, despreció á los tribunales como había despreciado las amonestaciones y como había acuchillado las tropas del jefe del Estado. Por aquellos días subleváronse algunas fuerzas contra el poder constituido y sin que nadie se lo mandase y obrando de *motu proprio*, el Niño de Orizaba las persiguió, las acosó, las derrotó y obtuvo su indulto. Volvió el Presidente á ofrecerle el mando de tropas regulares y tornó á rechazarlo el otro; pero llevado de su carácter aventurero, determinó ver Europa, y entonces el Presidente le facilitó todo; entrególe cartas, letras gruesas sobre París, Lóndres y Madrid, y pesaroso en parte por perder, aunque fuese temporalmente, un adalid de aquel temple, y alegrándose también de que se alejara aquel trueno, lo dejó marchar, comprometiéndose á mantenerle su gente íntegra hasta que volviera.

Manuel Quirós se hizo acompañar de uno de sus secuaces, Gabriel Cuéllar, hombre humilde de condición, seco y adusto como un inglés y bravo como un javato, que aceptó con toda su alma el encargo de pasar por su criado, porque

el Niño de Orizaba era el dios que idolatraba la guerrilla, y sus menores deseos eran cumplidos como las tropas regulares cumplen las órdenes más estrictas. Vió Inglaterra, Francia é Italia, y al venir á España tocó en aquél puerto, le gustó y determinó quedarse algún tiempo; así lo manifestó al Presidente, quien no pudo menos de sonreír al ver que habia pasado sin detenerse por las maravillas de Europa para venir á estacionarse en un puerto, lindísimo, sí, pero sin importancia, del litoral del Mediterráneo.

Así, con esta historia, se comprende que á los veintitrés años, Manuel Quirós, sin ilustración, sin medios de mejorar en su niñez sus facultades intelectuales, estuviese orgulloso de su conducta y de su camino en la vida; al fin y al cabo, pensaba que los grandes héroes que admiraba el mundo, no eran más que soldados de fortuna, que debieron su renombre, sus triunfos y su poderio á ser buenos capitanes de guerrillas. El alma del Niño de Orizaba estaba cerrada á todo sentimiento que no fuese el de la gloria de las armas; las mujeres eran para él un juguete agradable; la música un ruido armónico, y la sociedad una comedia; en una ocasión, oyendo discutir acerca de la primacía de Rossini ó de Meyerbeer, dijo una frase, que los elegantes y las personas graves de X... tomaron como *un tour d'esprit*, y que sólo era manifestación de su conciencia.

—Prefiero á todo eso el zumbar del viento en los desfiladeros de la serranía de Tejas.

Pero con su buen sentido comprendió que había de vivir ocultando las intimidades de su vida aventurera y los vacíos que ésta había dejado en su educación moral; que tenía señalado un puesto por su dinero y que debía gozar de la sociedad cuanto pudiera; tiempo le quedaba si aquello le aburría para emprender de nuevo sus correrías; su figura juvenil y simpática le hizo ser querido entre la sociedad europea, y su manera de tirar dinero borró los modales algo bruscos que tenía, porque en este pícaro mundo no hay depurativo que alcance adonde el oro.

Conocía él, que las mamás de X..., que tenían hijas casaderas, andaban á su pesca, y se reía grandemente con Gabriel Cuéllar de aquellos empeños. El viejo guerrillero, siempre que su jefe aludía á algun asunto de esta índole, reía con su risita seca y breve de indio, dejando asomar los blancos dientes entre sus labios bronceados, y decíale que él no podía casarse porque iba á otro camino, al de mandar, no al de ser mandado. Cuéllar tenía la seguridad de que su comandante caminaba hácia la Presidencia de la República, y aunque le contrariaba en mucho aquella estancia prolongada en Europa, callaba y esperaba con calma la vuelta á Méjico, porque el indio que se somete voluntariamente á otro hombre,

hace siempre lo que este le manda sin enterarse nunca del por qué, sin tratar de averiguar jamás las razones que lo impulsan.

Manuel Quirós se acostumbró pronto á la buena sociedad, y nadie sin un examen prolijo podía ver en él rasgos que denunciassen al guerrillero mejicano, bajo el frac negro y severo del elegante europeo. Lo único que le admiró á él, acostumbrado á la bota de montar de cuero sin curtir, fué el calzado de etiqueta, y lo usaba á toda hora, reluciente y elegantísimo, pero esto podía pasar por un capricho de *sportman*, y nadie hacia mientes en ello. Cuando al encerrarse en su cuarto tiraba el frac y veía su retrato con el semi-uniforme de la guerrilla, sonreía con complacencia, con la misma con que lo efectuaba al comparar los días de la niñez con los presentes, y preguntábase á sí propio qué pensarían de él sus subordinados si lo viesan con aquellos faldones semejante á un cuervo que plegara las alas.

Una noche, algunas antes de aquella en que prohibió que al día siguiente le viesen sus amigos, sintió una cosa rara en la reunión del Marqués de Alcázar; un deseo extraño de vestirse su uniforme, de decir en voz alta: «Aquel que en las pampas de Méjico y en las sierras de Tejas sembró el terror é hizo retroceder á los más bravos, el vencedor de Alcátúa, el que triunfó en los llanos de Córdoba, el guerrillero indómito que siem-

pre respetaron las balas, aunque siempre se echó en medio de ellas, ese soy yo; yo soy aquél á quien la República mejicana considera como su sostén y como su defensa; yo, Manuel Quirós, el Niño de Orizaba».

Después, mientras una de las hijas del dueño de la casa, aquella Clara, tan linda y tan amable, tocaba al piano la overtura de *Guillermo Tell*, ¡se figuró, por un espejismo de imaginación que nunca supo explicarse, que su guerrilla detenía en los llanos de Méjico á aquella familia, y que él abría la portezuela y lo reconocían con gozo, y su vista devolvía la tranquilidad á las señoras y calmaba el justo encono de los hombres, y que desde lo alto de su caballo tordo, de aquel famoso *Volador*, cuya nostalgia sentía, les dirigía su voz, diciéndoles: «Descuiden Vds., que mientras el Niño de Orizaba empuñe el rifle, Vds. van más seguros por la República que si llevasen un escuadrón de escolta.»

Y al llegar á las marciales notas del *crescendo* de la gran sinfonia, sentiase como en un encuentro, con los ojos brillantes y ligeramente pálido como él se ponía cuando oía silbar la primer bala, y entonces se veía cargando al frente de sus bravos á los soldados del gobierno y los derrotaba y los vencía, y ¡cosa extraña! aquello lo veían D. Antonio Alcázar y su hija, desde lo alto de una colina, y lo aprobaban, si, lo aprobaban con entusiasmo. Y qué orgullo cuando él, lleno de

polvo y de sudor, el poncho desgarrado de un sablazo, llegaba á ellos y recibía sus plácemes entrecortados por la emoción. . . . .

Acabó la pianista su tarea y un aplauso cerrado despertó á Manuel Quirós del semi-delirio en que se hallaba. Al verse entre tanto traje de ricas telas, entre tanto frac, tanta luz y tanto adorno, comparó con su vida pasada y vinieron á sus mientes las praderas mejicanas con su vegetación exuberante y sus ambientes perfumados, los trajes pintorescos de la guerrilla y la franqueza ruda, tan ruda, que llegaba á la barbarie de los hombres que tenía bajo su mando; al comparar no pudo distinguir bien el efecto que una cosa y otra le producían; despreció la rudeza de allá y despreció el afeminamiento que, según él, acá encontraba.

Al dormir luego tuvo una pesadilla que no se pudo explicar; despertó sudoroso y llamó á Cuéllar; le hizo una pregunta extraña, si estaban en Méjico ó en Europa, y cuando el veterano disipó la duda, creyó el jefe que se alegraba al oír el aserto, y durmió profundamente.

Días después oyó susurros extraños en todas partes; uno de sus amigos, de aquellos amigos que lo acompañaban á todos lados, le dijo sonriente que ya se notaba que cayó en las redes de Cupido; los demás le hacían insinuaciones que siempre tendían á un fin común á todas; observó que D. Antonio Alcázar, á quien

veía diariamente por mera casualidad, lo trataba con más cariño y su hija Clara con más despego; creyó que un joven armador de la ciudad lo miraba con descaro, pero no hizo caso; todo ello serian figuraciones. No obstante, al entrar en sus habitaciones llamó á Cuéllar y le preguntó si él sabia qué era estar enamorado.

—Una tontería—respondió extrañado el guerrillero.

—Oye, dime, ¿y á tí te ha pasado eso alguna vez?

—Una, una y no más, ni quiera Dios...; hace mucho tiempo... el año 63 en un rancho, en la Florida...

—¿Y qué es, qué es eso?—interpeló ansiosamente el Niño de Orizaba,—porque ahora... ¿sabes?... dicen que lo tengo yo.

Rióse Gabriel Cuéllar sin ruido, como lo acostumbraba.

—No puede ser—respondió,—tendría que ver. V. vale más que todas esas niñaquerías.

Manuel Quirós se echó á reir y se dijo interiormente para acallar algunas preguntas que lo acosaban, que en el mundo sólo habia una satisfacción verdadera, tener bajo su imperio la campiña y guardar doscientas onzas de repuesto, y lo demás era un sueño, y como tal sueño, no era nada.

Pero aquella noche anterior el cónsul fué á verle, le entregó la carta del Presidente en que éste le decia que comenzaba á haber agitación, *atreviéndose á*

*rogarle* que volviera; esto lo puso de un humor detestable, sin que á punto fijo pudiese él decir el por qué; fué á casa de Alcázar; allí, al intentar bailar un wals con Clara, ésta se mostró como contrariada y dióle á entender que bailaba ya tres veces seguidas con ella y que debía atender á todas; Tomás Nosquera, el armador, acercóse en aquel instante y ofreció á Clara el brazo, mirándole á él de un modo que no pudo apreciar bien, porque las palabras de su amiga le habian hecho una impresión muy rara, y al alejarse ambos cogidos del brazo, pareció al Niño de Orizaba que las luces del salón se oscurecian y que dominaba los acordes del Erard un ruido sordo, monótono y continuo.

Despidióse del marqués, quien no lo dejó marchar sino después de repetidas instancias, y haciéndole notar cuánto sentía que tan temprano los dejase; salió, anduvo largo rato por las calles ensimismado y entró en el hotel; el ruido aquél continuaba y Manuel Quirós no podía explicárselo; al entrar en su cuarto recordó la mirada del armador y entonces fué cuando se le escaparon aquellas palabras al creer que con mirarlo así lo provocaba, aquellas palabras que envolvían todo el orgullo que sentía.

—¡Valiente necio! ¡luchar conmigo!...

### III

—Pero, mujer—decia dias después el



marqués de Alcázar á su señora, mientras ambos se vestían,—¿tú no lo notas? se necesita estar ciega, toda X... lo sabe ya.

Pues no lo noto—respondió enojada la marquesa al tiempo que se desprendía de los avíos de dormir.

—Pues mira, hija, anoche en casa de Palomares estuvo hora y media hablando con ella y Clarita sin hacerle caso, porque se le ha metido en la cabeza el niño ese de Tomás Nosquera, á quien el día menos pensado voy á romper la crisma.

—¿Por qué?

—¿Te parece poco? Menudo partido nos quiere desbancar, Manuel Quirós, un muchacho tan listo, tan fino, tan rico...

—Como rico, es rico—interrumpió la marquesa peinando lentamente su pelo gris-plomo,—ya ves, las de Carriles, que todo lo saben, porque son unas fisgonas, me dijeron que allá en Méjico tiene más de cien casas.

—Muchas debe tener, según lo que gasta—continuó el marqués haciéndose el lazo de la corbata de medio lado al espejo,—muchas debe tener, porque el otro día en aquella gira campestre que dió á los muchachos en Velillas pagó al fondista doscientos cuarenta duros, cuatro mil ochocientos reales; he visto la cuenta, y la verdad ante todo, Florencia, José Román cargó la mano. Pero él, qué crees, pagó sin ver.

—Es muy simpático—dijo la marquesa, como si de la idea del desprendimiento proviniese la de la simpatía.

—Y muy entendido en negocios de campo.

—Las de Carriles dicen que tiene una barbaridad de cortijos, que allá en su tierra se llaman no sé cómo... un nombre raro... pero en fin... el caso es que los tiene, y el cónsul dice que cuando está en el campo no duerme nunca dos noches seguidas en el mismo sitio. Me alegraría que le gustase Clarita; es un buen partido.

—Caracoles, si es—dijo el marqués mientras daba cuerda á su reloj; y mira, hablando aquí con franqueza, no me vendría mal que mi yerno fuera rico, porque ese maldito Banco Hipotecario me ahoga cada día más, y si me lo quitara de encima tomarían los negocios otro carácter.

—Las otras niñas tampoco tienen novio.

—Son pequeñas.

—De pequeños empezamos nosotros.

—Me consta,—terminó el marqués saliendo del cuarto para empezar sus tareas cotidianas.

Y eran cosa cierta aquellos temores que lo acosaban, porque la fortuna que heredó de sus padres había mermado en mucho, efecto en parte de la vida desordenada que llevó en sus mocedades, y en parte debido á una série de plagas que cayeron sobre los campos, que ni las de Egipto; el caudal de los Alcázares consistía en fincas rústicas de gran valor nominal, pero de aleatorios rendimien-

tos, y con aquellas calamidades, éstos fueron casi nulos en algunos años; había que sostener la posición, se tomó dinero sobre las fincas, y al dar este primer paso de la ruina, comenzó á formarse la bola de nieve, que rodando por la pendiente de intereses y de plazos había de llegar á ser, según la gente de X..., el alud que diese al traste con la en otros tiempos saneada fortuna de los marqueses.

Conocida por el marqués la inclinación de Manuel Quirós hácia su hija, ni que decir tiene que la vió con alborozo y que ansiaba que aquello se formalizase; no porque quisiera á costa de los pesos del yerno dar un baño de oro á sus blasones, sino un préstamo grueso sin interés, que le sacara del laberinto en que se había metido. Así creía él que salvaba su fortuna, pudiendo reintegrar luego á su yerno y que ya se normalizaba todo. Y al sólo pensamiento, parecía que se le quitaban diez años de encima, desaparecía la gran arruga horizontal de su frente y brillaban risueños sus ojazos negros.

Pero si el padre se regocijaba cada vez que veía al Niño de Orizaba, no sucedía así á Clarita Alcázar y Santiago, á quien desde el primer momento le fué antipático, no sabía ella bien el por qué; luego contaban de él unas cosas más raras, que si se reía de las muchachas que tenían novio, que si él nunca habló de haberlo sido de alguna, que si su criado

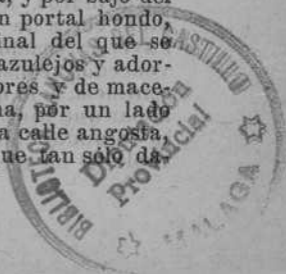
estaba al igual suyo en trato y mesa, que si en la gira de Velillas habian ido ó no habian ido todos acompañados, pueden ustedes calcularse por qué clase de compañía; que si había dicho que Tomás Nosquera era antipático; él si que era antipático, el americano aquel con su cutis color de tabaco; antipático un muchacho que bailaba de aquel modo tan primoroso y que tenía aquellos buques tan bonitos que hacian la travesía entre X... y Sevilla. Así es que vió con desprecio que el mejicano la atendiera de un modo sospechoso, y conoció en seguida con ese don innato, perspicaz y admirable de la mujer, que Manuel Quirós andaba preocupado por ella; le cargaba aquel hombre, y eso que era guapo, eso sí, á pesar de su color; pero, que sé yo, á ella no le gustaba, y se propuso, con el refinamiento sencillo de los diecisiete años, desatender á su adorador, cansarlo y menospreciarlo. Ella no era novelera como las otras; Tomás Nosquera era quien le hacía gracia y á ese atendería; un chiquillo tan simpático, tan guapo, tan fino, tan caballero, que la quería (y aqui se ruborizaba la hija del marqués de Alcázar), que la quería con toda su alma, según le había dicho, que esperaba una contestación, que se moría si no era favorable, y tantas y tantas cosas que ella guardaba muy guardaditas en un rinconcito de su memoria.

Así es que cuando llegó una ocasión y pudo hacerle notar que la quería sacar

á bailar cuatro veces seguidas, se alegró muchísimo y así se lo dijo á Tomás; Tomás le contestó que eso no estaba bien, pero que hiciera lo que quisiera. Su padre la sermoneaba para que atendiese á Quirós, pero ella firme en sus trece; Tomás Nosquera la quería y ella á él, y en su corazón juvenil, impresionable y sincero, se inculcó fuertemente la idea de que Tomás Nosquera, en algún día incierto del porvenir, llegaría á ser su marido.

#### IV

La casa solariega de los marqueses de Alcázar estaba situada en la parte vieja de la población, dentro de un dédalo de callejuelas que se retorcian atravesándose y por las que parecía que iban á verse los sombreros con pluma y las espadas de cazoleta del siglo XVII; cuando menos se pensaba desembocábase en una plazuela ancha y risueña, en cuyo frente estaba el caserón con tendencias á palacio. Lo constituían dos pisos: el de arriba con anchos balcones, y el de abajo con misteriosas rejas; sobre el dintel un gran escudo de piedra, y por bajo del escudo se entraba en un portal hondo, oscuro y espacioso, al final del que se veía el patio rodeado de azulejos y adornado con profusión de flores y de macetas; hacia la casa esquina, por un lado al río y por el otro á una calle angosta, corta y pendiente, á la que tan sólo da-



ban las ventanas de los Alcázares, puesto que los otros muros lo eran del convento de las Carmelitas. Una gran farola colocada en el centro de la plazoleta iluminaba ésta mientras que la callejuela pendiente quedaba sumida en la oscuridad bienhechora de algunos mecheros de gas invisible.

Una de aquellas noches y cuando sólo alteraban el silencio los maullidos de algún gato galanteador, comenzaron á oírse en lontananza unos pasos que se acercaron, que llegaron, y por la calleja de enfrente al portalón apareció la esbelta figura del Niño de Orizaba. En vez de entrar en la casa dió una vuelta, fué por la parte del río y se dejó caer en un banco de piedra, desembozándose y echando hacia atrás el sombrero de anchas alas que traía. Una vez allí, él mismo se preguntó á lo que vino y vaciló entre irse ó quedarse; siguió sentado. Aquella casa lo atraía, y á través de la oscuridad de sus balcones empeñóse en ver alguna sombra atractiva, alguna luz que deseaba vivamente en sus adentros.

La noche tibia y tranquila y el susurro del río que pasaba lamiendo los oscuros muros, le recordaron muchas pasadas cerca de la laguna de Méjico, ya huyendo vencido, ya descansando como vencedor, constantemente en perpétua centinela, y lo que le admiraba era que al par que sentía la nostalgia de su país, se infundió en su sér un deseo inexplicable de no alejarse de aquellos sitios,

de aquella ciudad, de aquel río y aquellas callejas, y pensó alquilar una casa en ellas y abandonar el hotel, porque se prometía cada minuto vivir allá mucho tiempo, y eso que llevaba en el bolsillo y en la imaginación la carta del Presidente y se deleitaba algunas veces presintiendo los triunfos que al otro lado del Océano le aguardaban. No podía explicarse lo que le pasaba; tenía así como una nube dentro del alma; su humor alegre había desaparecido y cosquilleábale dentro del pecho el vago deseo de triunfar en algo, ¿pero en qué? en las armas tenía sus triunfos al otro lado de los mares, y el catálogo de los conseguidos era largo y brillante; en lo demás su oro le abrió siempre camino. No quería volver á Méjico, y la sola hipótesis de la marcha le producía en el robusto pecho un malestar que hasta entonces había desconocido, un peso terrible del que ansiaba escapar.

Meditabundo y silencioso, el Niño de Orizaba continuó sentado largo rato; ante su imaginación exuberante, como la vegetación de los trópicos entre la que se había desarrollado su cuerpo, veía tantas cosas unidas, que no podía desligarlas, y allí se barajaban los bravos de la guerrilla con el dueño del hotel, Gabriel Cuéllar con Tomás Nosquera y el Presidente con Clara Alcázar; todos dentro de una nube, todos girando sin cesar en redor de algo que era la incógnita, lo indeterminado, lo que Manuel Quirós

ansiaba, pero no podía explicarse. La cabeza le ardía y hubo un momento en que sin saber por qué se avanzó al pretil de la muralla y contempló la masa oscura de agua que se alejaba camino del Mediterráneo con rumor semejante á mil quejidos que se oyesen muy lejos; estuvo unos minutos con las manos en la piedra del pretil mirando fijamente las reverberaciones de los faroles en la corriente, reverberaciones que semejaban oro que se atropellase, como en el cerebro del mejicano se atropellaban las ideas inconexas que lo dominaban.

De pronto percibió un murmullo y se separó del pretil; por el río no se oía nada, en la plazoleta, que inspeccionó rápidamente, no había un alma; las estrellas brillaban en el turquí del cielo y se oía á lo lejos el rumor sordo de la población y los sones distantes de la música militar que tocaba en el paseo. Con su práctica de guerrillero, el Niño de Orizaba atendió unos minutos adelantada la cabeza, entornados los ojos y sin dar señales de vida; semejaba entonces la estatua del espionaje; efectivamente, cerca se percibía un rumor ahogado, como si se hablase con temor de ser oído. Manuel Quirós dió la vuelta á la casa y llegó á la callejuela; en ella, y pegado casi á una reja, había un bulto; desde dentro hablaba álguien, y con su oído, acostumbrado á los rumores del campo, reconoció el mejicano la voz dulce y rápida de Clara Alcázar.



Entonces le dió un vuelco la cabeza, sintió como si le barrenaran el corazón, y comprendió, al rasgarse súbitamente en su alma el velo que lo ocultaba, lo que le impedía volver á Méjico, aquello que le hacia desear cosas tan extrañas durante la sinfonia de *Guillermo Tell*; era el amor, un amor bravio como un torrente, que se desbordaba impetuoso al encontrarse libre de pasiones aquel corazón; al ver allí otro hombre, creyó que le arrebatában algo suyo, avanzó con rapidez y chocó contra el bulto que arrimado á la reja se encontraba.

Reinó el silencio unos instantes; dentro de la habitación, que estaba á oscuras, no se oía nada; fuera, frente á frente y amenazadores, se median con la vista Manuel Quirós y Tomás Nosquera. Sin hablar vinieron á las manos; lucharon unos momentos y el Niño de Orizaba cogió á su adversario por la cintura, lo levantó en alto con hercúleo arranque, balanceó un momento su cuerpo y lo lanzó con rabia contra la acera; dentro se oyó un grito y un sollozo. Manuel Quirós echóse atrás jadeante, esperando ver levantarse al caído, pero este no lo efectuó; habia perdido el conocimiento y estaba tendido boca arriba, con los ojos cerrados y alterada la simpática fisonomía.

El Niño de Orizaba se acercó á la reja, miró hácia dentro; la oscuridad era completa, pero la voz descompuesta por la emoción de Clara Alcázar le disparó este

epíteto á la cara como si hubiera sido un balazo:

—¡Cobarde!

—¡Cobarde yo!—dijo Manuel Quirós, colgándose á la reja iracundo, y después de una pausa dijo con voz serena:—he sido todo, todo menos eso.

En aquella pausa habia brillado un rayo de luz en su imaginación, y al sentirlo vaciló su cuerpo, porque aquella luz le traía á él las tinieblas; comprendió que su historia no era para ofrecida á una mujer como aquella; y así como en un arranque atlético físico habia arrojado á su rival contra el suelo, así en un arranque atlético moral quiso hacer la felicidad de ella, ya que la suya propia no pudo hacerla; y trastornado, hermoso, sublime, empezó á hablar con frase cortada, temblorosos los labios y el semblante pálido:

—Por mucho odio que V. me tenga, óigame unos momentos; por el alma de su madre óigame V., porque de mi depende la felicidad de ese hombre que está ahí derribado sin conocimiento. Yo soy, sépalo V., un hombre que ha crecido entre lucha y entre sangre; no concebí, porque no podía, que hubiese más glorias que las del valor; hice todo género de villanías, pero vine aquí, y V. hizo por encargo de Dios ó del demonio, que al trasformarme pudiera juzgar mis actos pasados; ahora mismo, en dos minutos, ha terminado V. su obra, yo por mi parte también terminé la mía.

Si quiere V. conocer bien mi historia pídale al cónsul periódicos mejicanos de hace dos años; allí verá V. mi nombre mezclado en todo; donde lea el Niño de Orizaba, diga: ese es Manuel Quirós. No importa quién fui ni quién voy á ser, pero en este momento quiero que sepa V. quién soy. Al abrir V. las puertas de mi alma al torrente de ideas nobles que penetró en ella, parece que las abrió también á la idea divina de Dios, y que su paz sea bálsamo dulce que me ampare en este instante. No se vaya V., ¿cree V. que cuando se sale del fango para volver á entrar en él no gusta un momento de luz y de vida? Al ver á V. cayó para siempre la felicidad de mi vida pasada; aborrezco esa vida y vuelvo á ella... pero vuelvo en busca de algo que lo termine todo; por Cristo, no se vaya V., ya acabo, mire: mañana al romper el día sale el *Yucatán* para Nueva-York, en él me voy y no vuelvo más, le juro á V. que no vuelvo más; V. y ese que está ahí caído se quieren; yo los amparo, ¿entiende? ¡los ampara á ustedes el Niño de Orizaba! ¿Comprende V. mi sacrificio? pero su padre de V. anda mal de intereses; lo sé, necesita un yerno rico... ¡me quería á mí!... bueno, al caso; dentro de unos días el Banco Hipotecario recibirá lo que el marqués adeuda; ya tienen Nosquera y V. el camino llano, trabajarlo bien y serán felices.

Yo me voy; sólo pido á V. que no me guarde odio y que se acuerde algunas

veces de Manuel Quirós, porque creo que oirá V. hablar del Niño de Orizaba; acuérdesese V., no del guerrillero, sino del amigo.»

Se arrancó á la reja y salió andando; de pronto volvió sobre sus pasos, besó los hierros con frenesí, y mirando al caído, dijo entrecortado:

—Para quien ha llevado todo á su antojo y á su capricho, Vdes. no se figurarán nunca lo que cuesta lo que estoy haciendo.

Tomás Nosquera comenzó á moverse, el otro echó á andar lentamente con los ojos anegados en lágrimas, pero con la resolución firme en el corazón y la mirada tendida hácia adelante.

Clara Alcázar asomóse á la ventana y le vió irse no sin emoción; los pasos fueron amenguando, dobló la esquina, vióse su sombra en la luz de la plazoleta, resonaron más ténues las pisadas, confundieronse con otros ruidos, dominó luego el murmullo del río y por fin quedó todo en el silencio.

El Niño de Orizaba había desaparecido para siempre.

HISTORIA DE UN "MARRÓN GLACÉ,,

HISTORIA DE ON "MAYRAN" GIKOR

---

## Historia de un “marrón glacé”

---

A JACOBO APARICIO

¡Cuán ufano y orondo me encontraba, envuelto en mi papel de plata, colocado muellemente dentro del diminuto cucurucho rizado, en donde con roja letra inglesa, de filigrana pura, se leía el nombre acreditado de la casa selecta que me produjo! ¡Y con qué orgullosa complacencia reinábamos los demás de mi promoción y yo sobre los caramelos de los Alpes, las pastillas, los chocolatines, los caramelos comunes y todo el fárrago de golosinas, que en otros artísticos fruteros de níquel había sobre la tabla de mármol rojo del mostrador!; aquellas otras friolerillas se cambiaban, se iban no sabíamos dónde; nosotros, no; éramos los reyes, los invariables, los incorrupti-

bles, no nos dejábamos comprar así como así; valíamos á doce pesetas el kilo.

Los demás, pastillejas de infinitos colores y sabores, caramelos, *violettes gélées*, bombones franceses y *confetti* italianos eran comprados por todo el mundo, eran la clase media que todo lo inunda y todo lo domina; nosotros pertenecíamos á la aristocracia superfina; éramos sobre los demás, algo así como el currutaco de Carlos IV, comparado con el gomoso de nuestros días. Si salíamos de la tienda, era que íbamos á ser ejecutados entre los dientes blancos, diminutos y perfumados de las damas *pur sang* de mucho dinero y de gusto exquisito, ó quién sabe adónde íbamos á parar... pero siempre, siempre á gente excelsa, á gente que se distinguiese en mucho, no ya del común de los mortales, sino de la alta burguesía.

La burguesía, ¡puf!, esa prefería los encarnados y pastosos *confetti* de Turín y los durísimos caramelos de menta y de frambuesa; nos miraban por cima y solían preguntarse *in mente*: «¿qué serán estas cositas redondas envueltas en papeles plateados y que tan caras valen?» Un alto banquero, al saber que en suma no éramos sino castañas, nos volvió la espalda con desprecio, recordando quizá las infinitas que comió crudas, asadas y cocidas, cuando en los tiempos lejanos de su niñez apacentaba vacas en los montes de Asturias.

Ésto éramos en general, que en particular, yo podía llamarme el rey de reyes;



mi tamaño, las formas elegantes de mi sér me hacian estar siempre en primera fila, y cuando algún hombre *comme il faut* ó alguna dama perfumada, argentina de voz y exuberante de elegancia, pedían que les sirviesen nuestros cuerpos, las manos del dependiente, al cojer á mis compañeros con finura uno por uno, se apartaban de mí, y yo quedaba allí siendo el orgullo del establecimiento, la honra de las gentes de mi clase, el Napoleón... ¡no!, Napoleón fué burgués, el Luis XIV de los *marróns glacés*.

Estuve en aquel frutero mucho más que todos mis congéneres y vi desfilar hácia lugares diversos é ignorados algunas generaciones de caramelos de los Alpes, caramelos comunes, pastillas de café, chocolatines y miles zarandajas de idéntica importancia. Seguía en mi puesto desafiando orgullosamente á los parroquianos burgueses sin dinero ó sin gusto que no me llevaban á honrar sus labios; por otra parte, dolíame recordar á mis compañeros idos; habrían perecido seguramente entre labios selectos, habrían muerto con gloria, es cierto, asesinados por gentes conocedoras del arte de distinguir golosinas, pero ¡qué diablos!, morir es morir y la muerte me asustaba.

Tranquilo andaba yo muy abrigadito bajo mi brillante envoltura y sin preocuparme para nada de mi fin, que consideraba lejano, cuando cierta mañana observé que desaparecían rápidamente legiones de las otras chucherías, propias

de gente burguesa; los dependientes hablaban de fiestas, de un algo extraño que debía ser risible y que llamaban el Carnaval. ¿Qué será el Carnaval? pensaba yo; pero Dios, que á todo provee, quiso que se abriera un agujerito en mi capa de papel de estaño y por allí comencé á ver sin ser visto lo que por el mundo sucedía.

Y vi que entraban en la tienda seres extraños con caras impasibles de seda, de alambre ó de cartón; luego supe que aquellas caras sin expresión se llamaban caretas y que servían para dar chascos á la gente, diversión que debía entretener mucho á todo el mundo, según lo jovial de las fisonomías que veíamos. No eran tan faltos de expresión los trajes como las caras, puesto que en ellos se mezclaban una de colorines verdaderamente lastimosa, cosa que á mi, amante del buen gusto, me hacía sufrir lo imposible. Volaron al impulso de aquellos arlequines, montones de caramelos vulgares, puñados tremebundos de bombones franceses, millares de almendras embadurnadas con azúcar y almidón, pero nosotros, *les gens d'élite*, la *high life* del establecimiento, seguíamos intactos, desafiando con brillantes reverberaciones todo aquel montón de gente de poco más ó menos que pasaban por nuestro lado haciendo caso omiso de nuestra selecta distinción.

Pero ¡ay!, que nunca en el mundo debemos mostrarnos orgullosos por quedar olvidados, porque donde menos se pien-

sa salta una ocasión y un peligro, y el desenlace funesto que da al traste con nuestras ilusiones y que ahoga para siempre nuestros necios orgullos, orgullos al fin y al cabo de *marrón glacé*.

Así pasó y así vino el hecho que motiva los trasudores azucarados que me matan hoy; fui el rey, fui el niño mimado del establecimiento, pero llegó mi hora y se abatió mi orgullo, como se abaten ante la voluntad de Dios las olas del mar y los vendavales de las sierras.

Una de aquellas veces que entraron arlequines en la tienda—dijeron que era martes de Carnaval—entraron dos vestidos con elegancia, cada cual en su género; lucía el primero un traje de paleta, quiero decir, un pañuelo de Manila anudado al talle, otro de seda á la cabeza, una falda corta á ramos blancos y azules y una cara de cartón llena de costurones y granos, tras de la cual brillaban unas cosas encendidas y movedizas que debían ser los ojos del máscara—porque luego supe que máscaras los llamaban.— Á no ser por la reluciente bota de charrol y por las manos enguantadas en negro, hubiera mirado á aquella máscara con horror: me recordaba la záfia lugareña que me arrancó del árbol patrio, cuando yo no era más que una castaña vulgar, aunque hermosota.

Pero la otra máscara me cautivó desde el primer momento; aquel traje Directorio verde-campo adornado en rosa, aquella media de seda, aquella careta de

alambre que tenía una expresión tan distinguida, la peluca rubia que formaba ricitos diminutos al redor de la frente y el sombrero, colosal de ala, verde-campo también y coronado por un lazo inmenso rosa, un lazo de lo más *chic* del mundo conocido, que daba ejecutoria de distinción á las manos que supieron producirlo; aquello era lo imprevisto que llegaba, la época más elegante de la historia que se me aparecía, el sueño realizado de un *marrón glacé*.

Absorto estaba, sin oír nada, cuando me senti cogido por un dependiente; me enfurecí; fué lo mismo que si al contemplar un cuadro de Watteau le pusieran á uno delante un cromo de una corrida de toros; ya iba á desesperarme, cuando me metieron en una cajita satinada de letras de oro sobre fondo azulado y me entregaron, ¡oh placer!, á las manos enguantadas en blanco, correspondientes á aquel cuerpo verde y rosa.

Salimos de la tienda, y por un resquicio de la caja seguí viendo el mundo. Hacia un sol espléndido; la calle por donde bajábamos era la reina de las calles, ancha, alegre, en cuesta pronunciada, flanqueada de pinos, con casas suntuosas; la gente se desbordaba de las aceras é invadía á veces el terrizo arroyo por cuya extensa superficie bajaban en fila coches y más coches; de cuando en cuando había unos tíos á caballo con unos colores funerarios en la ropa y unas cosas largas y resplandecientes en

la mano, y para que se vea lo mal que anda el mundo, aquellos tíos barbudos y feisimos eran los que mandaban allí, los que mandaban en tanto coche charolado y primoroso, sobre tanto lujo y tanto gusto; el sol brillante de España daba sobre los colores, sobre los árboles, sobre los tíos aquellos de los caballos, y en la gente y en el cielo se veía una animación inusitada; parecía que Dios, asomándose á las alturas, sonreía satisfecho al ver tan hermoso el mundo.

Llegamos á un paseo hermosísimo; ya pude ver poco, porque la gente me ahogaba; oí que aquello era Recoletos y ví muchos árboles despojados de hojas, un sol grandioso y un bullicio tremendo; los chillidos ensordecían... En esto la mano que nos tenía nos apretó convulsamente; la paleta dijo en voz baja:—*Ahí están*, y nos acercamos á un grupo que merecía detallarse, pero que no pude ver bien porque la mano me oprimía cada vez con más fuerza y su pulso era por segundos más acelerado.

Ambas máscaras hablaron en voz fingida unos minutos, y luego tomaron sus voces naturales; ¡qué extraño efecto hacía tras la *toilette* irreprochable de mi dueño, su voz hombruna, más rara aún por cierta emoción que yo no me explicaba! Nos dividimos en parejas y echamos delante la máscara que me tenía en su poder y una muchacha joven, muy joven, vivaracha, de ojos negros y brillantes, con un lunar picaresco en el ros-

tro y una boca fresca y pequeña que dejaba ver unos dientes menuditos y apretados. Yo temblaba; aquellos dientes habían de ser mi guillotina. La paleta echó detrás y creí comprender que su misión se reducía á distraer á otro ejemplar femenino para evitar que se apercibiera de lo que pasaba delante. No era el papel muy correcto, pero no era desagradable, porque el ejemplar femenino estaba en la flor de la vida y tenía unos ojos entornados, soñadores, adorables, que se fijaban en la careta, y digo en la careta porque eso debía ser lo que le interesaba, pues cuando la máscara, pasado un rato, se descubrió, los ojos soñadores apenas miraron el rostro, que á decir verdad era hombruno, feote y de pocos atractivos.

Cerrando marcha venia el elemento sério; las que habían dejado de ser jóvenes y se veían sujetas al martirio de contemplar las expansiones de la juventud.

Mi dueño hablaba con su voz natural, muy bajito, aproximándose todo lo posible á la orejita pequeña y sonrosada de su acompañante; yo iba apretado con mis compañeros sin oír ni ver casi nada. Así pasó tiempo; fui notando que se calmaba la excitación de mi dueño; de pronto, y con un movimiento brusco, abrió mi encierro, y cogiendo á uno de mis compañeros lo ofreció á su acompañante.

Estábamos en una calle bulliciosa, en

donde la gente andaba de prisa y como ansiosa de regresar á sus hogares; el sol ya se había ido; brillaban unas luces amarillentas de trecho en trecho.

El verdugo aquel de los dientes menuditos cogió á mi compañero, poniéndose muy encendida; quizá fueran remordimientos por la suerte que le preparaba; le quitó lentamente su funda de papel plateado y se lo comió... se lo comió sonriendo y mirando con cariño á la máscara verde-campo y rosa.

Qué transformación; aquella careta linda con bucles rubios, había desaparecido; en su lugar quedaba un rostro morenote con un bigotejo castaño, ¡desilusión! era un hombre; y más aún, ¡horror! iba fumando.

Entonces me hizo pasar á manos de la muchacha que acompañaba; fuimos todos en la caja; las manos pequeñas, finas, enguantadas, nos acariciaron; la conversación seguía en voz baja, suave, melodiosa; detrás la paleta gritaba haciendo sonreír á la persona de ojos soñadores y adorables. ¿Gritaría á propósito para que no se oyeran aquellos murmullos que se cruzaban entre la linda pareja de delante? *Chi lo sa.*

El del traje Directorio dijo algo que turbó á los dientes diminutos, que mordieron los labios fuertemente; la caja se escapó de la mano, y yo y mis compañeros caímos al suelo; ella se agachó á recogerlos, la máscara fumadora también, y entonces, mientras nos recogían,

el guante negro de ella y el blanco de él se posaron el uno sobre el otro y se estrecharon franca y prolongadamente. Yo pagué los vidrios rotos, porque la mano negra me tenía entonces, y al oprimirla el guante blanco me desarticuló por completo; desde entonces perdí las formas lindísimas que constituían el encanto de mi vida.

El dolor me hizo desvanecerme; al volver en mí, creí llegado el fin de mi existencia; en un cuarto elegante y simpático, en el interior de un armario de limoncillo con luna biselada, estaba la cajita satinada, con una mancha de lodo, efecto del testarazo que nos dimos; mis compañeros todos habían desaparecido, y yo estaba entre las manos pequeñas y entrelargas, ya desenguantadas; las yemas sonrosadas de los dedos me oprimieron, y me vi camino de la boca que se abría. El momento de la ejecución había llegado.

Pero no; los labios se posaron sobre el papel de plata de mi envoltura y lo oprimieron fuertemente; sonó un chasquido, y luego otro y otro y otro...



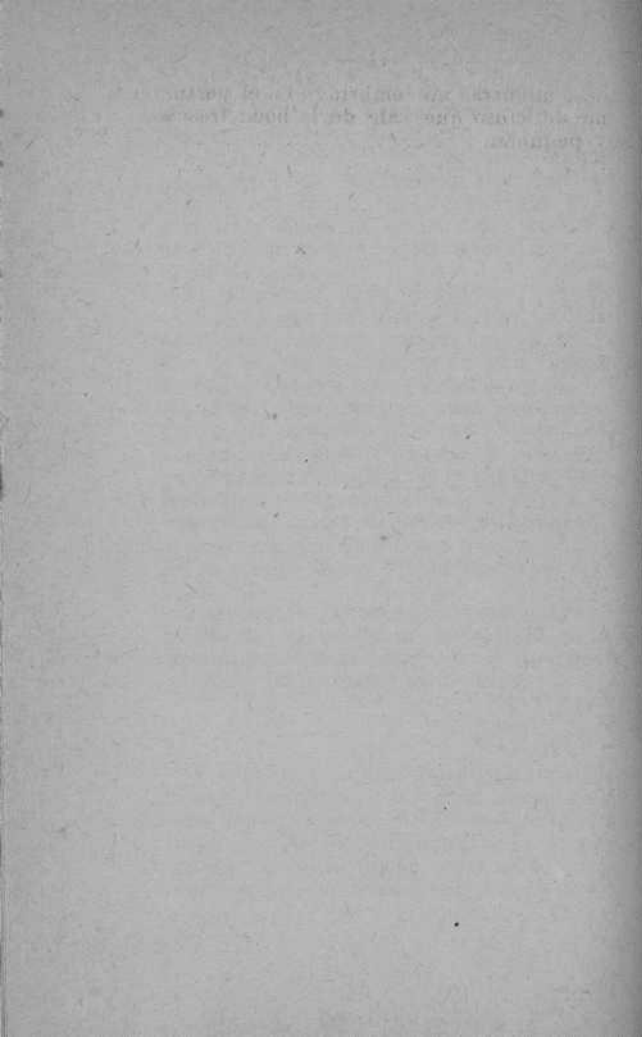
Y hace muchos días que sigo aquí sólo, triste, desformado; muchas veces creo que llega mi ejecución al ver los labios rojos que se me aproximan; pero en vez de morderme se posan sobre mí con dulzura, y suenan armoniosos los chasqui-



dos, mientras me embriago en el perfume delicioso que sale de la boca fresca y pequeña. . . . .

. . . . .





DE LA CÓRTE AL CORTIJO

10  
10

DE LA GORTE AL PORTO



## De la Côte al cortijo

---

### I

El sol, próximo á desaparecer por Occidente, tendía sus rayos rojizos por la llanura y descendía como mal de su grado las últimas estribaciones de la sierra; hacía brillar los trigos, que parecían de oro; formaba caprichosos arabescos con las sombras de álamos blancos, encinas y eucaliptus, y pasaba el río que iba hacia el Sur, susurrando cosas que nunca se han entendido, y que cada cual baraja y clasifica á su manera; risueñas cuando está alegre, melancólicas cuando el ánimo decae. La naturaleza estaba en calma, en una calma abrasadora, porque la tierra echaba chiribitas del calor del día, y las cigarras cantaban en los árboles, en los arbustos, bajo las amapolas, produciendo un concierto monótono que cau-

saba somnolencia. El sol dió en algo largo, oscuro y sonoro, que desembocó de un túnel allá á la izquierda, echando blanco penacho de humo y produciendo un silbido estentóreo que patentizaba el vigor de las entrañas del coloso. Avanzó por la llanura con batir de herrajes, aminoró la marcha y, como si se parara por complacencia, detúvose lentamente ante una casa blanca, rodeada de eucaliptus y limoneros; allí sonaron unas voces, se abrió un wagón de primera clase, bajó de él un viajero que fué recibido con grandes muestras de respeto por dos guardas de curtido rostro y ancha bandolera con dorada chapa de metal; del furgón de equipajes bajaron algunos bultos y en seguida el titán hizo oír su silbato poderoso, crujieron las cadenas que unían sus vértebras gigantes, sordo rumor llenó la estación, y momentos después oyósele á lo largo pasar con fragor de trueno el puente colgante sobre el río.

El jefe de estación saludó al recién llegado quitándose la gorra, le acompañó hasta un coche grande, deslustrado y antiguo, que habia tras una empalizada, en la que se elevaban gallardas las enredaderas, y una vez que se acomodaron viajero y equipajes, montó un guarda en el pescante, trepó el otro sobre un mulo que arrendado á una reja aguardaba y las bestias que tiraban del vehículo le pusieron en movimiento, entre tinitinear de cascabeles y chasquidos de zurriago. El guarda que quedaba atrás

lió un cigarro, lo encendió y salió al trote largo tras del coche.

Así bajaron un anchuroso camino, pasaron un puente, bajo el cual removía un arroyuelo sus turbias aguas, y tomaron la carretera real, flanqueada de eucaliptus, pitas y chumberas, por la que trotaron largo rato. Bruscamente torció el vehículo hácia la izquierda, entró en una ancha vereda, cuyos bordes aplastaban las ruedas, y tras mucho coger piedras que hacían tambalearse el armatoste y mucho destrozar amapolas, margaritas y geráneos silvestres que crecían casi en las cunetas, se detuvo ante un caserón largo, enjabelgado de cal, con puertas rojas y anchos balcones cerrados por verdes persianas. En la puerta esperaba compacto grupo de gente; al llegar el coche, adelantáronse todos á recibir al viajero, que saltó del estribo gallardamente, y dirigiéndose al grupo, lo saludó con cariño, abrazó á algunos dándoles grandes palmetazos en las espaldas y subió al piso alto, rodeado de todos, agasajado y llevando en brazos un pequeñuelo de pocos años, que le cogía con sus manecitas rosadas aquella barba castaña, en la que lucían su brillo no pocos hilos de plata y le decía con su voz pura y dulce: «El señó conde, el señó conde.»

Sirviéronle la comida en un comedor sencillo y severo, adornado con trofeos de caza, y alrededor de la mesa se sentaron cuatro ó cinco campesinos viejos, el señor cura, que tomó asiento al lado del

viajero, y un guarda anciano, que miraba al conde sonriendo y temblándole de emoción la morena barbilla, en la que se destacaban como puas las canas sin afeitar de algunos días.

El conde comió con apetito, habló mucho con todos, distribuyó atenciones, se interesó francamente por algunos ausentes y preguntó á los presentes repetidas veces por sus trabajos y sus trajines. Todos le contestaban risueños, alegres y ansiando servirle, y adivinándole el deseo, el uno le acercaba el salero, el otro las perdices estofadas, quién le recogía del suelo la servilleta caída, y el cura le escanciaba copa tras copa el vino blanco que semejaba oro fundido.

La luna estaba muy alta en el horizonte cuando se despidieron; el conde se levantó contra la voluntad de los presentes y los abrazó de nuevo, empezando por el cura, cuyos nervudos brazos le estrecharon fuertemente; al desasirse, le dijo:

—Tenemos que hablar mucho, señor cura.

El sacerdote sonrióse inclinando la cabeza, como si supiera de antemano el objeto de la conversación.

—Que me vengais á ver—dijo el conde á los campesinos que se despedían apretándole ambas manos.

Salieron todos menos el guarda viejo y tomaron juntos la vereda, el cura y un labrador anciano, de cabellos de plata y ojos negros como la noche. Miró éste hacia la casa é inclinándose al oído de su



acompañante, le dijo en tono ponderativo:

—¡Qué viejo viene!

Y el cura, meneando de arriba abajo la cabeza, se mordió con el labio inferior el superior, y abriendo mucho los ojos, contestó con tono sañudo y pesaroso:

—¡Esos Madriles!...

## II

Si lo que se propusieron los médicos de la corte, al mandar á D. Juan Pacheco, conde de X, á su magnífica hacienda de Monterromero, fué que desechara aquellos insomnios persistentes que en la villa del oso y del madroño le aquejaban, lo consiguieron sobrepujando la realidad sus deseos, porque no solo se durmió en cuanto cayó sobre la mullida cama que le prepararon la mujer y las hijas del guarda mayor, sino que durmió de un tirón desde las doce de la noche hasta igual hora de la mañana del día siguiente, roncando como un canónigo y costando grandes trabajos al Lobato despertarle, porque es de advertir que el conde se habia dejado en Madrid á todos sus criados, y al llegar á su finca se echó en brazos del guarda mayor que lo habia visto nacer, el cual prometió á su mujer y á sus hijas una asamblea de palos y mojicones muy concurrida si el señor conde no se veía servido á su capricho y según sus deseos.

Así es que en toda la mañana rechistó

en la casa alma viviente, y un pobre gallo que incurrió en el error de cantar con estrépito, llevó el vardascazo más monumental de que había memoria en Monterromero: tal fué, que no necesitó el segundo para servir por la tarde de plato fuerte en la mesa de aquel que había menester tanto sigilo. El Lobato inclinóse sobre el conde, que dormía profundamente; le llamó varias veces, y no consiguiendo despertarle, arrimó tal empujón á la cama, que ésta, con ser de roble y muy pesada, crujió toda y aún manifestó ciertos deseos de irse hácia la pared frontera. El que dormía despertó sobresaltado, y entonces el Lobato se inclinó sobre él sonriendo y le advirtió que eran las doce y un pico; el conde se levantó haciéndose lenguas de lo bien que había dormido y de la bondad de la cama, cosa que hizo ensancharse el pecho del guarda, que formó alto concepto de la habilidad de su familia; se bañó el amo, vistióse de campo y pidió el almuerzo.

No permitió que se fuera el guarda, que se sentó al otro extremo de la mesa vigilando la manera de portarse de sus hijas, que la servían cortadas y vacilantes. Pero por fortuna el conde estaba de admirable buen humor y comenzó celebrando aquellos guisos campestres y aquella limpieza exquisita, para concluir celebrándoles la gracia de los semblantes y la africana hermosura de los ojos, con lo que acabó el Lobato de reventar de alegría el cuello de la camisa, lo cual le

hizo andar desde aquel punto y hora con la cabeza baja para que su amo no notase la irreverencia.

—Señor, sepa vucencia que...

—¿Qué es eso de vucencia? ¿de cuándo acá me has dado tratamiento? ni de niño ni de hombre, y ya... de viejo no me lo vas á dar, tocayo.

—¡De viejo!—interrumpió el Lobato mirando á su señor, como si quisiera comunicarle las viriles energias de su cuerpo de bronce.

—Si, de viejo, Juan; ya no soy aquél que trepaba por las peñas como una cabra y cazaba dias y dias sin reposo; ya los años, y más que los años... la vida de la ciudad mata mucho, y al llegar uno frontero á medio siglo se siente, sí, no creas. Y entonces vienen los mareos y el no dormir y el no comer y temblores en las piernas y dolores de cabeza... y qué sé yo las cosas que se nos vienen encima.

—Eso, D. Juan, en Monterromero se quita.

—Es tarde ya, Juan, muy tarde. Veinte años de Madrid son muchos años; la vida de noche gasta el cuerpo, y estoy por decirte que embrutece el alma. Vosotros, los que vivís siempre aquí, no sabéis el tesoro que teneis; vida sana, vida tranquila, aires puros y mucho ejercicio; eso os sobra, ¿no es verdad? pues eso, eso es lo que me falta á mi; lo que me han mandado los médicos madrileños.

—Pero si vucencia...

—Dale con vucencia: yo soy para tí

y para todos los de aquí D. Juan y nada más que D. Juan, y se me habla de V., ya que de tú no me quisiste tratar ni cuando era niño.

Por fortuna el cuello de la camisa del Lobato no tenía más que un botón, y ese ya había saltado, porque aunque hubiera tenido una caja entera, saltan entonces.

—Aquí—continuó el conde cortando un trozo de queso de cabra fresco, blanco como la nieve—aquí vengo á reponerme, á hacer mi vida de hace treinta años, ¿te acuerdas, Juan? aquella vida de cazador y de campesino, que tuve que dejar cuando me mandaron á San Petersburgo de tercer secretario; y créete que á pesar de lo agradables que fueron para mi los años que pasé en Rusia, donde no puedes figurarte cómo me divertí, créete que me acordaba la mar de Monterromero y que hasta en los bailes del emperador me acordaba mucho de tí.

La silla donde se sentaba el Lobato crugió.

—Claro—prosiguió el conde encendiendo un cigarro, después de dar otro al guarda, que lo tuvo en la mano todo el tiempo sin encenderlo,—aquello no era á lo que yo estaba acostumbrado; tú sabes cómo hice mi carrera, á regañadientes, casi contra mi voluntad; se puede decir que aquí pasaba todo el año; mi padre estaba entonces fuera; mi madre, tú sabes como yo que me dejaba hacer lo que quería. Llegué á ser abogado; sin saber

casi cómo, me encontré diplomático, y al subir mi tío Alfonso al ministerio de Estado, me mandó á Rusia: eso es, meta usted entre nieves y entre salones á quien se ha criado bajo el sol del Sur y entre las matas de la sierra.

Y tú no sabes los primeros meses que pasé allí; ¡qué aburrimiento! Luego me hice á ello; hubo cosas que compensaron los disgustos, y después ya sabes que he corrido las cinco partes del mundo, viniendo aquí de higos á brevas y gustándome más lo que al principio odié de corazón; esa es la vida, Juan; la rueda sube y baja, y según está, así parece.

Pero todo tiene su fin y lo otro me cansó; enfermé, murió la condesa, mi pobre mujer, y quedé solo; seguí como antes, pero ya di en acordarme de Monterromero, y un año una vez, otro dos y otro veinte, empecé á pensar en venirme aquí para mucho tiempo al menos; aún seguí en Madrid años, estuve allá en Turquía, y créete que cuando conseguí que me admitiesen la dimisión, ví el cielo abierto. ¡Oh! mi Monterromero que me esperaba.

Pero llegué á Madrid y me puse tan malo, que creí por mucho tiempo que no os veía; mejoré y dije: ¿sí? á mi casa me voy, y dicho y hecho, me vine.

—Bien hecho—apuntó enérgicamente el Lobato;—¿y la enfermedad qué ha sido?

—Un principio de reblandecimiento; yo te explicaré; los nervios que se des-

componen, los huesos del cuerpo que se hacen manteca, los sentidos que no rigen y se acaba ó tonto ó paralitico ó muerto.

—¡Ca...nario!—dijo el Lobato, enmendando á tiempo y dando un salto en la silla;—¿y eso por qué se coge?

—La mala vida, Juan; el dormir poco, el tener sus más y sus menos, el mucho estudio, la lucha que he sostenido treinta años, porque correr el mundo representando á España ¿crees que es nada? Y aqui me tienes destrozado.

—¡Eso no!—gritó el Lobato;—buen jamón de la Alpujarra, buen vino blanco, y si con eso no se cura, le echaremos á los huesos perdigones por dentro y andará usted más tieso que el dedo de San Juan, nuestro patrono.

Y como en aquel momento se sintieran voces abajo, salió el Lobato, dejando solo al conde; bajó la escalera, y en medio de ella quedó un punto fijo, pateó en el suelo y mirando al techo dijo, apretando los puños y partiendo en dos el cigarro que llevaba en la mano derecha:

—¡Esos Madriles, puñales, esos Madriles...!!!

### III

Quien hubiera visto al conde de X subir el monte tardes después con su inseparable Lobato, hubiese creído, y no sin razón, que aquel cuerpo se hallaba en el vigor de la vida. ¡Qué agilidad, qué

soltura de miembros, qué gallardía de ademanes, y sobre todo, qué ligereza de pies! casi sin tomar aliento se plantó en lo alto de la más empinada loma, y allí se sentó, con la escopeta sobre las rodillas, sudoroso el semblante y satisfecha la mirada.

—¿Y *osté* era el que estaba malo y el de los huesos hechos manteca, jinojo?— dijo el Lobato, que á causa de sus setenta años subía jadeante.

Detuviéronse allá unos minutos, y pasados estos, el conde dijo que iba al Encinar; manifestó el Lobato que estaba lejos, se fingió cansado, más aún de como en realidad se encontraba, pero no pudo conseguir nada; el conde se dirigió al Encinar y entraron en él. Era el Encinar una ladera que hallábase altísima sobre la vertiente de la sierra, plantada de encinas de tiempo inmemorial; crecían éstas lozanas y salvajes, entremezclando sus ramas y extendiendo por todas partes sus raíces, que semejaban nervios de la tierra; veíase al frente la vega con su color de oro y, en medio de ella, el río flanqueado de cimbradores cañaverales; allá á lo largo, *blancos como palomas*, estaban los pueblos rodeados de sus huertas, y cerca, casi debajo, una hacienda hermosísima, con casa señorial, estanque, jardines y paseos enarenados. La situación del Encinar era hermosa; de ningún lado podían ser vistos los que en él estuvieran; pero ellos veían ante sí todo el término, y era aquel término tan lindo, tenía un cielo tan hermoso y una

vegetación tan exuberante, que se podía dar dinero por disfrutar de la vista.

El conde recostóse sobre un tronco derribado; tiró el sombrero á sus pies y miró adelante.

—¡Cuánto tiempo hace que no venia yo aqui, Juan! parece que no ha pasado y que aún estemos cazando juntos; ¿te acuerdas? tú tenias cuarenta años, yo veinte, y la vida se me reducía á tiro más ó tiro menos; ¡cuántas encinas de estas guardarán bajo su corteza plomos disparados por mí! Mira, precisamente esa que hay ahí delante tiene una cosa, aguarda; quizá sea una perdigonada perdida de mis tiempos juveniles; voy á verla; ¿que nó? ¿por qué?

—Claro que será una perdigonada— dijo el Lobato evasivamente;—pero se vá V. á molestar; yo lo veré, no vaya V., don Juan; ¿para qué?

El conde, sin hacer caso del Lobato, se levantó y llegó á la encina; era ésta la reina del encinar; grande, de tronco grueso, musculoso y ancho; partiase en dos grandes ramas, que por capricho de la naturaleza formaban ángulo recto; una disparábase verticalmente hácia el cielo, mientras que la otra, á la altura del brazo del hombre, extendía en horizontal su tronco nudoso cuajado de nuevos brotes y ramas pequeñas. Entre dos de estas habia unas incisiones profundas en la corteza; el tiempo habia pasado por allí oscureciendo el espacio cortado y aproximando sus bordes; el conde miró y remi-



ró; encendió una cerilla y acercóse más; entonces vió que aquello no era una perdigonada; era algo uniforme, igual, de perfil recto; había dos líneas, una larga, arriba; otra pequeña, abajo; eran letras; la de arriba decía: *Aurora*; la de abajo, cortada por la raíz de una rama, decía esto: *Ju...n*

El conde quedó pensativo unos minutos y se volvió al Lobato, que encendía lentamente un cigarrillo sin perder de vista á su amo:

—Ya me explico por qué no querías que viniera al Encinar ni que viera la perdigonada.

El Lobato no contestó.

El conde miraba fijamente aquellos caracteres, y su frente se nublaba por grados; los recuerdos del pasado desfilaron por su imaginación, y apoyado sobre el tronco mirando el valle y la llanura y la vega y el río, permaneció absorto breve rato. Al cabo se oyó su voz sonora:

—¡Todo está lo mismo que antes. Sólo cambié yo, pero cambié por todo!

Y con la cabeza en la palma de la mano vió por un espejismo del alma, difícil de explicar, cómo hacía treinta años subía allá él, joven, brioso, gallardo, cómo se sentaba al pié de aquella encina y cómo el Lobato quedaba más abajo. Al rato de espera sentíase por la izquierda rumor de tela y aparecía una mujer, casi una niña, que podía tomarse por el hada de aquella selva. Y juntos los dos en aquel sitio gozaban un amor tranqui-

lo y puro, amor oculto que hacia imposible la constante y tradicional enemistad de sus familias; allá en el siglo XVII un Mendoza mató á un Pacheco, hombre á hombre y acero contra acero en buena ley, pero desde entonces se separaron las familias y ya no se unieron más. Rencor de campanario, lucha pequeña en círculo estrecho, orgullo contra orgullo, los Mendozas y los Pachecos se despreciaban mutuamente por lo mismo que se igualaban y jamás habian cruzado sus palabras. Pero el diablo, que no duerme, hizo que dos siglos después del sangriento drama un Pacheco encontrase á una Mendoza y se miraran ambos; él tenia veinte años, ella dieciseis; él era un arrogante mozo, ella una lindísima mujercita, y echaron á un lado odios y rencores añejos y se amaron con frenesí. Súpolo el Mendoza padre, y dijo:

—Como le encuentre en mi casa, lo espulsaré á escobazos.

Se enteró el padre del Pacheco, y exclamó:—Antes se casará Juan con una hija espúrea de un verdugo que con una Mendoza.

Y hete aquí convertidos en Romeo y Julieta á los dos pobres muchachos.

No obstante su inexperiencia del mundo, lo entendieron, y públicamente jamás dieron pruebas de que seguía latente el cariño que se profesaban; pero por las tardes él salía de casa con el Lobato, ella de paseo con su aya, y ambos por complicidad de los servidores se encon-

traban al pié de la encina en cruz, y allá viendo el paisaje entero y todos los caminos sin ser vistos, se pasaban las horas mano entre mano y contándose veces y veces su pasión. Pero todo tiene un fin en la vida, y llegó el día en que Juan Pacheco debía irse á Madrid para ingresar en el ministerio de Estado; volvería pronto, claro, porque sólo cumpliría la fórmula, pero era la separación primera y Romeo y Julieta lloraron aquella tarde.

Cuando se despedían, él con su navaja de campo escribió, cortando la corteza de la encina protectora, el nombre de ella; aquel *Aurora* debía quedar allí como recuerdo, como muestra eterna del amor de un Pacheco; ella cogió la navaja y con mucho trabajo, lenta, desigualmente, puso por bajo: *Juan*.

Y prometiéndose que se verían antes de un año, se separaron para siempre, porque enterado Mendoza padre de lo de la encina en cruz, levantó el vuelo de allí en unión de los suyos y se fueron y no volvieron más. Se supo, pasado tiempo, que la señorita Aurora casó con un minero rico de Linares y que habían muerto los Mendozas viejos. La hacienda se vendió.

Cuando volvió Juan Pacheco cogió el cielo con la mano, juró y perjuró y pasó las tardes enteras en el Encinar, tumbado ante la encina en cruz, en cuya rama horizontal hallábanse grabados los dos nombres como signo de unión de las dos razas. Pasó tiempo sin que aminorase el

recuerdo, y un día se encontró hecho secretario de la embajada de Rusia, por obra y gracia de un su pariente entonces ministro de Estado.

Se fué y sufrió allá lo indecible, quiso volver á España en busca de aquella que había perdido, pero Pacheco padre entendió la jugada, hizo que la licencia pedida no se concediera, y Juan Pacheco tuvo que estar en el imperio largo tiempo. Era joven, muy simpático, tenía una gran figura, y no faltó en la corte quien mirara al secretario español con buenos ojos; no quedó en eso la cosa, sino que pasó á mayores, á todo lo mayor que podía pasar, y hubo por contera y remate un escándalo monumental que obligó al joven secretario á salir de la legación.

Aquella historia, publicada por la prensa entera de Europa, le dió fama universal de hombre temible, y como en todas las cortes que pisó luego hubo muchas mariposas conscientes que acudieron á quemarse en el ardiente corazón del ya conde de X, la fama creció más y más, y aunque si bien es verdad que si hizo como dos, se cacareó como cuatro, no es menos cierto que hubo todo lo que Dios quiso y aún algo de lo que no permitió, escándalos tremebundos, popularidad creciente y numeroso catálogo de extravíos, porque ya que las circunstancias habían dado al conde de X fama de conquistador, había que mantenerla acumulando datos sobre datos y cimentarla cuando llegaba el caso á tajos y mandobles.

Claro es que en esta vida agitada que duró muchos años, abandonado á sus placeres, siempre muy lejos de España, Juan Pacheco olvidó á Aurora Mendoza y el tiempo curó la primera herida de su corazón, ocultándola quizá con las muchas cicatrices que acumuló encima.

Y cuando aquella tarde el conde de X, viejo y achacoso, recordó sus conquistas apoyado en la misma encina que treinta años atrás le habia servido de mudo encubridor y fiel cómplice en sus primeras voletadas de amor; cuando mirando al pasado vió desfilar entre la niebla de los años por cima de las ondas brillantes de aquel río el tropel de hermosuras exóticas, caprichosas y tornadizas, cuyos recuerdos tenia por trofeos de su vida galante; cuando contempló con los ojos del alma los encantos diversos de aquellos seres que se lo disputaron como un objeto de lujo, que buscaron el escándalo *motu proprio* por vanidad, para que la crónica galante del gran mundo uniera sus nombres con el del gallardo Juan Pacheco; entonces, cuando treinta años después, el conde de X recordó á Aurora Mendoza y pudo comparar entre ella y las otras, de la comparación salió la luz, pero no se vaya á creer que por eso despreció la sombra, no: el conde sabia apreciar el amor puro y sincero de la descendiente de los Mendozas y colocarlo en alto lugar en su alma, pero su vanidad de cortesano y su corazón de hombre recreábanse en mirar hácia abajo, y

de aquel conjunto de cuerpos que encontraba en sus recuerdos, escoger uno y deleitarse con su memoria.

Recordó su casamiento con una *lady* inglesa católica; casamiento de necesidad, porque los caprichos de la *lady* y las complacencias del conde habían llevado las cosas á tal punto, que no hubo más remedio que casarlos aprisa y corriendo. En aquella ocasión Juan Pacheco mostró una vez más su hidalguía española; reparó su falta, y aunque el fruto de ella murió al nacer y la inglesa echó por un lado y él por otro y no volvieron más á verse, al recordar á la que llevó su nombre lo hizo siempre con las consideraciones y el respeto que, por ser la esposa de Juan Pacheco, merecía.

Pero sobre todo aquel montón de cuerpos palpitantes, sobre aquel laberinto de recuerdos voluptuosos, el conde veía sobre el río, muy lejos, los ojazos garzos de Aurora y su sonrisa fresca y tranquila; y sin embargo, aquella cuyo recuerdo dominaba los demás, fué para él un amor velado por un respeto supremo, aunque amor verdadero y entusiasta. Una rivalidad de raza los separó; cuando muertos los viejos pudieron unirse, él andaba en todo el esplendor de sus triunfos y de su nombre, y no recordaba á quien seguramente le hubiese perdonado pasados extravíos, en homenaje á aquellas tardes deliciosas del Encinar.

Y ahora viejo, achacoso y solo, volvía á verse en el lugar que pudo llamar su

paraíso, en el que transcurrieron felicísimas las horas más hermosas de su vida. Y fijo en aquellas letras, casi borradas por el tiempo, el conde de X contempló su historia, y, aunque orgulloso del centro de ella, al recordar el fracaso del principio sintió algo como si encinas, monte, vega y río se le vinieran encima y cayó sobre la rama y regó con sus lágrimas de viejo, tanto más amargas cuanto que no había en ellas sombra de esperanza, aquellos surcos abiertos por él y por Aurora hacía treinta años, cuando no conocía la vida, cuando no había sido ni secretario influyente, ni embajador necesario, ni conquistador temible de corazones, ni conde de X; sino sólo cuando era Juan Pacheco, cazador empedernido y empedernido amante del último vástago de los Mendozas.

El Lobato había pasado el tiempo aquel con la cabeza baja y recordando también los tiempos que se fueron; miraba la hacienda de los Mendozas y pensaba en aquellas horas felices para D. Juan y que él pasaba satisfecho porque lo veía contento; y cuando al cabo de tantos años volvía el conde, era para llorar sobre la rama de la encina que en aquella época remota lo vió en la posesión de su felicidad. Y tal rabia le entró al Lobato, que apretando los gatillos de su escopeta, partió el muelle del seguro y la doble detonación retumbó como un trueno por las cañadas y allá salieron silbando los perdigones entre las encinas, y los cone-

jos que andaban cerca, confiados por el silencio, volvieron orejas gachas, rabillo en alto y á escape tendido á sus madri-gueras.

El conde volvióse rápidamente, se enteró de lo que habia pasado, miró el arma, comprendió la causa y abrazó al Lobato contra su pecho.

Al separarse no se miraron el uno al otro.



Aquella noche comian en Monterro-mero el cura y el teniente de la Guardia civil del pueblo próximo; el conde estuvo silencioso parte de la velada; de pronto alzó los ojos y miró al Lobato:

—Juan—le dijo con voz perfectamente serena—la encina en cruz hay que echarla abajo y llevarla á casa del señor cura para que se caliente este invierno.

Y dirigiéndose á todos exclamó sonriente, con aquella expresión franca y noble que tuvo toda su vida:

—Y dentro de unos días, señores, á Madrid me vuelvo; el que se acostumbra á aquella vida no puede prescindir de ella, y allí no se recuerda; sólo se vive la vida del presente: aparte de que yo pienso que para estar en un lugar hay que llegar á tiempo, y yo, señores, me fui de aquí muy pronto, pero cuando quise volver... volví muy tarde.

**FIN**



# ÍNDICE

---

|  | <u>Págs.</u> |
|--|--------------|
| Prólogo. . . . .                         | v            |
| La trilla. . . . .                       | 19           |
| Los aviones. . . . .                     | 29           |
| Poner un gallo. . . . .                  | 47           |
| La candelada. . . . .                    | 63           |
| La noche-buena del carabinero. .         | 75           |
| Una carta perdida. . . . .               | 85           |
| Un alijo. . . . .                        | 97           |
| La leyenda de la trocha. . . . .         | 107          |
| Dios en el campo. . . . .                | 119          |
| El Niño de Orizaba. . . . .              | 129          |
| Historia de un <i>marrón glacé</i> . . . | 161          |
| De la corte al cortijo. . . . .          | 175          |

---



OBRAS DE VENTA  
EN LA LIBRERÍA DE PASCUAL AGUILAR  
Caballeros, 1, Valencia

---

Colección de novelas en 8.º de más de 200 páginas, encuadernadas en rústica con una cubierta al cromo, al precio de **UNA PESETA** cada una.

---

- Memorias de un gran rata**, contadas por él mismo y corregidas por E. C. Q.
- Un beso y dos bofetones**, por D. Pedro J. Moreno.
- La muerte en un beso**, por Ramiro Blanco.
- Las mujeres del gran mundo**, por D. F. Guardón Gallardo.
- La novia duende**, por D. Pedro J. Solas.
- La camisa de Adán**, por D. E. Ceballos Quintana.
- Los dramas de la corte**, por D. E. Ceballos Quintana.
- Dos Evas y dos Adanes**, por D. Juan J. de la Sota.
- El crimen de un avaro**, por D. Alejandro Larrubiera Crespo.
- Tres mujeres para un hombre**, por D. M. García del Rey.
- Un marido como hay muchos**, novela original de D. Antonio de S. Martín.
- Un marido escamado**, por D. Pedro J. Solas.
- Madrid en cueros** (páginas contemporáneas), por D. Emilio Alvarez.

- Una suegra con tomate**, por D. Pedro J. Moreno.
- Una suegra por el aire**, por D. Enrique Ceballos Quintana.
- Dos perdices y un mochuelo**, por D. Juan J. de la Sota.
- La casa maldita**, por D. F. J. Jiménez Huertas.
- Un ángel perdido**, por D. Pedro J. Solas.
- 

- Cosquillas**.—Verso y prosa, por Juan Pérez Zúñiga. Prólogo de Antonio Peña Goñi.—Un tomo de 230 páginas bien impreso en excelente papel, 3 pesetas.
- Azotes y galeras**.—Colección de artículos ilustrados con dibujos de Angel Pons y grabados de Laporta.—Un tomo, 3'50 pesetas.
- De pitón á pitón**, por Mariano de Cavia, ilustrado con dibujos de A. Pons y grabados de Laporta.—Un tomo, 3'50 pesetas.
- Cuadros vivos** (á pluma y á pelo), por D. Eduardo de Palacio, dibujos de Pons, grabados de Laporta.—Un tomo, 3'50 pesetas.
- Solos de Clarín**, con prólogo de Echegaray, 4.<sup>a</sup> edición.—Un tomo con grabados, 4 pesetas.
- La vida cursi**, por Luis Taboada.—2.<sup>a</sup> edición con grabados, 3'50 pesetas.
- Salpicón**, por Mariano de Cavia.—Con grabados, 3'50 pesetas.
- Dos historias vulgares**, por J. Castro y Serrano.—Un tomo con grabados, 3'50 pesetas.

- Tinta negra**, por Joaquin Dicenta.—Con grabados, 3'50 pesetas.
- Historietas**.—Cuentos ilustrados, por Angel Pons, 3'50 pesetas.
- Siga la fiesta**, por Luis Taboada.—Con grabados, 3'50 pesetas.
- Cuentos del Vivach** (cuentos militares), por Federico Urrecha.—Con grabados, 3'50 pesetas.
- Prosa ligera**, por José de Laserna.—Con grabados, 3'50 pesetas.
- Caricaturas**, por Luis Taboada.—Con grabados, 3'50 pesetas.
- Corazón y brazo**, por Pascual Millán.—Con grabados, 3'50 pesetas.
- Viajes de un cronista**, por José Ortega Munilla.—Con grabados, 3'50 pesetas.
- Notas alegres** (cuentos ilustrados), por Angel Pons.—Con grabados, 3'50 pesetas.
- Danza de monos**, por D. Manuel Matoses.—Con grabados, 3'50 pesetas.
- Documentos humanos**, por Carlos Frontaura.—Con grabados, 3'50 pesetas.
- Crónicas madrileñas**, por Carlos Ossorio y Gallardo, 3 pesetas.
- Obras de Gustavo A. Becquer**.—4.<sup>a</sup> edición, aumentada con varias poesías y leyendas.—3 tomos, 10'50 pesetas.
- Corazón** (diario de un niño), por Amicis. Traducido de la 44.<sup>a</sup> edición italiana por H. Giner de los Rios.—Un tomo, 1 pesetas.
- Desde la timba al timo**.—Novela original de malas costumbres contemporáneas, por D. Antonio de San Martín.—Un tomo, en 8.<sup>o</sup>, 2 pesetas.
- Estudios de mujer y la paz del hogar**, por H. Balzach.—Un tomo, una peseta.



## Obras de Víctor Hugo

---

*Ptas.*

- Noventa y tres.**—Novela histórica original, traducida por Nemesio Fernández Cuesta.—3 tomos en 8.<sup>o</sup> . . . 9
- Hombres célebres.**—Mirabeau, Voltaire, Lammennais, Ymbert, Galloix, Lord Byron, Walter Scott.—Traducción de Mariano Blanch (3.<sup>a</sup> edición).—Un tomo en 8.<sup>o</sup> . . . . . 1
- Hernani.**—Drama en cinco actos, con el retrato del autor. . . . . 1
- Nuestra Señora de París.**—Nueva y correcta traducción española, por el licenciado D. José Aguado y Menéndez.—2 tomos en 8.<sup>o</sup> . . . . . 2
- Han de Islandia ó el hombre fiero.**—Bosquejo histórico del siglo XVII.—Un tomo en 8.<sup>o</sup> . . . . . 4
- El último día de un sentenciado á muerte,** traducción de Mariano Blanch: 4.<sup>a</sup> edición, seguido de *El reo de muerte* y *El verdugo*, por D. José Espronceda.—Un tomo en 8.<sup>o</sup> . . . . . 1
- Buj-Jargal ó el negro rey.**—Novela histórica.—Un tomo en 8.<sup>o</sup> . . . . . 2
- 

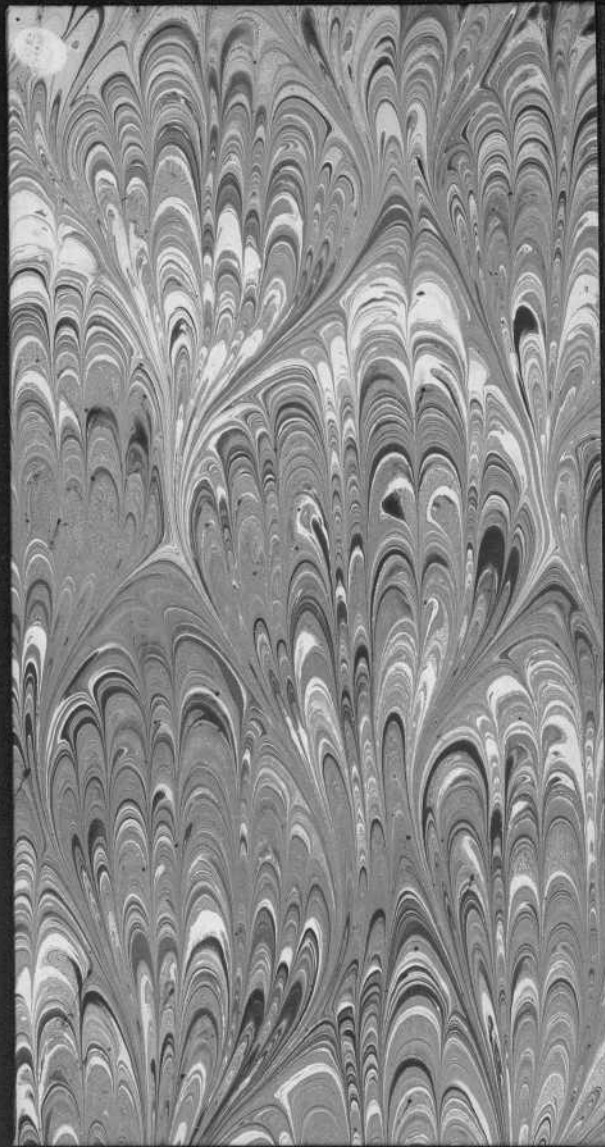
Las anteriores obras se remiten por correo, francas de porte, á las personas que las pidan y acompañen su valor. *La casa sólo responde de los envíos certificados.* Los que deseen recibirlos así añadirán 0,75 pesetas al valor del libro ó libros que quieran.











---

NARRA -

CIONES

VULGARES

---

FAN

XIX

489

---